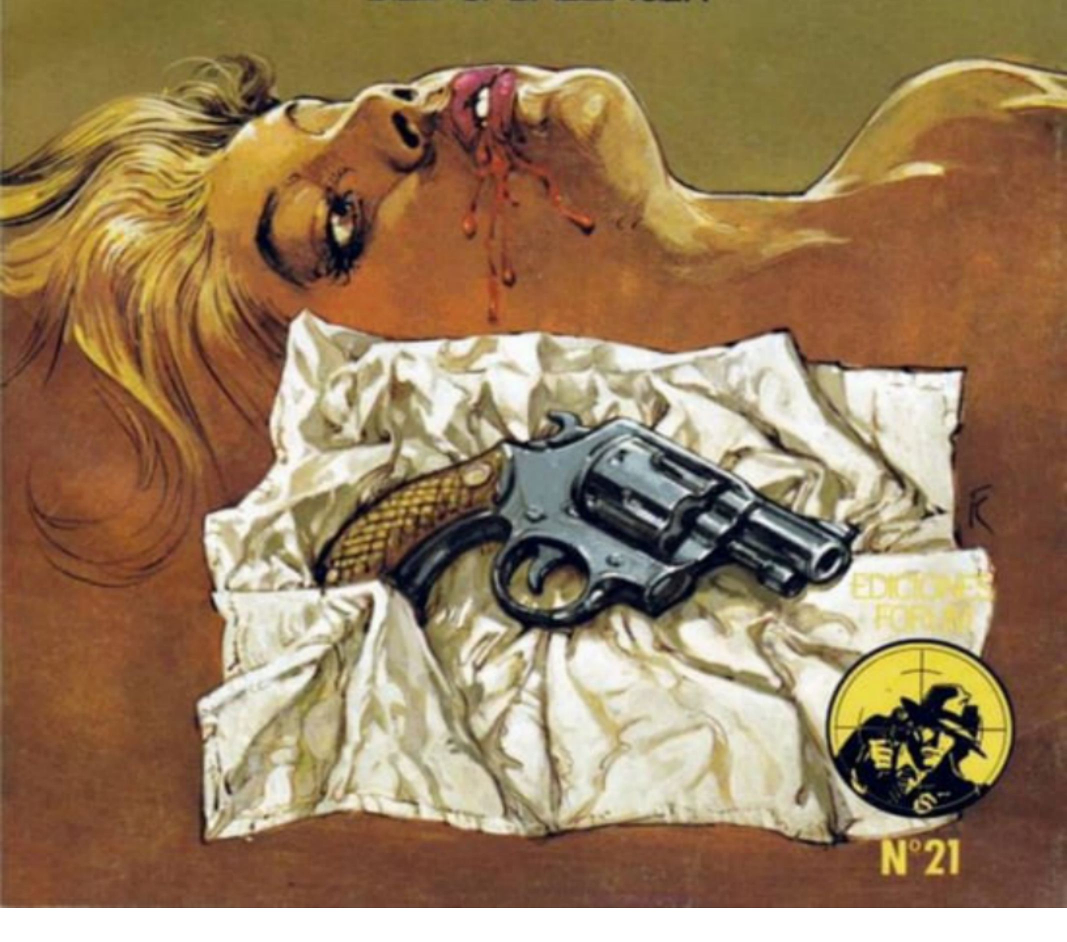
CIRCULO DEL CRIMEN

RAFFERTY, TENIENTE DE HOMICIDIOS

BILL S. BALLINGER



Annotation

Un hombre inicia una investigación, volviendo atrás en el tiempo, en búsqueda de las razones que convirtieron a Rafferty, un policía ejemplar, en un ser destrozado y hundido.

De entre las sombras del pasado surge la figura de una mujer cuya fascinación llevó a un hombre a la ruina y le hizo vivir la corrupción, el delito y la muerte desde el otro lado de la barrera.


Rafferty, teniente de homicidios

Bill S. Ballinger

RAFFERTY, TENIENTE DE HOMICIDIOS

Círculo del Crimen Nº 21

1

Lo importante no fue el final de la historia de Emmet Rafferty. Lo importante fue el motivo que le impulsó; las razones grandes y pequeñas que le condujeron, paso a paso, palmo a palmo, al final. En el transcurso de mi existencia regular y normal, nunca habría perdido el tiempo descubriendo los hechos de esta historia; se debió sólo a una serie de circunstancias, de muy poca importancia, que yo perdiera ese tiempo.

No había estado en Nueva York desde los años anteriores a la segunda guerra mundial. En aquella época me enviaron al extranjero como corresponsal, y allí me quedé durante toda la contienda. Estuve una larga temporada en Inglaterra, luego pasé a Italia, donde me reuní con la colonia americana de aquel país, escribiendo varios artículos para compensar los gastos, y trabajando en un libro que inicié hallándome en Inglaterra. En mi interior, no obstante, iba creciendo una gran añoranza por Nueva York. Y fue esa añoranza la que me hizo aceptar una oportunidad para regresar, oportunidad disfrazada como buen negocio. Tenía que trasladarme a la Costa, mas arreglé las cosas para poder quedarme unos días en Nueva York a fin de visitar a unos amigos, los cuales me invitaron por carta a quedarme con ellos. Dos días antes de llegar a Nueva York, recibí un radiograma comunicándome que ellos tenían que marcharse forzosamente a Washington, y tardarían una semana o diez días en volver de allá. Mientras tanto, yo podía instalarme en su apartamento y aguardar su regreso.

Como en la costa occidental no me esperaban hasta dos semanas más tarde, no quise perder la oportunidad de ver a mis amigos después de tantos años, y decidí quedarme en Nueva York y esperar su retorno. Tardé un par de días en instalarme, después de desembarcar, y luego me encontré con mucho tiempo libre, y muy poco que hacer, excepto asistir a los espectáculos. Y si bien me encantaba reanudar mis veladas teatrales y cinematográficas por las noches, apenas sabía qué hacer de día. El tiempo y el destino habían alejado a muchos de mis antiguos amigos y conocidos... y me encontré solo y aburrido.

En cierto momento de mi carrera de escritor, trabajé en una serie de artículos policíacos para una revista de amplia difusión nacional. Cuando me vi obligado a reunir material para dichos artículos, conocí a un sargento de detectives llamado Emmet Rafferty. Se trataba de un irlandés encantador, con una gran colección de anécdotas y un vasto, casi ilimitado conocimiento de los pecados humanos. Hice un sincero esfuerzo para cultivar su amistad. El resultado fue que llegamos a ser

buenos amigos. Aunque habitualmente nos encontrábamos en sus horas libres, tuve ocasión, algunas veces, de ir en el coche patrulla con él y su compañero, un detective llamado Swanson. En aquel coche blanco y verde pasé varias veladas espectaculares. En el modo como Rafferty se comportaba había una sinceridad natural, combinada con una refrescante sensación de aventura, que ayudó a consolidar espontáneamente nuestra amistad. Además, dicha amistad se vio fortalecida por nuestro interés común en el crimen. Sin embargo, como todas las cosas de la vida, mis artículos tocaron a su final y mis relaciones con Rafferty quedaron interrumpidas cuando me marché al extranjero.

Mas ahora, en la niebla de mi inactividad forzosa, me acordé de Rafferty y pensé que tal vez sería posible reanudar nuestra antigua amistad. Vacilaba a causa de los años transcurridos y de haber perdido todo contacto. Aunque nunca habíamos tenido una gran confianza y yo sabía muy poco de la vida particular del teniente, pensé que se alegraría de verme. Tras recordar su atractiva personalidad, decidí ponerme en contacto con él e invitarle a cenar.

En consecuencia llamé a la comisaría donde estaba asignado cuando le conocí. Contestó al teléfono una voz bronca, y pregunté por Rafferty. Hubo una breve pausa y de pronto la voz tronó en mi oído:

—Se hace usted el gracioso, ¿verdad?

La conexión quedó rota cuando el oficial telefonista debió cortar iracundo. Me quedé contemplando mi teléfono estupefacto, sin soltar el auricular y sintiéndome un poco tonto. La brusquedad de la respuesta me encolerizó y, a pesar de que la fuerza de Policía jamás se ha distinguido por su diplomacia, mi inocente pregunta había sido recibida fuera de los límites de toda cortesía.

Decidí probar otra, vez, pero no con el oficial que había contestado antes. Por tanto, volví a llamar, haciéndolo ahora al Departamento de Homicidios del Este, y repetí la misma pregunta. De nuevo se produjo una pausa y mi pregunta quedó sin contestación. Luego, la voz del otro extremo quiso saber quién llamaba.

Se lo dije y añadí:

—Antes de la guerra, el sargento Rafferty y yo éramos buenos amigos. Le conocía bastante…, así como a su compañero Swanson.

—Un momento —rogó la voz—. No se retire.

Aguardé varios minutos antes de oír otra voz.

—Aquí Swanson. ¿Qué quiere usted?

Volví a dar mi nombre.

—Nos conocimos antes de la guerra —expliqué—. En realidad, les acompañé a usted y a Emmet Rafferty en varias ocasiones en el coche patrulla.

Casi me pareció ver a Swanson haciendo memoria para recordar nuestra débil relación.

—Sí —exclamó finalmente—, me acuerdo de usted. ¿Para qué deseaba ver a Rafferty?

—Para nada. Sólo deseaba invitarle a una copa. Llevo muchos años fuera de Estados Unidos y lo cierto es que voy a estar muy poco tiempo en Nueva York.

—¿No leía los periódicos en donde usted estaba? —preguntó Swanson.

Me pareció que elegía cuidadosamente las palabras.

—Ciertamente —repliqué—. Sin embargo, en ningún periódico extranjero leí nada referente a Emmet.

—Entonces, tal vez será mejor que repase los diarios neoyorquinos de hace dos años.

—¡Un momento! —casi grité.

Pero ya había colgado y el teléfono quedó muerto.

En aquel momento me sentía ya exasperado y curioso. Seguía ignorando dónde estaba Emmet Rafferty, y los tres policías con los que había hablado se habían negado a contestarme. Pero Swanson, por lo menos, me había dado una respuesta indirecta. Si yo deseaba saber algo, tenía que averiguarlo. Mi curiosidad me espoleaba, y como no tenía nada mejor que hacer, decidí enterarme de lo que habían dicho los periódicos con respecto a mi amigo.

Aquella tarde estuve en el archivo de un periódico y pedí la carpeta referente a Emmet Rafferty. Llevé el abultado sobre manila a una mesa y extendí los recortes ante mí. Experimentando gran malestar, los leí. Lentamente, fui metiendo de nuevo los papeles en el sobre, que devolví finalmente a la biblioteca. Sentía frío y me estremecí, a pesar de la magnífica tarde de primavera que reinaba en Nueva York. De repente, el cielo me pareció neblinoso y amenazador. Poseía una tarjeta provisional para el Lambs, y me encaminé a dicho club, donde pensaba cenar. De pie ante el mostrador, la charla convencional me pareció carente de interés, muy lejana.

Tan lejana como Emmet Rafferty.

Por la noche estuve en un teatro que ofrecía un espectáculo musical, aunque no me fijé en los actores ni escuché las canciones. Uno de los recortes de periódico, el de la última fecha, seguía apareciendo ante mis ojos, y yo lo leía una y otra vez, metiéndolo de nuevo en el sobre para volver a sacarlo, sin poder apartarlo de mi mente. De pronto, volví a tenerlo ante mis ojos y me invadió una sensación de horror. Llegué al apartamento con la misma sensación de irrealidad. Me acosté. Toda la noche sufrí pesadillas, viendo a Rafferty tal como le conocía, y después a través de los movimientos lentos y exagerados de sacar los recortes del sobre color manila.

Al despertarme a la mañana siguiente, cansado, embotado y nervioso, tomé una decisión. No tuve apenas conciencia de haberla adoptado, pero tampoco vacilé. Conocía el final de la historia de Rafferty, que me había acompañado durante la pesadilla de la noche anterior. Mi más íntimo instinto lo rechazaba. Y aunque conocía toda la historia por los periódicos, no estaba enterado de toda la verdad... de los motivos que habían puesto en acción los sucesos que culminaron inevitablemente en lo expuesto en los terribles recortes. Yo tenía que averiguar la verdadera historia, aquella que no contaba la prensa.

El hecho de que la historia de Rafferty ya fuese vieja y no se hubiese impreso no significaba nada para mí. Por mi propio bien —vacilaba en decir «mi propia curiosidad»—, tenía que saber la verdad. Era algo más que mera curiosidad. Era un apremio personal y real de saber por qué le había sucedido tal cosa a mi amigo. Este impulso de conocer los hechos verdaderos, la auténtica interpretación y las razones disimuladas tras los sucesos y las personas, se vio agudizada por mis años de escritor. Pero aún más; el impulso de saber se debía en gran parte al verdadero afecto que sentía por Emmet Rafferty. Por esto, todos los sentidos de mi ser se rebelaban ante lo que había leído. No podía aceptarlo como el auténtico final de la historia. No era bastante que a Emmet Rafferty le hubiese sucedido algo terrible. Yo debía saber por qué le había sucedido, cómo había ocurrido. O jamás podría olvidar aquellos recortes de diario.

Disponía casi de una semana para dedicarla a la tarea; tenía los datos entre mis manos; las personas relacionadas con el caso, con una o dos excepciones, se hallaban en Nueva York. Y yo no tenía otra cosa que hacer sino averiguar lo que le había ocurrido realmente a Emmet Rafferty.

Aquel día inicié mi búsqueda en retroceso.

Creo presentar aquí, veraz y meticulosamente, lo que descubrí. Es imposible describir las conversaciones, palabra por palabra, porque, en muchos casos, sólo se vieron mezclados los dos protagonistas principales, sin terceros testigos. Y después de los años transcurridos, las otras personas y los demás testigos no recordaban con mucha claridad lo pasado. Muchas veces, los hechos y las conversaciones fueron contadas por los protagonistas a otras personas, siendo éstas las que estuvieron en contacto conmigo.

Sin embargo, me he tomado la molestia de conjuntar los retazos de información que fui recogiendo. Por los hechos y los recuerdos, presento aquí a Emmet Rafferty tal como le conocí... y, creo sinceramente haber compilado debidamente toda su historia.

2

Llamé a la brigada de homicidios preguntando por Swanson, y cuando le tuve en la línea le expliqué que había leído los artículos de la prensa y lo que intentaba hacer.

—Quiero que usted me ayude —añadí.

Swanson tardó un instante antes de responder.

—Ahora no puedo hablar. ¿Por qué no nos encontramos cuando termine mi servicio?

Accedí a ello y acordamos encontrarnos en un pequeño bar cercano a Times Square y la calle Cuarenta y Tres.

Le estaba ya aguardando cuando llegó, alto, corpulento, medio calvo y lento de movimientos. Me reconoció de inmediato y se aproximó a mi mesa. Nos estrechamos las manos y pidió un whisky. Después de beberlo, saqué a relucir el motivo de nuestra entrevista. Swanson movió lentamente la cabeza.

—No sé —masculló—. He estado reflexionando desde que usted llamó. Tal vez herirá usted a varias personas, y con toda seguridad muchos sentimientos que sería mejor no tocar. Quizá sería mejor abandonar todo el asunto...

—¿Ha podido abandonarlo usted por completo? —le interrumpí.

—No —confesó—, no por completo. Al principio, pensé mucho... Mas los pensamientos me los guardé para mí. Sí, pensé mucho, claro. ¿Quién no lo hubiera hecho?

—¿Está satisfecho de haberse limitado a pensar?

—Tal vez sí... tal vez no. Emmet y yo éramos como hermanos. Al menos, lo fuimos durante una temporada. Me salvó dos veces la vida... y yo le saqué de apuros en más de una ocasión. Pero la Brigada es muy rara. Por lo que respecta a ellos, el asunto ha terminado. Desean olvidarlo por completo. Se acabó. Igual que la prensa. Se portaron muy bien. Sólo publicaron lo más preciso para salvar su responsabilidad ante los lectores. Lo cierto es que hubiesen podido convertir el asunto en un caso espectacular.

—Yo no intento sacar a relucir el caso otra vez —expliqué—. Sólo estoy interesado en un aspecto: *¿por qué?* ¿Por qué actuó Emmet de ese modo?

Swanson estudió su vaso cuidadosamente, haciéndolo girar lentamente entre los dedos y contemplando los cubitos de hielo que danzaban dentro.

—También quisiera saberlo —musitó—. ¿Por qué no pudo sucederle a usted... o a mí?

Engulló un sorbo que tragó lentamente.

—Si usted no me ayuda, ¿qué posibilidades tengo de llegar al fondo de la verdad?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Me gustaría ayudarle. Pero no sé qué dirían en la Brigada. La Policía se halla en este país demasiado mezclada con la política. Y yo necesito continuar en el Cuerpo. Quizá no querrán que hable con usted.

Apuró su bebida y empezó a abandonar el asiento. Ya de pie junto a la mesa, se encasquetó el sombrero con determinación.

—¿Qué sugiere usted?

—No lo sé exactamente. Pero quizá se me ocurra alguna idea. Ante todo, vea a la esposa de Emmet. Si a ella no le importa y puede darle alguna pista, yo le presentaré luego al capitán Feinberg. Fue él quien destinó a Emmet al caso de Rose Pauli. Tal vez él acceda a contarle algunas cosas. Si Feinberg colabora con usted, correré el riesgo de contarle lo que yo sé.

Garabateó unas palabras en una hojita de papel que arrancó después de su libreta y dejó encima del velador.

—Este es el número de Katherine Rafferty.

Llamé a dicho número desde una cabina situada al fondo del bar. Me contestó la fina voz de una muchacha, diciéndome que su madre no estaba en casa. Estaba trabajando y no volvería hasta las ocho aproximadamente de la noche. Le pedí la dirección. Dejé el recado de que deseaba ver a su madre y me presentaría en la casa a la hora indicada.

Eran casi las ocho y media cuando llegué a la dirección señalada del sector Flatbush de Brooklyn. Era un edificio sencillo, cuadrado, bajo, de ladrillos amarillentos de tres pisos de altura, que hacía esquina y estaba separado de una larga hilera de mansiones por un solar. En la planta baja había una tienda de comestibles, ya cerrada. Encima de la tienda había dos pisos de pequeños apartamentos, a los que se llegaba por medio de una escalera que partía del lado de la tienda. Subí con ayuda de una débil luz que colgaba del techo del segundo piso. Me encontré ante cuatro puertas enfrentadas, cada una con una tarjeta. Al no ver el nombre de Rafferty, subí al otro piso y hallé inmediatamente el apartamento.

A mi llamada, se abrió rápidamente la puerta. Apareció ante mí una mujer de aspecto irlandés. Juzgué que estaba entre los cuarenta y cuarenta y cinco años. Me presenté y le expliqué que había hablado con su hija aquella tarde.

—¿Quiere entrar, por favor? —me invitó cortésmente, abriendo más la puerta—. Habló usted con Mary —añadió.

Penetré en un saloncito cuadrado, con dos ventanas estrechas que

daban a la calle. Los marcos de puertas y ventanas eran de roble barnizado. Una mesa redonda, con un camino de terciopelo se hallaba exactamente en el centro de la salita, sosteniendo una lámpara con una pantalla de cristal pintada a mano. Contra una pared se veía un enorme aparato de radio, conectado en aquel momento a bajo volumen. Junto a las ventanas, una jovencita de unos quince años estaba enroscada sobre un sofá de tapicería bastante ajada. Leía un periódico. No había la menor señal de polvo ni muestras de desorden. Las cortinas blancas caían limpiamente, muy rectas, algo separadas de las ventanas; los cuadros de escasísimo valor de las paredes habían sido limpiados poco tiempo atrás.

—Esta es Mary…

Katherine agitó una mano hacia la chica. Un rostro fresco y sonriente apareció por encima del periódico, y al cabo de un instante la muchacha reanudó la lectura.

—Mi hija mayor, Maureen —continuó la madre—, tiene un compromiso esta noche. Se está vistiendo.

Como respondiendo al conjuro, se abrió una puerta y apareció una joven alta y esbelta, poniéndose un par de guantes. Bajo el brazo llevaba un bolso. El cabello negro, muy brillante, le caía hasta los hombros, y a la tamizada luz de la sala, sus ojos eran fríos y verdes. Contestó a la presentación de su madre con la compostura y seguridad de la verdadera belleza. Luego, dando media vuelta, besó apresuradamente a Katherine en la mejilla.

—No vendré tarde, pero no me esperes levantada. Tom y yo iremos a Manhattan.

Saludó a todos agitando la mano y se marchó, cerrando la puerta. Durante un instante oí su taconeo en la escalera.

—Se casa este verano —explicó Katherine.

—¡Caramba, ya era hora!… —exclamó Mary, levantando la vista del periódico—. Tiene veintiún años. Yo pienso casarme a los dieciocho.

—Si resulta usted tan bonita como su hermana no tendrá ningún problema —sonreí—. Seguro que incluso podrá casarse a los diecisiete.

—¡Oh, no la adule tanto, por favor! —rezongó Katherine sintiéndose muy orgullosa.

—Estaba bromeando —replicó Mary.

Me instalé en una poltrona enfundada, y Katherine tomó asiento en el sofá, al lado de su hija. Las dos me contemplaron con cierta expectación. De repente me sentí confuso y aturdido. No sabía cómo sacar a relucir el asunto de Emmet, ni si debía aludir a ello en presencia de la chica.

—Soy amigo de Swanson —casi tartamudeé—. Y él me sugirió

que hablase con usted.

Katherine Rafferty captó inmediatamente el motivo de mi visita. Su cálida sonrisa desapareció, aunque en su rostro quedó grabada la mueca de la sonrisa. Luego, miró a su hija casi de soslayo.

—Mary, querida —murmuró—, ¿por qué no bajas a hacerle compañía a Clara?

—Es muy tarde...

—Pero antes me lo has pedido... Nosotros tenemos... que tratar de unos asuntos... Vamos, baja, cariño.

La chica dobló cuidadosamente el diario y lo dejó sobre la mesita del centro de la habitación.

—Está bien —rezongó—. Llámame cuando me necesites.

Salió del piso y la oí bajar por la escalera. Katherine cerró la puerta, volviéndose hacia mí.

—¿Por qué le ha enviado Swanson a verme? —quiso saber.

—Porque hace unos años... yo fui un buen amigo de Emmet. Y por entonces conocí también a Swanson.

—¿Qué desea?

—Hablar de Emmet.

—¿Por qué?

—Llevo fuera mucho tiempo. Y no creo lo que he leído respecto a Emmet. Hay demasiada diferencia... entre el Emmet que yo conocí y el que ahora investigo. Tiene que existir un motivo para esa diferencia —ella asintió—. Probablemente existen cientos de motivos; de lo contrario, nada tiene sentido.

Callé, contemplando a la mujer sentada en el sofá. Bajó la cabeza y estudió sus manos cruzadas.

—Sé —continué— que hablar de este asunto debe dolerle, y que usted debe de tomarme por un entrometido. Bien, le presento mis disculpas. Me marcharé si usted...

Permaneció quieta por unos instantes. Finalmente, levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Cierta parte de ello aún me duele —confesó—. Pero otras partes son como un sueño. No sé... No llego a creer que sucediese realmente. A veces me siento aquí y espero a que Emmet vuelva a entrar por esa puerta.

Encendí un cigarrillo y luego, haciendo memoria, me apresuré a ofrecerle uno. Lo rechazó.

—La cosa debió empezar hace mucho tiempo... —insinué.

—Sí, había empezado hacía algún tiempo y yo lo ignoraba. Poco después, Emmet me contó algo, aunque no lo creí. De haber... de haberlo creído... las cosas tal vez hubiesen sido distintas. No lo sé. Hasta el final no lo supe de veras... dentro de mi corazón, quiero decir.

Eché una ojeada por el saloncito.

—Usted ha hecho una labor maravillosa... este hogar... esas dos encantadoras hijas... ¿Cómo lo ha logrado?

—No podía hacer otra cosa —sonrió débilmente—. Antes de casarme trabajaba para la compañía telefónica. De modo... que volví allá. Maureen también consiguió un empleo... y bueno, hacemos lo que podemos. Y, desde aquella *última* noche, en que todas fuimos a la iglesia a rezar, no hemos vuelto a mencionarlo. Ni una sola vez... —su voz se quebró.

—Dígame: ¿cómo era Emmet cuando usted le conoció... y cuando se casaron? ¿Qué le contó de su niñez y adolescencia?

—Tengo unos retratos... que no me he atrevido a tirar.

Desapareció por el dormitorio y volvió con un paquetito atado con una cinta. Tras abrirlo, exhibió varios álbumes de fotografías.

—Tal vez estos retratos le ayuden —murmuró.

Empezó a hablar, señalando de vez en cuando una foto. La historia que intentaba relatarme se remontaba a unos años desconocidos para ella. Era la historia de la familia de Emmet, conocida de modo general y difuso a través de algunas charlas y referencias.

Emmet Quentin Rafferty nació en una pequeña ciudad del Medio Oeste, llamada Tomas, con una población de unos dieciocho mil habitantes. La ciudad estaba situada en la fértil región del valle del río Raccoon, y era la sede del condado de una floreciente comarca agrícola. La ciudad dependía casi por entero de sus recursos agrícolas. Emmet nació en una casita blanca, a la salida de Tomas. La casa era totalmente cuadrada, con un saloncito y una cocina en la planta baja, y un solo y amplio dormitorio en el piso, al que se llegaba por una escalera estrecha, casi tan empinada como una escalera de mano, desde la cocina. En la parte delantera había una baranda. Detrás de la casa, un retrete contribuía a mantener su equilibrio, y en el extremo más distante del patio había un diminuto gallinero para las aves.

En 1905, cuando nació Rafferty, resultó el cuarto hijo de la familia. Además, sus padres habían tenido la desdicha de tener dos hijos, chico y chica, muertos al nacer. Su padre Patrick, camarero del hotel del pueblo, estaba desesperado por la falta de espacio donde acomodar dignamente a su familia. Construyó una serie de habitaciones comunicadas en la parte posterior de la casa. Trabajando de carpintero y albañil, el viejo Rafferty consiguió erigir dos dormitorios adicionales donde alojó a sus hijos según el sexo: los chicos en uno y las chicas en otro; además, construyó un cuartito como lavandería, y una despensa para que su esposa pudiera almacenar la comida en verano para el invierno. Al transcurrir los años, los cimientos fueron hundiéndose y las paredes se dislocaron,

por lo que la serie de habitaciones de tejado plano, construidas casi en torno a la casa primitiva, daba la impresión de una gallina rodeada por sus polluelos.

Después de nacer Emmet, nacieron otros dos hijos que ya no dispusieron de cuartos adicionales. Los niños aceptaron su sitio en los dormitorios comunales, y aunque se habló de añadir un comedor espacioso, no se tomó ninguna medida al respecto. La familia comía en dos turnos en la cocina con suelo de linóleo, primero el padre y los hijos, mientras la madre seguía guisando para las hijas y el bebé que les nacería poco después.

Tanto Patrick como Maureen, su esposa, eran autoritariamente severos. El sueldo de Patrick no alcanzaba para ningún lujo, y los hijos iban heredando de uno a otro todas las prendas de vestir, que se conservaban limpias y en buen estado. Los domingos asistían a misa, sin quejarse y sabiendo que no había escapatoria. La iglesia católica, en aquella época y parte del país, era pasivamente tolerada por la comunidad protestante, aunque mirada con cierta suspicacia respecto a posibles actividades papistas, y en Tomas habían trazado una línea entre católicos y episcopalianos.

La existencia de la familia Rafferty no tardó en organizarse por jerarquías, de modo que cada hijo supervisaba la labor del inmediato hermano o hermana menor, siendo a su vez éste responsable de las actividades del siguiente. La máxima autoridad correspondía a Maureen Rafferty, a la que sólo podía dominar Patrick. Este administraba justicia con mano rápida y contundente, y jamás se discutían sus decisiones. Lo bueno era bueno y lo malo era malo. En esta existencia, lo bueno era blanco y lo malo, negro. En consecuencia, sólo había el blanco y el negro. Así de sencillo.

El viejo Rafferty no era analfabeto, pues había asistido a varios cursos en la escuela de la antigua región, y leía con soltura, aunque escribía con dificultad. Como muchos de su clase y condición, sentía gran respeto por la educación y decidió que sus hijos irían a colegios y tendrían una buena enseñanza, mientras pudiese costear sus estudios. En consecuencia, cuando Emmet cumplió los cinco años, ingresó en la escuela pública de Tomas. A esa edad, el chico era fuerte, con el pelo de color castaño claro (que más adelante se convirtió en color arena), y ojos castaños, regulares y directos. Poseía una mente ágil y consiguió pasar bien los cursos.

Con el tiempo, Sean, el hermano de Emmet, también ingresó en la escuela. Sean tenía tres años menos que aquél. Sean, el último hijo nacido con vida de Patrick y Maureen, era un niño delicado, frágil, con una falta en un ojo. Aunque era el favorito de la familia Rafferty, Sean no tardó en ser el hazmerreír de sus compañeros de clase. Acosado y ridiculizado, bautizado con el apodo de «Ojo de Gato”, su

vida en el patio del colegio fue muy desdichada. Emmet, sin la menor vacilación, se convirtió en su custodio y protector, luchando contra los verdugos de Sean.

Vencedor una y otra vez en tales peleas, Emmet se levantaba, se sacudía el polvo de las ropas, cogía a Sean de la manita, y lo llevaba a un rincón del patio.

—Ya les enseñaremos lo que es bueno, Sean, se lo enseñaremos. Vamos —gentilmente, le sonaba la roja nariz y limpiaba el sucio rostro de su hermano—, deja de llorar…

Sean adoraba a su hermano.

A los diez años, Emmet era un experto luchador y un experimentado apostador en los combates. No dejaba ningún insulto sin respuesta y peleaba contra los atormentadores de Sean, grandes y pequeños, hasta que a los doce años se convirtió en el campeón indiscutible de la escuela, y Sean logró vivir en paz, gracias a la sombra protectora de su hermano.

En 1918, Emmet ingresó en el instituto e inmediatamente se convirtió en una de las estrellas del equipo de béisbol. Los reglamentos para aficionados apenas existían, y al cabo de dos años con el equipo del instituto, Emmet empezó a jugar como segunda base para el equipo semiprofesional de Tomas, que jugaba contra los otros equipos de la comarca todos los domingos durante el verano. Corría a su cargo el atuendo de jugador, y le pagaban dos dólares y medio por sus servicios.

Como por la Prohibición a causa de la Ley Seca habían cerrado el bar del hotel, Patrick Rafferty tuvo algunas dificultades en hallar nuevo empleo. Ocasionalmente trabajaba como policía de Tomas durante la semana de ferias del condado, hacía de cartero suplente por enfermedades y vacaciones, y desde el día de Acción de Gracias hasta Navidad vendía quincallería en una tienda de la localidad. Como ya trabajaban todos los hijos, a excepción de Sean que deseaba ser cura, el viejo Rafferty consiguió llevar adelante su hogar, orgullosa y valerosamente, gracias a las contribuciones de los muchachos y a sus propios esfuerzos.

En 1922, cuando Emmet terminó *cum laude* los estudios del instituto, el tiempo y los sucesos habían comenzado a realizar grandes cambios en Tomas. Físicamente, la ciudad era la misma, a excepción de la gran cantidad de automóviles y de que los caminos que entraban y salían de la población estaban pavimentados. Los jóvenes que volvieron de la primera guerra mundial trajeron consigo cierta inquietud y un sentido de los valores diferente. La vida comercial de Tomas seguía concentrada en torno a la «plaza», un terreno cuadrado rodeado de edificios en medio de la ciudad. La plaza, en verano,

gozaba de sombra gracias a unos copudos y añosos árboles, y la brigada de bomberos cortaba el césped todas las semanas. En el centro exacto y matemático de la plaza había un quiosco para la banda, un quiosco de madera, sin techumbre y abierto a los vientos. Los sábados por la noche de semanas alternas, cuando la banda de Elk daba un concierto público, cubrían el pabellón con un toldo de lona como protección contra una posible lluvia. Las jóvenes parejas bajaban por las calles que daban a la plaza, deteniéndose en las confiterías y puestos de soda, formando grupos en las esquinas, charlando, riendo... y manteniéndose un poco apartadas de la plaza en sí donde (probablemente) hallarían a sus padres o hermanos menores.

Pero esta antigua norma pronto debía cambiar. En 1922, los grupos de gente joven no se acercaban ya a la plaza y se marchaban en sus coches a Hollow, un salón de baile situado a unos ocho kilómetros de Tomas, en un recodo del río Raccoon. En un edificio de madera, asentado sobre unas pilastras que sobresalían del agua, el Hollow tenía una orquestina de cinco músicos. En la puerta vendían las entradas, y en el interior, en los veladores, podía beberse cerveza de jengibre. El verano en que se graduó del instituto, Emmet se empleó como portero en el Hollow los sábados por la noche, aunque su verdadero trabajo consistía en velar por la paz, en calidad de policía privado, y mantener la disciplina en la sala de baile. Por dichos servicios recibía cinco dólares cada noche.

Los domingos de aquel verano continuó jugando al béisbol. Cuando regresaba a la ciudad, tras haber trabajado en el Hollow, en la madrugada del domingo, asistía a misa y dormía luego hasta la tarde. Hacia las dos se presentaba en el terreno de juego. Aquel verano, los Tomahawks de Tomas ganaron la Liga rural y obtuvieron cierta atención por parte de los diarios del estado. Emmet Rafferty mereció unas referencias destacadas, en su calidad de segunda base, que culminaron en el ofrecimiento de una beca para jugar por cuenta de la Universidad del estado en Amesville.

Los viejos Rafferty y el joven Sean le apremiaron para que aceptase aquella beca que incluía enseñanza, libros y habitación en la residencia masculina. Asimismo, el entrenador del equipo, que fue quien le hizo la proposición, le aseguró que podría ganarse la comida sirviendo como camarero en el comedor de la universidad. Después de una serie de conferencias familiares, Emmet aceptó y aquel otoño ingresó en Amesville.

Aunque el joven Rafferty, como atleta se dedicó principalmente a la educación física, la universidad le causó una profunda impresión. Como poseía una inteligencia natural, muy despierta, consiguió buenas calificaciones en las clases y, si bien no llegó a ser un estudiante con honores, siempre se mantuvo en los primeros lugares

de las listas. Jugaba bien y durante cuatro años actuó como segunda base. Entre los estudios y las actividades deportivas, juntó con los empleos veraniegos de las vacaciones en su ciudad natal, cuyas ganancias entregaba completamente a sus padres, Emmet tenía poco tiempo para dedicarlo a las chicas. Ninguna atrajo su atención, y por su parte no buscó ninguna.

Su estancia en la universidad fue muy placentera y carente de acontecimientos, y podría pasar sin otro comentario a no ser por un incidente. Este podría interpretarse como un indicio del rumbo de su vida futura. También pudo no ser más que una coincidencia. Mas por otra parte, debió de orientar a Emmet en la elección de profesión.

Durante el invierno de su tercer curso en la universidad, se produjo una racha de latrocinios y hurtos en las tiendas de Amesville. Asaltaban los comercios por las noches, y el ladrón, o los ladrones, se llevaban las pequeñas sumas de las cajas, o mercancías. La Policía de la pequeña ciudad se vio incapaz de hacer frente a la situación, y los fondos de aquella fuerza compuesta de tres hombres no permitía contratar a otro para patrullar de noche. En consecuencia, los comerciantes se unieron con el fin de conseguir el dinero necesario para contratar por su cuenta a un patrullero que vigilase sus tiendas de noche. Emmet Rafferty, al enterarse del proyecto, solicitó el puesto, siendo aceptado. Los comerciantes dejaron a su criterio el plan de su vigilancia, y el joven patrullaba la zona comercial de la ciudad tres veces por noche a intervalos irregulares, desde las diez de la noche a las cinco de la madrugada.

Rafferty, ya con veinte años de edad, era un verdadero atleta, muy ágil de piernas, y con una fuerza tremenda. Llevando una porra y una linterna, resultaba un patrullero terrible contra cualquier ladrón. Ya fuese que el delincuente tuviese miedo de continuar sus operaciones ante la perspectiva de enfrentarse con Emmet, bien porque decidiese dedicar sus atenciones a otra población, lo cierto es que jamás lo apresaron, pero los robos concluyeron desde el momento en que Emmet empezó a patrullar, que era precisamente lo que los comerciantes deseaban. Emmet siguió patrullando durante todo aquel invierno. Al año siguiente los robos no se reanudaron, y los tenderos no volvieron a necesitar sus servicios.

Así, y hago aquí una interpolación, desde sus primeros años, Rafferty estuvo asociado con la defensa de la ley y el orden. De niño, en la escuela primaria, tuvo que proteger a su hermano menor; estando en el instituto, trabajó como mantenedor del orden y la disciplina en la sala de baile Hollow; y en la universidad se convirtió en policía de una junta de comerciantes.

No es de extrañar, pues, que en 1926, cuando se graduó en la universidad de Amesville, solicitase y se examinase para ingresar en el

Cuerpo de Policía, que se estaba formando. La Policía del estado, o Patrulla de Caminos como se llamaba comúnmente, era una nueva teoría de la ley en aquella época, en el Medio Oeste, aunque hacía varios años que en el Este ya operaban varias organizaciones similares. Los requisitos para ser elegido eran: tener por lo menos dos cursos universitarios, excelente estado físico y referencias de poseer buen carácter.

Rafferty pasó ventajosamente los dos exámenes y, como poseía las cualidades exigidas, siguió un cursillo de adiestramiento de seis meses. El curso estaba dirigido por expertos, enseñándose en el mismo las últimas técnicas policíacas. La primera clase sólo tenía sesenta aspirantes, mas al cabo de dos años la nueva fuerza de Policía contó ya con doscientos sesenta hombres.

Al principio, éstos recorrían las carreteras y caminos estatales en motocicletas. No sólo era agotador para los hombres, sino que la alta incidencia de accidentes diezmó rápidamente la lista de hombres en servicio. También vieron que en la ejecución de sus deberes, dos hombres trabajando en equipo eran más eficaces que dos haciéndolo por separado. En consecuencia, trocaron las motocicletas por automóviles. Dos en un coche, y entre todos podían abarcar los noventa y nueve condados del estado.

Su primer compañero, un joven abogado de la universidad estatal, se llamaba Vernon Leroy. Rafferty y Leroy, debido a la intimidad de los interminables días dentro del mismo coche, se hicieron grandes amigos. Pasaban largas horas en las carreteras, durante las desoladas noches invernales y los calurosos días veraniegos, lo cual sirvió para cimentar su amistad. Tales amistades no eran cosa rara en la fuerza, ya que los hombres se veían obligados a pasar gran parte del tiempo juntos. La amistad íntima era la regla más que la excepción. Si existía el antagonismo, fomentado por la proximidad dentro del coche, pronto se hacía necesario separar a los dos hombres y trasladarlos a otros distritos para impedir riñas y disgustos.

Rafferty y Leroy tenían literas contiguas en la base de la Tercera Patrulla de Carreteras, cuyo cuartel general se hallaba en Gilmore Springs. Pasaban juntos muchas de sus horas libres de servicio, vestidos de paisano, y yendo a la vecina ciudad de Marshall.

Un día de otoño, sumamente gris, mientras patrullaban por la concurrida carretera estatal que empieza en Chicago y va directamente a Denver, los dos hombres se cruzaron con un coche que iba a velocidad excesiva. El vehículo, que efectuó un movimiento de zigzag al verlos, estuvo a punto de chocar con otro que venía en dirección contraria. El primer conductor prosiguió su veloz carrera sin mirar siquiera hacia atrás. Rafferty y Leroy iniciaron la persecución y siguieron al coche durante quince kilómetros, pasando a través de

varios pueblos durante la caza, antes de conseguir acercarse. El único ocupante del coche, el conductor, no despertó grandes sospechas en el ánimo de los dos policías, que le tomaron por borracho, temerario o ambas cosas. Adelantaron al auto en un trecho recto de la carretera, y el auto policial, al lanzarse contra el guardabarros delantero, obligó al conductor a frenar al borde de la calzada. Leroy, sentado junto a Rafferty, que llevaba el volante, saltó por la parte derecha del coche y se acercó al otro. Al llegar a la trasera de su auto, Leroy cruzó hacia el lado izquierdo y puso el pie sobre el estribo del otro auto. Inmediatamente, el conductor levantó el revólver que mantenía junto a su costado, y envió dos balas a la cabeza del desdichado policía. Leroy cayó al suelo.

Rafferty, mientras tanto, estaba tranquilamente encendiendo un cigarrillo cuando sonaron los disparos. Sorprendido, de espaldas al otro coche, no vio caer a Leroy. Instintivamente, abrió la portezuela del coche, y una tercera bala le arañó todo el brazo izquierdo desde el codo a la muñeca. Con la mano derecha sacó el revólver de servicio de la funda, que llevaba unida al cinturón de su chaqueta de uniforme, y saltó por la portezuela abierta, que Leroy no había cerrado, por el lado derecho. El criminal, en tanto, había puesto en marcha su coche, apartándose ya del coche policíaco, intentando continuar su carrera por la carretera. El coche pasó junto a Rafferty que, por precaución, se había dejado caer en tierra y empezaba ya a incorporarse. Rafferty disparó tres veces y un proyectil perforó un neumático del automóvil. Este giró alocadamente, se mantuvo en la calzada sólo un instante, y por fin perdió el control, yendo a volcar en la cuneta. Cuando el conductor salía del coche, Rafferty le disparó al pecho.

Fue entonces cuando Rafferty se dio cuenta de que Leroy estaba herido. Se arrodilló junto a su amigo. No estaba muerto. El asesino fue identificado como un delincuente de baja estofa, buscado ya por el coche robado, que era el que conducía. Aquella experiencia le enseñó a Rafferty una lección que jamás olvidó. No debía volver a aproximarse a un criminal, un ladrón o un sospechoso sin las debidas precauciones. La cautela en un oficial de Policía es una protección mucho mejor que la póliza del seguro de vida. La experiencia dejó en el ánimo de Rafferty un terrible odio hacia los asesinos, odio que alimentó toda su vida.

En aquel punto de la historia, la existencia de Emmet Rafferty comenzó a tomar color. Hasta entonces, Katherine Rafferty sólo había podido suministrarme detalles que conocía de oídas. Acontecimientos ocurridos en los años anteriores a la época en que conoció a Emmet; un relato de hechos de los que había oído hablar, pero que no había presenciado. Mas en aquel punto, fue cuando ella conoció a Emmet Rafferty.

3

En la puerta de la central telefónica, apareció una figura erguida, corpulenta, con uniforme gris. Quitándose el sombrero de alas anchas, se llevó una mano a la sudorosa frente. La tez de su rostro era de color caoba, y terminaba bruscamente en una línea blanca de la frente, donde se encajaba siempre el sombrero.

—Quiero llamar al cuartel general de Gilmore Springs —pidió.

Katherine McManus estableció la debida conexión y señaló un teléfono que había sobre el mostrador. Rafferty lo cogió y dio su informe. Dejando el aparato en su soporte, se sentó al borde del mostrador un instante y encendió un cigarrillo.

—¿Muy ocupado? —le preguntó ella.

Rafferty sonrió.

—No, no mucho —miró a su alrededor—, ¿Tienen abierto toda la noche?

—Se cierra a las dos de la madrugada —replicó ella, moviendo la cabeza.

—Bueno es saberlo —asintió Rafferty—. Es la misma hora en que termina nuestro turno. Y hemos de enviar el informe antes de regresar. Por tanto, será mejor venir aquí antes de las dos.

—¡Oh, no! —exclamó ía joven—. Si tuviésemos cerrado, y usted tuviera algo importante que comunicar... ya abriré.

—¿Dónde vive?

—Arriba.

—¿Con sus padres?

—Sí.

—De acuerdo —asintió Rafferty—. Lo recordaré.

Bajó del mostrador y salió a la calle. La luz del interior alumbraba la acera de losetas coloradas. Rafferty se detuvo un momento y miró hacia el segundo piso del edificio polvoriento, de ventanas blancas, que ostentaba un letrero: COMPAÑIA TELEFONICA FLETCHER.

—Vamos —rezongó una voz cansada—, sigamos la ronda.

Era la voz de Ted Holland, el nuevo compañero desde la muerte de Leroy. Emmet Rafferty subió al coche y Holland efectuó con el vehículo una curva cerrada en medio de la silenciosa calzada.

El auto rodó varias manzanas por la calle principal, que era en realidad un tramo de carretera manchada de gasolina y aceite, bordeada por algunos edificios de uno o dos pisos. La luna de verano ponía máscaras grotescas en las fachadas, pintando ojos y bocas en las ventanas oscurecidas. El coche pasó por delante de la tienda de comestibles, del *drugstore*, los dos almacenes de víveres, el garaje y la

gasolinera, el banco, la ferretería, el comercio de deportes, el local que combinaba la venta de muebles con la funeraria, la barbería, una vía de ferrocarril y una estación desierta, y luego enfiló la carretera principal, regresando a Gilmore Springs.

Los dos hombres se alternaban al volante, dormitando a veces, hablando poco, deteniéndose ocasionalmente para inspeccionar los camiones aparcados junto a la cuneta, en tanto el conductor roncaba un par de horas; o bien para ayudar a los automovilistas desorientados, y también para ahuyentar con los faros del coche a las parejas de enamorados, de entre los arbustos.

A pesar de todo ello, todas las noches, a las doce en punto, Rafferty se detenía delante de la oficina telefónica para dar su informe. A la segunda semana, Katherine tenía un termo lleno de café junto a la centralita. Cuando Rafferty se disponía a salir, ella le llamó tímidamente.

—¿Quiere un poco de café?

—¡Oh, seguro! —asintió él, con una sonrisa que le alegró el semblante—. Bueno, si tiene bastante.

—Sí, hay mucho —le aseguró ella—. Hice mucho.

—Mi compañero está fuera —explicó Emmet—. ¿Habrá bastante para él?

Katherine se sintió desanimada, mas ocultó el sentimiento con una carcajada.

—Hay mucho, le digo. Hágale pasar.

Rafferty y Holland se inclinaron sobre el mostrador mientras Katherine llenaba dos tazas de porcelana con el café del termo. Las dejó luego ante los dos hombres, junto con un azucarero y un pequeño recipiente con leche. Los dos policías bebieron torpemente con las frágiles tazas.

—Muy buen café —alabó Rafferty.

—Quita el polvo que hemos tragado en la carretera —añadió Holland.

—¿Más? —ofreció Katherine.

—No... no, gracias —rehusó Rafferty—. Hemos de irnos —dejó cuidadosamente la taza y se volvió hacia su compañero—. ¿Listo, Ted?

—Sí, vámonos.

Katherine les vio salir de la oficina y subir al coche. Lentamente, recogió las tazas y las llevó arriba.

Rafferty llevaba el volante. Holland iba arrellanado a su lado. Encendiendo un cigarrillo, el segundo mantenía la vista fija en la cinta de la carretera.

—Bonita chica —comentó casualmente.

Rafferty asintió con el gesto.

—Y le gustas —añadió Holland.

Rafferty le contempló con sorpresa.

—¡Estás loco! —replicó.

—En absoluto —objetó Holland. Se quitó la pistolera del costado para estar más cómodo—. De lo contrario, no te habría ofrecido una taza de café.

—No... lo había hecho para ella —justificó Rafferty—. Y le quedó para dos tazas.

Holland se echó a reír.

—Exacto. Tenía dos tazas... sólo dos tazas. Y ambas limpias. Una para ti... y otra para ella. Y no le gustó que yo me sumara a la fiesta —hizo una pausa—. Además, cuando vertió el café me di cuenta de que el termo estaba lleno —suspiró cómicamente—. Ojalá las mujeres se volviesen locas también por mí.

Rafferty mantenía el coche a una velocidad constante.

—No es mala chica —comentó, mirando a Holland—. Y bien pensado, es bonita... sí, muy bonita.

—Además, hace muy buen café —agregó Holland.

La comarca estaba como adormilada por el calor de finales de verano. Desde la carretera, la vista abarcaba kilómetros y kilómetros de maizales y trigales. Las aldeas y los pueblos, agazapados en los ocasionales hoyos del ondulado terreno, se bañaban en los recodos de insospechados arroyos, dormitando bajo el calor. Pero de noche, la gente y la tierra despertaban. Ligeras rachas de viento, que no llegaban a azotar las mejillas, ondulaban las espigas... y las hojas de los escasos árboles cobraban nueva vida. Durante muchos kilómetros, el rumor de las espigas y de los árboles parloteaba en la oscuridad con el sonido peculiar y delicado, tan distinto de los demás sonidos, y los agricultores murmuraban:

—El tiempo es bueno para el maíz. Anoche oí cómo crecía.

Los jóvenes de las granjas y aldeas también despertaban a la vida y aparecían de noche en los bares y bailes públicos, ataviados con ropas recién lavadas, con pantalones gastados y con camisas de alegres colores; las camisas con el cuello abierto, subidas las mangas hasta los hombros, dejando ver los fuertes músculos de sus brazos. Pedían botellas de «algo parecido a cerveza» y animaban el insulso líquido con una onza de alcohol, bebiendo la mortal mezcla hasta que el cerebro se les embotaba. Luego se peleaban entre sí con furor malvado, a puñetazos, hasta quedar agotados.

Las noches de estío despertaban las emociones de las mujeres, que se dedicaban a manejos bastante turbios en los asientos posteriores de los coches estacionados, con los faros apagados, fuera de los caminos, o en citas clandestinas al oscurecer, entre los trigales de las granjas de sus padres.

Aquel verano también afectó a Emmet Rafferty. Estaba solo e inquieto. La muerte de Leroy le había privado de su mejor amigo. Las largas horas de servicio no le permitían ir en busca de chicas, y las que encontraba durante la actuación de sus obligaciones dejaban mucho que desear. Estaba separado de su familia y sus estrechos lazos y, en particular, de su hermano Sean, que estudiaba en el seminario. Le escribía a Sean con regularidad en su noviciado de la Orden de San Francisco, animándole, adjuntando en el sobre un billete de cinco o diez dólares, extraído penosamente de su menguado sueldo. El hecho de que Sean entregase a su vez el dinero a la Orden no le molestaba, ya que experimentaba un gran orgullo al saber que su hermano podía contribuir a los gastos del seminario. Sean, a cambio, cuando le permitían escribir, le enviaba a intervalos irregulares largas cartas llenas de frases de afecto y agradecimiento. Pero aquellas misivas no bastaban para llenar la vida personal de Emmet Rafferty. Así, sus visitas nocturnas a Katherine McManus fueron adquiriendo mayor importancia, aumentando en proporción y convirtiéndose en el momento más anhelado del día.

—Ha venido usted temprano esta noche —le dijo Katherine—. Sólo son las once y media.

—Lo sé —asintió él—. Terminé antes.

—¿Quiere que le ponga con Gilmore Springs?

—No. No he de llamarles hasta las doce.

Dejó el sombrero sobre el mostrador.

—¿Un poco de café?

Esto ya formaba parte del ritual.

—Sí.

—¿Y Ted?

—No quiere. Dijo que aguardaría en el coche. Allí está más fresco.

—Mamá hizo hoy un pastel. ¿Quiere un poco?

—Si no le causa mucha molestia...

Ella corrió arriba y a los tres minutos bajó con lo prometido. Dejó el pastel ante él y le sirvió más café. Emmet comió de pie ante el mostrador. Cuando terminó, la joven le puso en comunicación con Gilmore Springs y él envió su informe. Tras colgar el teléfono, se encasquetó el sombrero.

—¿Qué me dice del martes por la noche? —le preguntó a Katherine—. ¿No podría sustituirla alguien en la centralita?

La muchacha sonrió alegremente.

—Sí, creo que sí.

—El martes es mi día libre —explicó Rafferty—. Y puedo disponer de un coche.

—¿Por qué no viene antes a cenar?

—¿No sería mucha molestia?

—En absoluto.

—De acuerdo. Vendré.

Se casaron el Día de Acción de Gracias y se trasladaron a un pequeño apartamento amueblado de Gilmore Springs. En los primeros meses de matrimonio, la novedad de la vida de recién casada y la extrañeza de su papel de esposa hicieron muy feliz a Katherine. Pasaba muy contenta por las habitaciones amuebladas, evitando cuidadosamente despertar a Emmet durante el día, y esperando sentada su retorno hasta la madrugada. A veces, él llegaba muy tarde y ella le aguardaba con intensa inquietud hasta que oía sus pasos en el porche.

A medida que las semanas se fueron cambiando en meses, Emmet se tornó más retraído, taciturno, sin hablar apenas. Podía leerse en su rostro la monotonía de las patrullas, las aburridas horas de las noches interminables.

Por fin, Katherine no pudo soportarlo más.

—Emmet, hemos de hacer algo —le espetó—. Tú no eres feliz... y esto me hace desdichada.

—No sé cuál es la causa —murmuró él, sacudiendo la cabeza—. Tal vez esté cansado.

—Es algo más.

—Quizá. Puede que esté harto de todo.

—¿De mí?

—No, de ti no.

—En ese caso, tal vez sería mejor que yo regresase a Fletcher...

—¡Oh, no! Nada de eso.

Katherine no quedó convencida.

—No estoy segura de que me ames, y tal vez uno de los motivos de tu infelicidad es haberte casado conmigo.

—Te amo, Katherine. Tal vez no me guste pregonarlo, pero te amo. ¿Me he portado mal contigo alguna vez?

—Nunca, pero esto no significa que me ames. Dime, Emmet... dímelo honradamente: ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por qué estabas solo? ¿Para tener un hogar? ¿Por qué?

—Me casé contigo porque te quería —respondió él apresuradamente.

—Antes... antes de conocerte, ¿querías a otra chica?

—No, y lo sabes. Jamás estuve enamorado de nadie. Tú fuiste la única que yo...

—Pues no fue porque no les gustases —le interrumpió ella lentamente, tratando de manifestar sus pensamientos con claridad—. Lo importante es que no las querías... no las necesitabas —respiró hondamente y le miró directamente—. Jamás has estado realmente enamorado de mí ni de nadie —impidió que él protestase—. Lo sé. Lo

siento. Tú no me necesitas.

El le cogió una mano y la acarició gentilmente.

—Vamos, Kathy. Pareces tonta. Claro que te quiero. Y te necesito y todas las noches, cuando sea sargento, te traeré una docena de rosas —se sentó en una butaca y la atrajo hacia sí, sentándola sobre sus rodillas y abrazándola—. Pero tienes razón en una cosa… esta vida, tantas horas, tantas noches… tantos kilómetros… No, todo eso no contribuye a hacer la felicidad de un hombre. No obstante, ¿qué podemos hacer?

—Podrías buscar otro trabajo —sugirió Katherine.

—Tal vez… tal vez —murmuró él, encogiéndose de hombros.

—Eres joven, Emmet, muy joven, aún no tienes veinticuatro años… Podrías hacer muchas cosas. Hallar buenos empleos. ¡Empleos con un porvenir!

Emmet sacudió tristemente la cabeza.

—No son para mí, Kathy. Yo soy un polizonte… un celoso servidor de la ley.

Y no sería feliz haciendo otra cosa.

—¡Pero no necesitas ser siempre un policía estatal! Puedes ingresar en otra fuerza… en una gran ciudad.

Emmet volvió a mover la cabeza.

—No, tras haber sido policía de una pequeña población —objetó —. No, volviéndome cada año más zopenco, más torpe… He visto a muchos oliendo a alcohol, Kathy —hablaba con decisión—. Al menos, en nuestra fuerza tenemos un gran respeto hacia nosotros mismos.

La joven abandonó sus rodillas y se sentó en el suelo, descansando los brazos sobre las piernas. Pasó un dedo por encima de la bota negra de su marido.

—¿Y Chicago… o Nueva York? —inquirió ella, mirándole a los ojos—. Allí hay grandes fuerzas de Policía. Fuerzas estupendas… y tal vez algún día llegarías a ser capitán… ¡o incluso comisario!

Rafferty rió.

—Comisario, no. Hay que ascender por méritos propios.

—Pues podrías llegar a teniente… o capitán. ¡Seguro, Emmet! ¡Necesitan hombres! Y tú posees un buen expediente. Conseguirías el puesto con facilidad. Piénsalo. Podríamos tener un hogar normal, con un horario regular…

—Jamás gozaremos de un horario regular —gruñó él—. Por lo menos mientras sea policía.

—¡Pero sería mejor que ahora!

—Sí —reflexionó Emmet—, sería mejor que ahora.

La decisión de Rafferty se produjo lentamente y hasta el verano del año siguiente, 1929, no cristalizó. En la primavera de aquel año,

Emmet pidió un permiso de tres días y se marchó a Chicago. Junto con su esposa, pararon en un hotel barato de Wabash, con un «El» que pasaba bajo sus ventanas[1]. Los trenes sacudían la habitación y hacían caer el polvo de los rincones. El primer día de estancia en Chicago, Emmet estuvo en la Jefatura de Policía, de la calle South State, buscando a sus compañeros de profesión, y charlando respecto a sus empleos. Escuchó las mudas protestas de los policías sinceros, que no podían apresar las bandas de asesinos que infestaban las calles debido a los sobornos recibidos por sus superiores. Oyó las historias de los capitanes que residían en lujosas mansiones y acudían a sus trabajos en elegantes coches, comprados y sostenidos por sus actividades de contrabando y vicio. En Chicago se encontró Emmet con el primer «tercer grado».

En la Brigada de Homicidios, en el tercer piso del edificio de South State, Emmet hablaba con un sargento, Max Turner, cuando entró Joe Covicci. Este, que era un hombre esbelto y arrogante, se zafó de las manos de los dos detectives que le acompañaban. Deliberadamente, se afirmó el sombrero gris en la cabeza y se volvió hacia el corpulento sargento.

—¿Cuál es la acusación esta vez? —preguntó airadamente.

—Ninguna —replicó Turner—. Sólo deseamos charlar contigo.

—¡O me acusa o me largo!

—Sólo una charla amistosa, ¿eh?

—No hablaré sin que esté presente mi abogado. Y no tema, estará aquí dentro de un minuto.

Turner se volvió hacia los dos detectives, que asintieron silenciosamente.

—¿Dónde le encontrasteis?

—En su hotel.

Turner juró en voz baja.

—¿Os vio alguien?

—Sí, tuvimos que pasar por el vestíbulo.

El sargento se encogió de hombros.

—¡Dicen la verdad! —exclamó Covicci—. Mi abogado ya debe de saberlo ahora y estará de camino. Yo conozco mis derechos.

El sargento se volvió hacia los detectives.

—Llevadle a la habitación del fondo.

Los agentes se llevaron al forajido, que protestaba a pleno pulmón, a una pequeña habitación que daba a un respiradero. Uno cerró la ventana, bajando la persiana, que trabó en el marco inferior. El cuarto estaba vacío, aparte de un lavabo, y una especie de alacena, con una puertecita de comunicación con el cuarto. Sin pronunciar palabra, le quitaron a Covicci la chaqueta, la camisa y la corbata, entregándoselo todo a Turner, el cual dobló cuidadosamente las

prendas, que dejó en un rincón. Rápidamente, procedieron a atar las manos de Covicci con una correa; luego, abrieron la puerta de la alacena, en ángulo recto, y obligaron al delincuente a levantar los brazos por encima de la cabeza, colocando las manos atadas sobre la parte superior de la pesada puerta de madera. El cuerpo, que colgaba a la longitud de los brazos, sólo tocaba de puntillas en el suelo.

—No saldrá con bien de esto —profirió Covicci.

—¿De qué? —inquirió Turner—. Nosotros no hacemos nada. Sólo deseamos formularte unas pocas preguntas.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo... ¿conoces a Novack?

—¿Qué Novack? Hay cientos de Novack... Los bosques están llenos de Novacks...

—Heim Novack. El canalla que la otra noche...

—¡No! Jamás oí hablar de él.

Turner levantó su enorme manaza, con la palma rígida y golpeó con el dorso los riñones de Covicci. Él italiano chilló de dolor.

—Está bien —dijo Turner plácidamente—. Te vieron saliendo de un restaurante con él a las nueve. Lo encontraron muerto a la once. ¿Te acuerdas de él ahora?

—Seguro —asintió Covicci con relucientes pupilas en las que asomaba el odio. Retorció la cabeza para mirar a Turner—. Ahora sé a quién se refiere. Ese tipo me pidió un fósforo cuando yo pagaba en caja. No le había visto en mi vida. Cogió la cerilla y cruzó la puerta conmigo.

—Entró en tu coche.

—Usted está loco. ¡Yo no tengo coche! —Seguro que lo tienes. Registrado con otro nombre, pero es tuyo.

—¡Juro que no tengo ningún coche! Usted no puede demostrar que lo tenga.

La manaza volvió a levantarse y cayó sobre el cuerpo del hombre colgado. Cuando se produjo el impacto, manó saliva de su boca. Pataleó y el cuarto retembló con sus gritos.

—Volveré a hacerte la pregunta —insistió Turner—. ¿Posees un coche?

Covicci se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Tengo amigos que me prestan sus coches... de vez en cuando —admitió lentamente—. Aunque no son míos —se apresuró a añadir.

—Esto está mejor —asintió Turner—. Bien, otra pregunta: ¿dónde está ahora el coche?

Covicci sacudió la cabeza.

—No sé.

De pronto, Turner enrojeció y mostró una expresión de cruel ferocidad.

—¡Deja de andarte por las ramas! ¿Dónde está?

—Pues… —Covicci pareció escupir las palabras—, no lo sé. No lo he visto… Mi abogado… —volvió a gritar, levantando y bajando la voz hasta destrozar los oídos de Rafferty, al tiempo que Turner reanudaba metódicamente su vapuleo—. ¡Basta! —suplicó Covicci—. Aguarde, se lo diré… Se lo diré…

Turner se apartó de la puerta y permaneció junto a Covicci, aguardando pacientemente. Por las mejillas del malhechor resbalaban las lágrimas y tuvo que tragar rápidamente para aclararse la voz.

—En un garaje, hacia el sur… Allí está ahora…

—¿Dónde?

—En el garaje Milton Park.

Covicci dio la dirección.

Turner se volvió hacia uno de los detectives.

—¡Allí y de prisa!

El detective salió velozmente del cuarto. Turner volvió a concentrar su atención en Covicci.

—De acuerdo, amiguito. Ahora, algo más. ¿A dónde ibas, cuando tú y Novack entrasteis en el auto?

—El no entró en el auto.

—¡A otro con ese cuento! Ya sabes, Covicci, que no me gustaría en absoluto romperte los riñones de una patada. Bueno, probemos otra vez…

Turner se vio interrumpido al abrirse súbitamente la puerta de la habitación. Rápidamente, Turner colocó la mano sobre la boca de Covicci. Entró un agente, que cerró la puerta.

—Su abogado está fuera y exige verle.

—Entretente un par de minutos —ordenó Turner—. Saldrá en seguida.

El agente se marchó a cumplir lo ordenado. Turner y el detective bajaron a Covicci. Antes de desatarle las manos, le mojaron la cara con agua del lavabo y lo secaron con una toalla. Luego, tras aflojarle las ligaduras, procedieron a vestirle. Al final le encasquetaron el sombrero gris en la cabeza. Turner le palmeó alegremente el hombro.

—Has sido buen chico, Joe. Y no me gusta que te vayas… Aunque probablemente volveremos a vernos muy pronto…

Le empujó hacia la puerta.

En el despacho, un individuo de rostro de halcón discutía acaloradamente con dos agentes. Al ver a Covicci corrió a su lado.

—¿Está usted bien? —le preguntó.

—¡Los muy hijos de perra! —gruñó el italiano—. ¡Me, han golpeado hasta casi matarme!

El abogado, iracundo, se encaró con Turner.

—¡No se saldrá con la suya! —tronó—. ¡Ahora mismo presentaré

una demanda!

Turner contempló al abogado con asco, pero su voz sonó plácida.

—No sé de qué habla. Covicci es un maldito embustero.

—¡Ahora iré con mi cliente a ver a un médico!

—Excelente idea. Y el médico no encontrará en su cuerpo ninguna señal.

—¿Cómo lo sabe? —gruñó el abogado.

—Bueno… a menos que las tuviera de antes —replicó Turner—. Sólo hemos mantenido una charla muy tranquila, ¿verdad, Covicci?

El aludido escupió al suelo.

—Yo estuve allí dentro todo el tiempo —aseguró el segundo detective—, y no observé nada irregular.

El abogado asió a Covicci por el brazo y lo arrastró hacia la puerta. Luego, volvióse hacia el grupo de policías.

—Juro que hoy conseguiré un mandamiento contra usted —le espetó a Turner.

El abogado y su cliente dieron un portazo al salir.

Rafferty y el sargento volvieron al despachito del segundo.

—¿Lo hará? —quiso saber Emmet.

—Probablemente. Pero cuando tengamos en nuestro poder el auto de Covicci, que será muy pronto, lo arrestaremos bajo la acusación de asesinato. Tenemos buenas razones para creer que el crimen se cometió en el coche. En cuyo caso, habrá manchas de sangre y huellas.

Los dos hombres permanecieron sentados en el despacho; Turner detrás de su escritorio de nogal, y Rafferty en una butaca de respaldo recto.

—¿Cómo pudo ser Covicci tan tonto de cometer un asesinato en su propio coche? ¿No suelen hacerlo normalmente en vehículos robados?

—Claro —asintió Turner—. Por regla general, utilizan un coche algo viejo, que luego despeñan. Esta vez, no tenían intenciones de que la cosa terminase así… pero así acabó. Probablemente, Covicci alegará defensa propia.

—¿Cuál fue el motivo?

—Esto ha de decirlo el fiscal de distrito —repuso Turner—. Nosotros ya hemos tenido bastante suerte con brindarle un sospechoso. La mayoría de los crímenes cometidos por las bandas resultan sumamente difíciles de probar. Cuando descubrimos el cuerpo de Novack, no teníamos absolutamente ninguna pista. Luego, tuvimos la suerte de encontrar a un tipo que afirmó haber visto a Covicci saliendo de un restaurante con Novack. Pero nos faltaban testigos convincentes que apoyasen este dato. En realidad, ello sólo sirvió para ponernos tras la pista de Covicci. Comenzamos a buscar por todas

partes y averiguamos que el italiano se escondía, y que también faltaba un coche que poseía, aunque estaba registrado con nombre falso. Para todo esto tenía que existir un motivo. O estaba mezclado con el crimen, o con alguna otra cosa que ignorábamos. De modo que fuimos en su busca.

—¿Y si no es culpable? —quiso saber Rafferty.

Turner encendió un cigarrillo.

—Entonces, lo que le hemos hecho sirve para liquidar una vieja cuenta —miró directamente a su interlocutor—. Tal vez usted actúe de forma diferente en su localidad, pero cuando uno es policía ha de aprovechar todos los recursos. Nunca he pegado a un supuesto inocente. Ni he visto que lo hiciera ningún otro polizonte. Si traemos a un ciudadano normal, sin ficha, le damos una oportunidad; o si traemos a un sospechoso, con ciertas dudas, también. Pero a esos canallas como Covicci... Ha sido arrestado catorce veces por diferentes delitos, desde asalto a mano armada y violación hasta asesinato. Tiene en su haber tres violaciones con asesinato, y siempre ha logrado salir en libertad. Tiene pasta y puede pagar un buen abogado. Esos bribones no hablan, y tan pronto como tratamos de interrogarles, sus abogados nos los quitan de las manos. La ley tiende a favorecer a esos granujas. Y contra tal estado de cosas, hay que actuar del mejor modo posible. A veces sólo conseguimos captar una palabra, una insinuación...; sin embargo, ello puede ayudarnos a solucionar un caso. A veces, no sirve de nada y hemos de tener cuidado con no señalarles. Aunque en el caso de un tipo como Covicci... bueno, se trata de los intereses sobre una deuda muy larga y antigua.

Aquella noche, Rafferty pensó en Turner y Covicci. Era la primera vez que había asistido a un interrogatorio de tercer grado, pero no sentía simpatías hacia Covicci. Por otra parte, sus simpatías tampoco estaban completamente del lado de Turner. Creía que el sargento arriesgaba demasiado sobre un presentimiento, que ponía en peligro la integridad del cargo al interrogarle de aquel modo sin formular una acusación definida. Sin embargo, reconocía con qué problemas se enfrentaban Turner y los hombres de la Brigada, que sinceramente intentaban mantener la paz y el orden y proteger las vidas humanas.

Por la mañana, Katherine y Emmet desayunaron en una cafetería económica. El periódico matutino publicaba un artículo referente al arresto de Joe Covicci, acusado de asesinato. El presentimiento de Turner había dado buen resultado.

—Creo que nos trasladaremos, Kathy —musitó.

La joven dejó de contemplar el plato.

—¿A Chicago?

—¿Te gustaría?

—Sería excitante —sonrió ella—, y divertido.

—Bueno —añadió Emmet, con rostro inexpresivo—, no creo que vengamos a Chicago.

La expresión de la joven se entristeció.

—¿No?

—No. Iremos a Nueva York. Si he de cambiar, que sea del todo.

Katherine estaba muy excitada, pero se mostró grave.

—Nunca has estado en Nueva York... Tal vez no te guste...

—Me gustará —refutó él—. Me sentará bien. Nueva York no es muy diferente de Chicago. La gente suele ser igual en todas partes. Un poli siempre es un poli, y la ley es la ley. Quizá tengo que aprender algunas cosas, pero los motivos para hacerlas siempre serán los mismos.

Llegaron a Nueva York en septiembre. Llevaban todos los trajes y pertenencias en tres maletas; encontraron una habitación amueblada y barata en la calle Ciento seis, Oeste. En un rincón de la habitación había una cocinita de gas. Al extremo del pasillo existía un cuarto de baño que compartían con los demás huéspedes del piso. Emmet llevaba consigo la hoja de despido con distinción de la Patrulla de Caminos, una carta de recomendación de su comandante y la libreta de ahorros del banco de Gilmore Springs, donde se hallaban guardadas las economías suyas y de Katherine.

Inmediatamente, Rafferty se alistó en un curso especial para policías y estudió en una academia de servicio civil a fin de pasar los exámenes necesarios para ingresar en la fuerza. Luego, solicitó el examen, y le dijeron que la convocatoria se publicaría en la prensa.

Pero antes de publicarse el anuncio, llegó octubre. Exactamente, el 29 de octubre de 1929. Y los engranajes de la economía nacional fallaron, se aflojaron y se pararon. La gran noticia saltó a las primeras páginas de los periódicos, noticias cada día más terribles, más negras. Pero aquellas noticias significaron muy poco para Katherine o Emmet, que no poseían ninguna acción o bono. Empezó la Gran Depresión y los hombres se aferraron tremendamente a sus empleos, mientras que las muchedumbres de desempleados aumentaban diariamente, desfilando por las calles. En enero de 1930, todavía no se había publicado la convocatoria. El alcalde anunció que se habían agotado todos los presupuestos departamentales. Lentamente, Emmet comprendió que la fuerza de Policía no admitiría nuevos hombres durante algún tiempo... posiblemente, un largo tiempo. Y le confió sus temores a Katherine.

—Volvamos a casa —replicó ella—. Siempre podrás ingresar de nuevo en la patrulla.

—No —objetó Emmet—. Nos quedaremos aquí. La patrulla tampoco admitirá nuevos hombres. Aquí estamos y no nos

moveremos. Si tú deseas volver a Fletcher con tus padres, no te lo reprocharé.

—Em, si tú te quedas, yo me quedo también.

—De acuerdo —asintió él—. Pero he de encontrar trabajo. Estamos agotando nuestros ahorros.

Era verdad. Les quedaban menos de cincuenta dólares en la libreta. Pero no había empleos disponibles. Grandes multitudes se hallaban estacionadas delante de las agencias de empleo, todas las mañanas, esperando pacientemente una, dos, tres horas, hasta que abrían la oficina; esperando ansiosamente la noticia de un puñado de ocupaciones... de unas cuantas horas de descarga de camiones, de recadero, de apalear la nieve en los patios cercanos al río...

La suerte o la casualidad, o tal vez habría que llamarlo «destino», apareció de nuevo en la vida de Emmet Rafferty. El destino, posiblemente, sea el nombre más apropiado, pues volvió a relacionarle con la antigua fórmula familiar: protector en el patio de una escuela; receptor de billetes; patrullero de comercios; custodio de carreteras. A una manzana de su apartamento de la calle Ciento seis oeste había un pequeño restaurante italiano. No tenía nombre, y el letrero de la puerta sólo anunciaba: «Buenos spaghetti».

Era uno entre los mil, o diez mil, establecimientos similares de la gran ciudad, enterrado en un sótano, sólo con una docena de mesas. «Buenos spaghetti» era propiedad de un anciano italiano llamado Rizzoni, que vendía sus *spaghetti* a treinta y cinco centavos el plato, incluyendo ensalada y pan, con mantequilla de ajos. Al precio de diez centavos por un vasito, Rizzoni servía un vino tinto de confección casera. Si bien la venta del vino era una operación de indudables beneficios para Rizzoni, lo fabricaba más por la conveniencia de sus parroquianos que por dinero, y el miedo a la Prohibición le acosaba constantemente.

Katherine y Emmet habían comido en «Buenos spaghetti» en varias ocasiones, a su llegada a Nueva York, cuando aún estaban bien de fondos, pero a ninguno de los dos les gustaba aquel vino áspero, y no volvieron a tomarlo después de su primera visita. En febrero, tras una semana desesperada e infructuosa en busca de empleo, y de falta de comida en ocasiones, Emmet decidió coger unos cuantos dólares e invitar a Katherine al restaurante del viejo Rizzoni.

El pequeño restaurante estaba lleno cuando aparecieron allí, y el señor Rizzoni les acomodó junto a una mesa donde se hallaba un borracho solitario. El borracho, que aparentemente había entrado por casualidad, bebía vasos llenos de vino y cada vez gritaba más fuerte para efectuar sus pedidos. El señor Rizzoni, que actuaba de camarero mientras su mujer atendía la cocina, se inclinó obsequiosamente para anotar el pedido de Emmet. El borracho exigió, a voz en cuello, otro

vaso y, al ver que Rizzoni no le hacía caso, empujó su silla hacia atrás y cayó con ella al suelo. Al levantarse, empezó a insultar al dueño del restaurante. Rizzoni, que era un hombre anciano y desmedrado, de bigote blanco, apenas pudo hacer otra cosa que servirse de su mal inglés para sosegar al iracundo cliente. Este, viendo su ventaja y llegando al límite de los malos modales, gritó más, hasta lograr hacerse oír desde la calle, y se negó a abandonar el local a instancias de Rizzoni.

Emmet, sentado con Katherine, escuchaba el altercado con cierto embarazo. De repente, se puso en pie, asió al borracho por un brazo, hizo presa fuertemente en su hombro, y lo condujo a rastras hacia la puerta. Ya en la acera, le dijo al borracho, con frases fáciles de entender, lo que le ocurriría si volvía a entrar en el local. El borracho se alejó calle abajo.

El señor Rizzoni acompañó a Rafferty hasta la mesa dándole expresivamente las gracias e insistió en invitarle a *spaghetti*. Al finalizar la cena, el viejo se sentó a la mesa y sirvió al matrimonio un vaso de vino. Emmet y Katherine no pudieron negarse a beber sin ofenderle; cuando hubieron terminado, el comedor ya estaba desierto. Durante la conversación Rafferty mencionó el hecho de estar buscando empleo. Rizzoni se disculpó apresuradamente y corrió a la cocina, donde se enzarzó en una corta conversación en italiano con su esposa. Volvió a la mesa con el rostro iluminado por una amplia sonrisa, y le ofreció a Rafferty una ocupación. En su excitación, tuvo que repetir su ofrecimiento lentamente para hacerse comprender, pero lo que resultó incuestionable era que le ofrecía a Rafferty un empleo como camarero, por cinco dólares semanales, comida y propinas. Emmet aceptó inmediatamente la oferta, con la condición de que se le permitiese llevarse a casa la comida. Petición aceptada con entusiasmo.

El empleo, por mezquino que fuese, le permitió a Rafferty continuar en Nueva York. El restaurante abría a mediodía y volvía a cerrar a las dos de la tarde; y luego, servían también desde las cinco hasta las diez de la noche. El resto del tiempo lo tenía libre, y Emmet continuó sus estudios en la academia civil. Con los cinco dólares del sueldo pagaban la habitación, y con las propinas de diez y quince centavos pudieron realizar algunas compras y permitirse algún gasto. Igualmente, o aún más importante, era el gran plato de *spaghetti* que Emmet subía a su casa todas las noches, a veces junto con una tartera o marmita, llena de *minestrone*.

Ocasionalmente, Katherine encontraba postales o sobres a los que poner direcciones por cuenta de una agencia especializada en este negocio, situada en una de las calles Veinte, este. Sentada en una silla y con una maleta vacía sobre la falda, Katherine permanecía hasta

altas horas de la noche escribiendo las direcciones con tinta y pluma. Le pagaban por sus servicios siete centavos y medio por cien sobres o postales, y el dólar o los dos que conseguía por este medio ayudaban a aliviar su penuria.

Los Rafferty siguieron viviendo míseramente. Katherine estaba preocupada por Emmet, aunque éste no parecía desdichado. Todas las mañanas se levantaba temprano y leía los periódicos, buscando un empleo y haciendo el recorrido de las agencias de trabajo. Después de acudir al restaurante a la hora del almuerzo, iba a la academia civil, donde estudiaba duro y con intensidad.

En mayo de 1930, los periódicos anunciaron la convocatoria de exámenes, y el día señalado, Emmet pasó el correspondiente examen. Con él se examinaron otros setecientos cincuenta. No recibió la carta con el resultado hasta julio, carta en la que se le comunicaba que había pasado el examen honorablemente, que le habían asignado un número en relación con su calificación, y que cuando llegase tal número se le notificaría para otro examen.

Aguardó dicha notificación con suma ansiedad, pero pasó todo el verano sin recibirla. En septiembre, casi un año después de haber llegado a Nueva York, le ordenaron presentarse ante la Comisión de Servicio Civil. Como resultado de la entrevista personal y sus referencias, tuvo que pasar por un rígido examen físico y médico. Salió airoso de la prueba, y quedó nombrado como patrullero a prueba por seis meses.

Rafferty se ajustó cuidadosamente la chaqueta azul del uniforme y se puso la gorra con visera en la cabeza. Luego se estudió críticamente ante el espejo de la habitación amueblada.

—¿Qué tal estoy?

—Estupendo —respondió Katherine.

Rafferty sonrió y acarició la porra y la pistola enfundada, que llevaba en la cadera, mirando las botas negras de gruesa suela.

—Se acabaron las interminables rondas —murmuró.

—Seguro, y cualquier día irás en un coche de comisario de tu propiedad —replicó Katherine, imitando el acento irlandés.

Rafferty se echó a reír.

—No será así, mas a pesar de que me sienta encantado de este uniforme, tengo ansias de conseguir una promoción para deshacerme de él.

Seis meses más tarde terminó el período de prueba y fue asignado a la Policía regular.

Las horas de servicio de Emmet Rafferty giraban en torno a un horario siempre igual. Tenía tres turnos: de doce del mediodía a ocho de la tarde; de ocho de la tarde a cuatro de la madrugada; de cuatro de la madrugada a once del mediodía. Le destinaban a uno de los tres

turnos a intervalos de tres semanas. Al finalizar los seis días de servicio en un turno, tenía derecho a cuarenta y ocho horas de descanso. Pero esto era engañoso. Un oficial de Policía de Nueva York tiene que estar dispuesto a prestar sus servicios a cualquier hora del día o de la noche, e incluso durante los días libres. Además, todos los hombres de la fuerza, desde los patrulleros hasta los de mayor graduación, o sea, detectives, e inspectores de las brigadas de homicidio, vicio y narcóticos, con uniforme o sin él, han de llevar revólver constantemente. Rafferty, cuando iba a la esquina para volver a casa con una bolsa de víveres, llevaba siempre el revólver. Su tiempo, las veinticuatro horas de cada día, pertenecía a la Policía.

Frente a mí Katherine Rafferty cogió una pequeña libreta, de las que los niños usan en el colegio.

Tal vez le guste leer estos artículos —me dijo, entregándome el cuaderno.

Lo cogí y eché una ojeada a los recortes... recortes de periódico con las listas de los hombres nombrados para una promoción. En cada recorte habían subrayado un nombre con lápiz.

> *1933 Emmet Rafferty temporalmente destinado a la Brigada de Detectives, como Detective de Tercer Grado.*
>
> *1935 Emmet Rafferty ascendido a Detective de Segundo Grado.*
>
> *1937 Emmet Rafferty ascendido a Detective de Primer Grado.*
>
> *1939 Emmet Rafferty pasó el examen de servicio civil y fue ascendido a Detective Sargento.*
>
> *1941 Emmet Rafferty ascendido a teniente, en la Brigada de Homicidios.*

Yo no conocí a Rafferty siendo teniente. Yo le recordaba como sargento. Cerré el cuaderno y se lo devolví a Katherine. Me levanté para coger el sombrero y desearle las buenas noches. Ella me acompañó a la puerta. Luego me puso una mano sobre el brazo y me miró directamente a los ojos.

—Ahora todo ha pasado —musitó—. Pero hay una cosa que usted ha de recordar. Creo poder entender lo que ocurrió. ¿Por qué sintió de esa manera respecto a Rose Pauli? ¿Lo entiende usted?

—No —repliqué, sacudiendo la cabeza—, no lo entiendo.

—Medite en ello y lo entenderá.

La entrevista había terminado.

4

Le referí a Swanson mi conversación con Katherine. Me escuchó atentamente.

—Está bien —asintió—. Haré que pueda usted ver al capitán Feinberg. Si él da el visto bueno, yo le contaré todo lo que sé.

Aquella tarde estuve sentado en el despacho de Feinberg. El capitán era un hombre de mediana estatura, con el rostro aguileño y pesado de un romano antiguo. Tras explicarle el motivo de mi visita, estuvo considerando largo tiempo mis palabras.

—No sé qué puedo yo decir al respecto —refunfuñó finalmente—. Tenemos un departamento de relaciones públicas que se ocupa de estos asuntos.

—No pienso escribir sobre el caso —repliqué—. Le doy mi palabra de honor de que esto quedará estrictamente confidencial... nada de revistas ni periódicos. El Departamento de Relaciones Públicas no tiene nada que ver con Rafferty. Lo único que quiero es hablar con usted y Swanson y algunos otros que estuvieron relacionados con el caso. Con los que saben algo de lo sucedido.

Asintió lentamente.

—Yo sé cómo empezó, porque fui el responsable.

—A eso me refería —manifesté—. Y a partir de aquí, tal vez logre comprender cómo y por qué sucedió.

—Creo que puedo contarle algo. Bueno, algo que no puede perjudicar a nadie, ni a la Policía. ¿Por dónde quiere que empiece?

—¿Conocía a Rose Pauli?

—No. En absoluto. Es decir, jamás la vi personalmente. En verdad, sólo una vez, antes de destinar a Rafferty a aquel caso.

—¿Cómo era?

—Puedo enseñarle una foto suya. Será lo mejor.

Se puso en pie y fue hacia la puerta. Desde allí dijo unas palabras a un agente. Este se alejó por el pasillo y el capitán volvió a su escritorio.

—Mientras aguardamos —rogué—, permítame formularle otra pregunta. ¿Qué piensa usted de Rafferty?

Feinberg eligió las palabras cuidadosamente.

—Que era un buen hombre. Después de ingresar, ascendió con regularidad... más de prisa que la mayoría, aunque no tanto como otros.

—¿Era disciplinado? ¿Tuvo alguna queja contra él?

—No. Trabajaba con dedicación, buscaba algunas buenas oportunidades y sabía aprovecharlas.

El agente entró en el despacho, me dirigió una mirada y dejó un retrato, boca abajo, sobre la mesa. Sin una palabra, abandonó la habitación. Feinberg cogió la foto, la miró y me la pasó a través de la mesa. La cogí ávidamente.

Era el retrato en blanco y negro de una joven de unos veinticinco años, tomada por un fotógrafo teatral. Tenía las manos colocadas delicadamente, cubriendo sus senos desnudos, y la sonrisa que parecía dirigirme estaba llena de sensualidad. La invitación estaba escrita claramente en sus ojos semicerrados, en sus pestañas artificiales. El retrato terminaba en la cintura, pero el cuerpo estaba arqueado, tan tenso como un arco de flecha, desde la cabeza hasta el ombligo. Debajo de la pulida pátina del retrato se ocultaba una sensación de voluptuosidad restringida, de pasión disimulada y enterrada. Examiné el rostro nuevamente, fijándome en el labio inferior, muy grueso, que se estrechaba en una sombra misteriosa en las comisuras de la boca. La sombra ponía cierto misterio en los labios, que ofrecían una promesa conocedora, sibarítica… insinuando muchas cosas. El impacto femenino de la joven era innegable.

—De modo que ésta es Rose Pauli —murmuré.

—Una zorra —gruñó Feinberg—, una zorra vulgar. He visto muchas como ella.

—Entonces, ¿cómo se lo explica?

—No me lo explico. Algunas cosas carecen de explicación. De todas las profesiones del mundo, los médicos, los sacerdotes y los policías son los que conocen mejor a la gente. Y entre los médicos, los sacerdotes y los policías… los policías van en cabeza. Los médicos sólo ven a las personas cuando están enfermas o agonizando; los sacerdotes cuando la gente acude a la iglesia con su aspecto más humilde y recatado; pero los policías vemos a la Humanidad a todas las horas del día y de la noche… en apuros o sin ellos —abrió un cajón de la mesa y sacó un cigarro. Tras quitarle cuidadosamente la vitola, lo encendió y se retrepó en el asiento—. Pero, a veces, la gente no sabe ver claramente una cosa, o las ven con tanta claridad que perciben detalles que otros no ven —indicó el retrato—. ¿Qué tiene esa Rose Pauli? No es guapa. Pero, ¿qué es una mujer guapa? ¿Cuántas estrellas de cine son guapas realmente? Muy pocas; dos o tres a lo sumo. En cambio, todas tienen algo. Algo que el vulgo no acierta a definir. Tal vez Rose Pauli tuviese ese algo. O tal vez lo tuviese y sólo pudiera actuar sobre una sola persona. Y esa persona fue Emmet Rafferty. ¿Me comprende?

—Debe haber algo más —añadí después de mostrarme de acuerdo con sus palabras—. Tal vez él fuese la única persona, como usted ha dicho, que pudiese ver claramente a esa mujer.

—En este caso, no creo que fuese así —refutó el capitán—. El

estaba a punto y ella encendió la mecha.

—Dijo antes que fue usted quien inició el caso. Cuéntemelo.

—Está bien —accedió Feinberg—, pero antes he de ponerle en antecedentes. Emmet ingresó en Homicidios, creo que en 1941, y debido a ciertos motivos, que no son ahora del caso, no existía la graduación de sargento en la Brigada. De modo que, como sargento de brigada de detectives, fue automáticamente ascendido a teniente en activo de Homicidios. En aquella época yo era teniente por derecho y su inmediato superior.

«En 1942 tuvimos un aviso de la Policía de Los Angeles. Al parecer existía una guerra entre bandas, que no lograban terminar. En la zona de Los Angeles, actuaba una banda de unos seis miembros. Potencialmente, era muy peligrosos, pero hasta un año antes no se habían dedicado a asuntos de importancia. Luego, en el transcurso de un año, fueron hallados muertos, uno tras otro, todos los miembros de esa banda, diseminados por la comarca. Cinco de ellos muertos. El sexto, un tipo llamado Eddie Stack, fue atrapado en un atraco con homicidio en Wisconsin, siendo condenado a cadena perpetua. La banda de Stack estaba liquidada por completo. La Policía de Los Angeles ignoraba el porqué y tampoco sabía quién era el autor de aquella operación de limpieza. Pensaban que tal vez otra banda deseaba hacerse dueña del país, y que antes había deseado deshacerse de unos rivales peligrosos, como se hacía en Chicago por los años veinte. Sin embargo, no tenían ninguna pista sobre una nueva banda. Los policías de Los Angeles se trasladaron a Wisconsin e interrogaron a Stack en la cárcel, pero éste declaró que no sabía nada.

»Bien, tal vez Stack mintiera... o tal vez no. Pero existe la posibilidad de que sí. Y había otra persona que estaba enterada de las actividades de Stack... y de la banda. Esa persona era la mujer de Stack. Según la Policía de Los Angeles, ella no había estado nunca activamente mezclada con los crímenes de la banda, pero cabía la posibilidad de que Stack le hubiese dado ciertos informes, algunos datos... o que ella se hubiese enterado de algo accidentalmente.

»Antes de casarse con Stack había actuado como estrella de *strip-tease* en una serie de bares baratos de la costa occidental. Cuando encerraron a Eddie, ella volvió a su antigua profesión. Primero fue a Chicago, donde actuó dos meses; luego vino a Nueva York.

Feinberg sonrió y quitó la ceniza del cigarro con la uña.

—Naturalmente, aquí en Nueva York no se permite el *strip-tease*, al menos técnicamente, de modo que ella tuvo que cambiar su actuación por una «danza exótica», si bien era casi exactamente lo mismo que había hecho en California e Illinois, salvo tal vez que aquí tenía que llevar alguna prenda. Bueno, la señora Stack estaba en Nueva York, trabajando en un cabaret, aunque la Policía de Los

Angeles ignoraba en cuál. Y nos pidieron que lo averiguásemos.

»La descubrimos en un local de la calle Cincuenta, entre las avenidas Sexta y Quinta. Trabajaba con el nombre de Rose Pauli. Cuando la hubimos localizado, nos pidieron desde Los Angeles que la interrogásemos y tratásemos de descubrir si sabía algo... o si mantenía correspondencia con algunos contactos de Los Angeles.

El teniente, ahora capitán Feinberg, empujó el retrato sobre la mesa y Rafferty lo estudió atentamente.

—Bien, ésta es la historia —gruñó Feinberg—. Trate de establecer contacto con ella.

—De acuerdo —asintió Rafferty—. ¿Tenemos alguna conexión con el asunto?

—No creo —negó Feinberg—. Se trata de un asunto estrictamente de la costa occidental. Les hacemos un favor. Ya nos lo devolverán alguna vez.

Rafferty tomó el retrato.

—¿Sin cuenta de gastos? —quiso saber.

—Sin cuenta de gastos.

—Está bien, me ocuparé yo mismo de esto.

—Naturalmente, si tiene tiempo.

—Tengo tiempo.

Rafferty se presentó en la sala de fiestas para el pase de la una de la noche. El pequeño cabaret, de luces indirectas, estaba lleno de gente, sentada ante diminutas mesas, bebiendo licores aguados a precios elevados. Los camareros se abrían paso a través de las mesas atestadas, llevando las bandejas sobre la cabeza, balanceándose y pareciendo que guardaban el ritmo con las bailarinas. En la pista de baile, las artistas trabajaban bajo la luz de un foco azul, cantando con voces roncas, por encima del murmullo de las conversaciones, bailando casi en tinieblas. Rafferty llamó a su camarero.

—Esa chica que canta y baile... Me gustaría conocerla. Creo que se llama Pauli. ¿Puede invitarla a mi mesa?

El camarero sacudió la cabeza y tomó de la mesa el vaso semilleno.

—No puedo —replicó—. En la casa está prohibido que las artistas alternen con los clientes.

—Podrá lograrse por cinco pavos —respondió Rafferty.

Le entregó un billete al camarero, que se lo guardó en el bolsillo sin cambiar de expresión.

—Sigo sin poder —manifestó aquél—. Pero le daré un consejo. Si quiere verla, baje por la calle media manzana hasta la charcutería. Hay un descanso de una hora hasta el próximo espectáculo, y casi todas las artistas van allí para comer algo —limpió la mesa con la

punta de un paño sucio—. ¿Quiere otra copa? —preguntó—. Si la quiere se la sirvo, de lo contrario la cuenta asciende a seis pavos.

Le entregó a Rafferty una factura.

—¿Por dos bebidas? —se amoscó Rafferty.

—Por dos bebidas y gastos de información.

Rafferty abonó la cuenta y salió a la calle. A media manzana halló una tienducha con un pequeño mostrador, encajada entre dos edificios altos. Estuvo allí un momento, con el sombrero hacia la nuca, contemplando el escaparte. El local contenía un solo mostrador, con varios taburetes, a un lado, lo cual dejaba sitio suficiente para un pasillo. En el mostrador, un dependiente se hallaba ante una reluciente cafetera, y en el extremo más alejado trabajaba un cocinero frente a una freidora y una serie de hornillos de gas. Los taburetes del mostrador estaban ocupados en parte; sentada en uno de ellos se hallaba Rose Pauli. Rafferty encendió indiferente un cigarrillo, abatió el sombrero sobre la frente y abrió la puerta. Recorrió el pasillo y se encaramó al taburete situado al lado de la joven.

Esta no pareció observar su presencia. Tenía delante un plato que había contenido un bocadillo, y a un lado aún quedaban unas patatas fritas. En sus manos, que descansaban sobre el mostrador, sostenía una taza de café. Su cabello del color del trigo, tan claro en algunos mechones que parecía de plata, lo mantenía atado con una cinta de vivos colores. Llevaba todavía el maquillaje de actuar y las pestañas artificiales parecían de almidón bajo la luz del local. Llevaba un impermeable azul marino, completamente abrochado.

El dependiente se acercó y Rafferty pipió unas pastas. La joven sentada a su lado dejó la taza de café sobre el mostrador y abrió un enorme bolso que tenía en la falda. Sacó del mismo un paquete de cigarrillos, extrajo uno y se lo puso en la boca con un movimiento largamente practicado. Cuando iba a sacar la caja de cerillas, Rafferty se inclinó y le ofreció una, encendida.

—Tome usted.

Ella le miró con indiferencia.

—Gracias —murmuró.

Sopló el humo al aire y cogió la taza, sin hacer caso de Rafferty.

—Usted trabaja en ese cabaret, ¿verdad? —preguntó Emmet Rafferty, señalando vagamente hacia la calle.

—Seguro —asintió ella sin mirarle.

—La vi esta noche. Creo que lo hace muy bien.

—Olvídelo —replicó ella—. Estoy cansada.

Se volvió de espaldas ligeramente, dando por terminada la charla.

—Oiga —continuó él, con tono amistoso—, no intento ser un fresco. Pero nunca tuve ocasión de hablar con una artista y...

—Lárguese a casa con su mujer y sus niños —le atajó ella.

—No estoy casado. No tengo mujer ni hijos —mintió él sin vacilar, como una cuña para romper aquella armadura de indiferencia.

Ella se volvió y le contempló deliberadamente, escrutando su rostro. De repente, Rafferty se fijó en que el puente de la nariz de la muchacha era bajo y ancho, pero que los pómulos se destacaban mucho bajo la piel. El azul profundo de sus pupilas resplandeció fríamente contra el maquillaje.

—¿Qué hizo, comprar a uno de esos estúpidos camareros?

—No —negó él—. Estuve en el local la otra noche y la vi a usted. Y ahora he entrado aquí para comer algo.

Sonrió con una sonrisa que iluminó su semblante, y ella le devolvió lentamente la sonrisa.

—Esos malditos camareros del cabaret venderían a sus madres por un pavo —masculló ella, volviendo a concentrarse en su café—. ¿Cómo no está usted en el Ejército? —indagó después, con suspicacia —. Dijo que no estaba casado...

—Demasiado viejo —mintió Rafferty—. Paso del límite.

—No aparenta treinta y siete años.

—Los tengo —dijo él con aplomo. El camarero dejó la cuenta en el plato de la joven—. Yo la invito —añadió el policía.

—¡Trato hecho!

Ella saltó del taburete y se dirigió a la puerta. Rafferty dejó un billete sobre el mostrador y alcanzó a la muchacha. Mantuvo abierta la puerta y la siguió a la acera. Una mujer de elevada estatura, así era Rose Pauli, por lo que sus ojos estaban a la altura de los de Rafferty, y se volvió, mirándole brevemente. A la luz del letrero de neón su cara se suavizó.

—¡Rose! —exclamó él—. En efecto, usted parece una rosa. Me gusta su nombre.

—Adulador...

La joven echó a andar hacia el cabaret. Al cabo de unos pasos se detuvo y exclamó:

—Gracias... por la invitación.

Rafferty la siguió con la vista hasta que ella estuvo dentro de la sala de fiestas.

A la noche siguiente, él volvió a encaramarse al taburete contiguo al de ella.

—Hola, ya estoy aquí —sonrió—. Pida lo que quiera... para dos.

Ella sonrió, con cierta diversión. Sus ojos ya no miraban con frialdad ni eran azules, sino de un tono suavemente violeta, y Rafferty se sintió presa de una excitación desconocida. Luego, la muchacha volvió a mostrarse indiferente y le espetó:

—¿Ya ha vuelto, tonto?

—Seguro, sé que soy un tonto —repuso él. Hizo una pausa y

añadió—: Cuando vale la pena.

Había algo en su voz, una nota nueva, una nota acerada que captó la atención de la joven, que le contempló con renovado interés.

—¿Qué hace usted? —le preguntó.

—Lo que puedo —se encogió de hombros.

—¿Por ejemplo?

—Dígalo usted —sonrió Rafferty.

Ella no lo dijo. En cambio, consideró las palabras de Rafferty. Luego, abrió la polvera y estudió atentamente sus labios en el espejito. Cerró el estuche con un chasquido.

—Naturalmente, no es asunto mío.

Saltó del taburete, como en la noche anterior, y fue hacia la puerta. Rafferty pagó la cuenta y la siguió.

La acompañó por la calle, andando lentamente. Ocasionalmente, él percibía la fragancia de su perfume, una mezcla que tal vez fuese barata, si bien se fundía maravillosamente con el aroma de su cuerpo, aún caliente por los esfuerzos de su actuación, y se aferraba a su olfato de manera muy sensual. Al llegar al cabaret, se quedaron semiocultos por un poste de la marquesina.

Ella se llevó un cigarrillo a los labios y le pidió lumbre. Luego, por encima de la llamita, le miró fijamente al rostro.

—¿Piensa usted venir a verme todas las noches?— inquirió.

—Tal vez.

—Entonces, tal vez será mejor que puntualice algo. No me gusta cenar en un mostrador. Ni estoy interesada en atarme con un tipo que quiera mandarme y pretenda conseguirlo todo sin dar nada a cambio..., ¿entendido?

Rafferty se enfureció ante aquella insolencia. Cogió la muñeca de Rose, apretándola con la fuerza de sus poderosos músculos. Las lágrimas acudieron a los ojos de la muchacha.

—No me insulte —masculló él. Soltó la muñeca y dio media vuelta para marcharse.

—¡Aguarde! —gritó ella. Le miró desde las sombras—. Lo siento. No debí decirle esto. Sólo quería que supiera lo que siento.

—Lo ha dicho —replicó él—, y la entiendo.

—No, no lo entiende. No soy una ramera, aunque toda mi vida he sido una idiota. Y estoy harta, harta. A partir de ahora, todo será diferente.

Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisoteó con el pie. Levantó los brazos hasta más arriba de la cabeza y se arregló la cinta del pelo. Rafferty captó la fragancia de su cuerpo y aquel aroma pareció envolverle el ánimo.

—¿Y ese local? —preguntó, indicando el cabaret.

—Quiero dejarlo. Tal vez usted me ayude a dejarlo —murmuró

Rose.

Después, desapareció por la puerta pintada.

El teniente Feinberg se detuvo junto al escritorio donde Rafferty estaba redactando su informe.

—¿Algo nuevo en el caso Stack? —preguntó.

Rafferty sacudió la cabeza. Dejó la pluma junto al tintero y se volvió para mirar a Feinberg.

—Nada en absoluto —replicó.

—¿Ha hablado con ella?

—Un par de veces.

—¿Y qué ha pasado?

—Nada.

—¿Alguna idea?

—No —se encogió de hombros Rafferty—. A menos que la traigamos aquí para interrogarla oficialmente.

—No es posible. No tenemos ninguna fuerza para obligarla a hablar. ¿No sabe aún que usted sea policía?

—Aún no.

—Mejor. Siga con ello.

El teniente volvió a su despacho. Rafferty reanudó su informe. Bruscamente, dejó de nuevo la pluma y se puso de pie. Se dirigió al despacho de Feinberg, llamó a la puerta y entró sin ser invitado. Se quedó de pie frente a la mesa.

—Oiga —dijo—. desearía que pusiese a otro en esto.

Feinberg le contempló un momento.

—¿Cuál es el motivo?

—No hay motivo —repicó Rafferty—. Yo... bueno, no he conseguido nada y tal vez otro tendría más suerte.

—Usted fue destinado a este caso hasta conseguir algo o hasta que nos lo retiren de las manos.

El rostro de Feinberg estaba impasible.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué diablos le ocurre?

—No creo que ella estuviese muy unida a Stack; ni que sepa nada de la banda. No me gusta la idea de mentirle... y quizá de causar su perdición.

—Una dama como ella ya está perdida.

—Ella hace lo que puede —le atajó Rafferty.

—¡Al diablo! —exclamó Feinberg mirando fríamente a Rafferty—. No dispongo de muchos hombres que no parezcan polis. Opino que usted es el mejor para ese trabajo. Y puedo ordenarle que siga con él, mas no lo haré. Si quiere puede dejarlo. Pondré a otro —hizo una pausa—, pero no olvide que me acordaré de que lo abandonó.

—Está bien. Seguiré con el caso.

Aquella noche, Rafferty no se encontró con Rose Pauli en la charcutería. La esperó, después del espectáculo, y cuando ella salió el local ya estaba cerrado y a oscuras. En el bolsillo, Rafferty llevaba un pequeño fajo de billetes de diez dólares, los cincuenta que había retirado aquel día de su libreta de ahorros. Metió la mano en el bolsillo para sentir su contacto.

Rose se sorprendió al verle.

—Vaya, esto es algo —exclamó—. No le vi en el descanso y pensé que estaba enfadado.

La joven llevaba una chaqueta blanca echada sobre los hombros. En la sombra de la calle, la chaqueta blanca la hacía parecer más alta.
.

—Pensé que era mejor llevarla a algún sitio a cenar de veras —propuso él.

—No tengo apetito —rechazó Rose—, pero sí me gustaría una copa... una buena copa.

Tomaron un taxi hasta uno de los cabarets nocturnos del East Side. Estaba parcialmente lleno de parroquianos y trasnochadores, y se acomodaron en una mesita redonda. No había música y el camarero tomó atenta nota del pedido.

—Esto me gusta más —sonrió ella.

Rafferty jugueteó con su copa, haciéndola girar lentamente.

—¿Es muy importante esto para usted? —preguntó él.

—Sí —Rose le miró fijamente.

—¿Por qué?

Ella tomó un sorbo de su copa.

—Supongo que todo el mundo suspira por algo que nunca ha tenido.

—Sí —asintió Rafferty lentamente—. Supongo que sí. ¿Lo ha decidido de repente?

Ella se echó a reír sin humorismo.

—Tal vez.

—¿Quiere tomarme el pelo?

—¡Oh, no! Puede usted marcharse si gusta, incluso. Pero he decidido que estoy harta de todo... —dejó la frase sin terminar.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué cree usted? —le miró con desafío, y después suavizó su expresión—. Oh, a nada en particular. Pero he estado trabajando en cabarets de poca categoría desde los catorce años. Y una aprende mucho y nada bueno. Luego, siendo aún una chiquilla, me enredé con un tipo... que no era bueno y deseaba ser un personaje. Me cortejó y lo acepté.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —repuso ella con indiferencia.
—¿No ha sabido más de él?
—Hace años.
Ella le miró casualmente y después desvió la mirada.
—¿Sigue enamorada de él?
—¡No! —esta vez soltó la carcajada, que resonó fuertemente en el sosegado local—. No —repitió bajando la voz—. Llevo años sin pensar en ese tipo.
—Ya es algo —asintió Rafferty—, aunque no mucho.
—Lo sé —dijo ella, deseando cambiar de tema.
Más tarde estuvieron conversando delante del hotel barato, donde ella vivía. Las bombillas amarillentas brillaban débilmente en el vestíbulo de la casa. La joven giró la llave en la cerradura, y se situó de espaldas a la puerta.
—Supongo que no pensará usted entrar, porque estoy mortalmente cansada y quiero dormir.
—Está bien.
Ella no aguardaba esta respuesta, por lo que permaneció inmóvil unos instantes, escrutando intensamente el rostro del policía. El cabello rubio le caía sobre los hombros, y la blancura de la chaqueta contribuía a darle una expresión muy inocente… la de una jovencita que llevaba una caperuza blanca. Se inclinó hacia delante, casi contra él, y le besó en los labios.
—Eres muy seductor… —murmuró.
El la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí con insistencia, mas ella se escabulló, puso las manos contra el pecho de Rafferty, obligándole a soltarla. Después, apartó súbitamente la mano, muy alarmada.
—Llevas una pistola bajo el hombro —exclamó.
—Sí —admitió pl.
—¿Qué eres? ¿Un extorsionista… o un pistolero?
Rose dio media vuelta para entrar en la casa, pero Rafferty asió el picaporte de la puerta, sujetándolo con fuerza.
—¡Vete! ¡Déjame! —suplicó ella.
—No soy ningún granuja —replicó él.
Rose se volvió rápidamente.
—¿Un maldito poli, entonces? —el cabello le caía sobre la cara, y ella echó atrás la cabeza, apartando el pelo a un lado—. ¿Cuál es la diferencia? ¡No tengo tiempo para la Policía!
Rafferty meditó rápidamente. La mentira halló un fácil camino hasta sus labios.
—Trabajo por mi cuenta. Regento un servicio de puerta a puerta.
Ella le contempló cautelosamente.
—¿Como la agencia Brink?

—No —negó él—. Yo no traslado dinero.

Sabía que hubiera sido mentir demasiado.

—Entonces, ¿qué?

—¡Oh…!, pieles valiosas, joyas… —dijo él con tono casual—. No es un negocio de importancia… aunque no me va mal.

Apartó la mano del picaporte, permitiéndole entrar en el edificio.

La joven penetró en el vestíbulo, dejando la puerta entreabierta.

—¿Es de veras? —preguntó.

A la débil luz, él sólo podía verle una parte de la cara, media frente y uno de los pómulos. Inclinó la cabeza, asintiendo.

—Porque si no eres una buena persona… —prosiguió ella—, no quiero volver a verte. Lo único que en tal caso te pediría sería que me dejases tranquila.

—Quiero volver a verte.

—Seguro —murmuró Rose Pauli, suspirando—. Pero ya te he advertido. Yo trato de estar dentro de la ley.

—¿No me quieres? —inquirió Rafferty.

—Está bien, me gustas —admitió ella, casi gruñendo—. Eres guapo, tienes buen tipo… Probablemente podrías enseñarme muchas cosas. Aunque ahora no me refería a esto. Yo no suspiro por un pequeño hogar y unos hijos… Yo quiero algo *ahora*… todo lo que pueda conseguir. Estoy harta de vivir en tugurios como éste, ¿entiendes?

—Sí —musitó él, con voz distante.

La joven encogió los hombros dentro de la blanca chaqueta, y contra la negrura del vestíbulo, su rostro, su garganta y sus hombros, que descubrió terminando por quitarse la chaqueta, parecieron un camafeo en relieve. Una vez más, Rafferty aspiró aquella mezcla del perfume y el aroma del cuerpo de Rose Pauli, que embotaba sus sentidos. Penetró en la casa. Los dos subieron hasta un apartamento minúsculo. Ella abrió la puerta. Entraron y Rafferty cerró. Rose se apartó de él en la oscuridad.

—Entiendo —exclamó Rafferty. Tenía la voz enronquecida por el deseo—. ¡Yo pujaré muy alto! ¿Entiendes?

Los hombros de Rose estaban silueteados contra la débil claridad de la ventana y él posó sus manos encima. Su voz tenía una nota de apremio y ella no se movió bajo aquella presa, aguardando el inevitable momento.

—Haré que consigas todo lo que desees —añadió él febrilmente.

Salvajemente la arrojó sobre la cama. Ella suspiró resignadamente.

El teléfono sonó en la mesa del capitán Feinberg. Lo cogió y habló brevemente. Yo esperé hasta que finalizó la conversación y luego me

levanté y nos estrechamos las manos.

—Gracias. Le agradezco que me haya contado lo que sabía respecto al principio del asunto; esto me ayudará a comprender el final.

—Lo malo —replicó Feinberg— es que Rafferty se metió en ese caso hasta el cuello. Desde el principio comprendió que a menos de poder zafarse del asunto, quedaría enganchado sin remedio. Cuando me pidió que le relevase del caso, debí haberle atendido trasladándolo a otro. Pero no lo entendí.

De pronto, el rostro del capitán Feinberg me pareció envejecido y muy fatigado.

5

Swanson paró el coche patrulla junto a la acera y abrió la portezuela. Había convenido con él, aquella tarde, que nos encontraríamos cuando él concluyera su servicio. Sin embargo, volvió a llamarme y sugirió que podíamos encontrarnos antes, pues tenía necesidad de cambiar de planes. En consecuencia, le esperé en la esquina de la Sesenta y siete y la Quinta Avenida, donde me recogió.

—¿Le contó Feinberg muchas cosas? —me preguntó, cuando tuvo internado de nuevo el coche entre el tráfico.

Le repetí la charla mantenida con el capitán.

—Ya —murmuró cuando terminé—. Así es como sucedió, supongo. Aunque el capitán no le explicó una cosa, que tal vez haya olvidado: que Emmet no se engañó a sí mismo. Sabía que la damita Pauli le había mentido respecto a su marido, y supongo que no pensó ni por un solo momento que ella le amase... me refiero a Emmet. Pero necesitaba seguirle la corriente.

—¿Por qué?

Swanson meditó mi pregunta.

—Bueno, ante todo... tiene que comprender un poco a Emmet. Sé que esto parece gracioso, pero no creo que él se hubiese enamorado de ninguna mujer en toda su vida. Y la primera vez... puede cambiar a un tipo por completo.

Me pareció entender el sentido de las palabras de Swanson.

—Quiere usted decir que el hombre normal se enamora... sufre una fuerte pasión cuando es joven, cuando apenas acaba de salir del instituto. Con todas las agonías, las dudas, las humillaciones, con todas las incertidumbres, las penas y las alegrías. Esas extrañas emociones desaparecen y endurecen al hombre para su vida futura. Un hombre maduro puede tener una docena de amoríos sin que jamás vuelva a sentir lo mismo que en el primer amor, ¿verdad?

—Sí, algo así —asintió Swanson—. En todos los años que conocí y trabajé con Emmet, jamás flirteó con ninguna chica, ni se dedicó a pescar damitas ni tuvo tratos con ellas, a mi entender. Ya sabe, los hombres suelen alardear de sus conquistas, o hablan de las mujeres que conocieron antes de casarse. En cambio, Emmet no. No creo que hubiera dormido con ninguna otra chica en toda su vida, más que con su esposa.

—¿No estaba enamorado de ella?

—Claro que sí... en cierto modo. Era la única chica que conocía, entiéndame. No había ningún misterio en ella. Y Emmet estaba loco con sus dos hijas. Pero esa Pauli era diferente; sabía complacerle como

ninguna otra mujer. Y él no tenía voluntad para impedirle que lo hiciera. Verá, le contaré una cosa…

—Adelante.

—Bueno, fue así. Emmet y yo fuimos compañeros largo tiempo. Los dos estábamos en la escuadra de detectives. Luego, trasladaron a Emmet a la Brigada de Homicidios y yo me quedé donde aún estoy. A partir de entonces, no vi mucho a Emmet. Sólo ocasionalmente me tropezaba con él y nos saludábamos. Pero seguí siendo el amigo más íntimo que tenía. Emmet pasó a Homicidios en el 41… —la mente de Swanson retrocedió varios años—. En el 42 conoció a Rose Pauli, a pesar de que por entonces yo no sabía nada. Tal vez un año más tarde, en el 43, me llamó. Dijo que quería verme, charlar conmigo. Nos encontramos cuando terminé el servicio y fuimos a cenar.

El camarero dejó los platos sobre el mantel colorado, y los dos amigos aguardaron a que se retirase. Rafferty levantó el vaso de cerveza y lo apuró mirando desdeñosamente los *wieners* y *kraut*.

—Me encantará poder comerme un bistec sin que me cueste una semana de sueldo —gruñó.

—Seguro —asintió Swanson.

—En mi pueblo, podíamos comprar media ternera con el precio que ahora cuesta un filete.

—Seguro —repitió Swanson.

Rafferty volvió a llenar su vaso de cerveza.

—Hace ya mucho tiempo que no salíamos juntos —suspiró—. Demasiado.

—¿Qué tal te van las cosas?

—Me encuentro en un lío, Swanson —murmuró Rafferty—, en un buen lío que no sé cómo resolver.

Swanson se tragó el bocado de *kraut* antes de contestar.

—Bromeas, ¿eh?

—No.

A Swanson le pareció que el rostro de Rafferty era diferente, y por primera vez se fijó en las hebras grises que le plateaban las sienes.

—Necesito pasta —añadió Rafferty.

Swanson estaba molesto. Presentía que su amigo se encontraba sometido a una fuerte presión y, aunque no se hallase en un auténtico desquiciamiento, se sentía inquieto y desdichado. La situación inquietaba a Swanson.

—Puedo prestarte algo —ofreció tímidamente.

—No, gracias —Rafferty no había tocado la comida. Se rebulló en el asiento y le pidió al camarero otra botella de cerveza—. Es algo peor, Swannie. Necesito mucho dinero —se sirvió otro vaso de cerveza y dejó crecer la espuma, que sorbió lentamente por los costados—. Lo

malo es que ya he gastado toda la pasta que tenía ahorrada… todo lo de Katherine y todo lo mío. Podría pedir prestado sobre un pequeño seguro que tengo, pero lo que me diesen no duraría mucho…

—¿Qué dice Katherine?

—No sabe nada.

—Oh… —el rostro de Swanson se ensombreció—. ¿De qué se trata? ¿Juegas a los caballos?

—No, es otra cosa.

—¿A quién quieres engañar, Emmet? Entonces, se trata de una mujer…

—Sí.

Rafferty estudió atentamente el vaso, evitando levantar la vista.

—De modo que te ha tomado por un babieca —la voz de Swanson apenas ocultaba su desagrado—. ¿Por qué diablos no la mandas a paseo?

—Lo he intentado —explicó Rafferty—. Lo he intentado media docena de veces, pero no puedo estar lejos de ella. Siempre vuelvo a su lado. Por Dios, Swannie, ¿crees que no sé que soy un estúpido? Lo sé a cada instante y sueño con ello todas las noches… cuando logro dormir. Mas no puedo remediarlo, ¡maldita sea!

—¿Cuánto hace que dura?

—Un año.

—¿Qué piensa ella de que la abandones?

—Esto es lo peor. No le importa en absoluto. Supongo que me aprecia. A este respecto, no tengo quejas. Pero aún aprecia más las cosas que le doy. Desde el principio comprendí en dónde me metía; tampoco ella trató de engañarme. Me imaginé que podría terminar el asunto en unas semanas o un mes; luego, lo alargué hasta otro mes… y hasta ahora. Pero —el rostro de Rafferty se arrugó y los músculos de la mandíbula se abultaron ligeramente— he llegado a una situación en la que ya no puedo ir más lejos… y, no obstante, no me es posible abandonarla, separarme de ella.

—¡Ah, vamos —sonrió Swanson—, olvídala! Acuérdate de tu experiencia. Te sobrepondrás a ello. Todo el mundo se sobrepone.

Swanson condujo el coche hacia el carril de la derecha y paró delante de un antiguo edificio de ladrillos rojos, de cinco pisos. Había un grupo de vecinos en la escalera que conducía a la puerta del segundo piso. Un decrépito letrero anunciaba: «Habitaciones amuebladas por alquilar». Dentro se oía el sonido de varias voces.

—Espere aquí —pidió Swanson—. No tardaré en salir.

Se abrió paso entre la gente y desapareció tras la puerta.

Volvió cinco minutos más tarde.

—¡Vamos, despejen! —les gritó a los curiosos. Bajó la escalera y

subió al coche—. Un individuo sorprendió a su hija tratando de fugarse con un tipo indeseable y le pegó una buena somanta a la chica. Bueno. creo que lo necesitaba.

Puso en marcha el auto.

—¿Eso es todo lo que le contó Rafferty referente a Rose Pauli? —indagué.

—Sí. Emmet era un maldito mudo. Por entonces no presté mucha atención a sus palabras porque me imaginé que superaría la prueba de un modo u otro. A lo máximo, se quedaría sin pasta y la tipeja aquella le daría el bote.

—En cambio, no fue así —objeté yo—. Su carácter no le permitía una salida tan sencilla.

—No sé nada de esto —replicó Swanson—. Sólo puedo afirmar que por aquel entonces estaba medio chiflado.

—No, no lo estaba. Yo estoy convencido de que Rafferty reflexionó, tratando de decidir la manera de zafarse de ella. Mas no lo logró. De modo que se enfrentó con los hechos. Amaba a Rose Pauli más que a nada del mundo. Para él, ella era el mundo entero. Y decidió que pagaría lo que ella valía para él.

—Tal vez —concedió Swanson, vigilando la calle de soslayo en tanto sacaba su paquete de cigarrillos del bolsillo. Rápidamente le ofrecí mi propio paquete y aceptó un pitillo. Lo encendió y dejó que el humo se curvase lentamente fuera de su boca—. Después... bien, cuando hubo terminado, me encontré con un chico de la Brigada de Homicidios que había trabajado mucho con Emmet. Era un buen muchacho. Sabía que yo había sido un buen amigo de Emmet y empezamos a charlar. Me contó algunas cosas. Cuando ocurrieron no le dieron mucho que pensar. Pero más tarde comenzó a meditar sobre ellas y todas sumadas formaron un buen total. Se llamaba Goshen.

—Me gustaría hablar con él.

—No puede —manifestó Swanson—. Hace dos años recibió un tiro por la espalda. Tuvo que retirarse, no puede andar. No sé dónde vive.

—¿Qué le contó?

El viento invernal soplaba sobre Broadway. Pero incluso a medianoche del domingo, las luces ardían alegremente y las calles estaban atestadas de individuos que iban de bar en bar, de cabaret en cabaret. Formaban grupos ante las tiendas llenas de mercancías de todas clases, o ante los escaparates de las tiendas donde vendían helados y jugos de frutas, para tomarse una naranjada y comerse un perro caliente. El tiroteo lo notificó un patrullero que en aquel momento se encontraba en la sala de baile «Nightland». A los cinco minutos, Rafferty y Goshen llegaban allí. Subieron hasta el segundo

piso y entraron. Las parejas bailaban en la pista, inconscientes de lo ocurrido. Los dos detectives subieron otro tramo de escalera hasta llegar a una estancia situada dos pisos más arriba de la sala de baile. Estaba amueblado como un altillo y una puerta daba al despacho del gerente. Un hombre delgado, con el cabello cuidadosamente peinado, con coronilla, se hallaba sentado detrás de la mesa. Tenía la boca extrañamente abierta. En el suelo, frente al escritorio, había un cadáver. Iba vestido con un pesado abrigo y yacía en posición supina. Por debajo del cadáver se iba extendiendo un charco de sangre.

El patrullero estaba de pie al lado del hombre delgado, vigilándole atentamente y manteniéndole apuntado con un revólver. Rafferty pasó rápidamente la vista por la estancia. Estaba amueblada sencillamente como un despacho. Detrás de la mesa había una ventana que daba a un respiradero. La ventana estaba pintada con el mismo color marrón de las paredes. Rafferty intentó abrirla y halló que estaba claveteada.

Se volvió hacia el patrullero.

—¿Informó usted de esto?

—Sí, señor, fui yo —e indicó el teléfono de la mesa.

—¿Qué ocurrió?

—Normalmente entro aquí un par de veces por las noches —explicó el agente—. Esta noche hacía frío y decidí fumar un cigarrillo antes de volver a salir. No quería quebrantar los reglamentos fumando —miró cautelosamente a Rafferty—, por lo que decidí subir a este altillo, que normalmente está desierto. Cuando empecé a subir, oí un disparo. Amortiguado, pues la música cubrió casi por completo el sonido. Subí y hallé la puerta cerrada. Llamé y al no obtener respuesta, abrí. Este tipo estaba aquí sentado, y el fiambre ya estaba en tierra.

—¿Vio salir a alguien?

—No, señor.

—¿Hay otra escalera al otro lado del altillo?

—Sí, señor.

—¿Encontró el arma?

—No la he buscado. Tan pronto como vi lo ocurrido, llamé a Homicidios. Desde entonces estoy vigilando a este tipo —señaló al hombre del escritorio.

Rafferty se volvió hacia Goshen.

—Registra esto —le ordenó—. Averigua si alguien ha visto a una persona saliendo de aquí o bajando por la escalera. ¿Cómo se llama usted? —le preguntó al agente.

—Mack, señor.

—Bien, Mack. Que nadie entre en este altillo. Dentro de un instante llegará el forense. No quiero gente aquí.

Goshen y Mack salieron del despacho.

Rafferty contempló al hombre delgado.

—¿Su nombre y dirección?

El hombre tardó un momento en comprender la pregunta de Rafferty.

—Judson —dijo al fin—. Claude Judson y vivo en los Apartamentos Harrington, en la Cuarenta y ocho Oeste.

—¿Dónde está el arma?

Judson sacó una 32 de cañón corto del bolsillo y la puso sobre la mesa. Rafferty dejó caer su pañuelo encima y la envolvió cuidadosamente con él.

—¿Quién era el tipo del suelo?

—Un tal Barker.

—¿Qué hacía?

—No… no lo sé.

—¿Por qué estaba aquí?

—Vino en busca de pasta.

—¿Cuánto?

—Cinco mil.

Los periódicos publicaron la noticia. Los titulares alcanzaron celebridad porque Barker era sospechoso de ser un agente del Sindicato del Crimen, y porque el «Nightland», nombre conocido de costa a costa como sinónimo de baile-taxi, estaba mezclado con el crimen. Judson, representado por un famoso abogado, tardó cinco meses en ser juzgado. Por aquel entonces, el público casi había olvidado el caso. Pero en el proceso varios puntos de las declaraciones interesaron a Goshen. En particular, un testimonio referente a la pistola y al dinero. Los detalles no quedaron jamás totalmente aclarados. La defensa de Judson dependía de la historia, según la cual Barker entró en el despacho para cobrar un dinero que le había prestado a Judson. Estando Barker de pie delante del escritorio de Judson, se abrió la puerta de la habitación y Barker dio media vuelta. Por la puerta entreabierta se asomó una pistola, disparando contra el corazón del muerto. La puerta volvió a cerrarse al instante y Judson oyó los pasos que bajaban por la escalera. A los pocos momentos, volvió a abrirse la puerta y Judson se encontró ante el patrullero Mack.

Mack declaró para la acusación. El ayudante del fiscal del distrito le interrogó.

—¿Dónde se hallaba usted cuando sonó el disparo?

—Empezaba a subir la escalera.

—¿Qué hizo usted?

—Subí corriendo hasta el altillo.

—¿Vio a alguien allí?

—No.
—¿Qué hizo entonces?
—Abrí la puerta del despacho de Judson. Estaba sentado a su mesa, y Barker se hallaba en el suelo.
—¿Había recibido Barker un tiro?
—En efecto. Estaba muerto.
—¿Cuánto tiempo debió transcurrir, según usted, entre el momento en que oyó el disparo y el otro en que abrió la puerta del despacho y vio a Judson a su mesa y a Barker en el suelo.
—No mucho.
—Especifique. ¿Cuánto?
La defensa objetó a la pregunta.
—El señor fiscal pretende orientar al testigo. Este ignora el tiempo transcurrido.
La objeción no fue aceptada.
—Quince segundos —tartamudeó Mack—, veinte a lo sumo.
—¿Oyó un portazo?
—No, señor.
—¿Oyó o vio a alguien bajar por la otra escalera del altillo?
—No, señor.
Al ser interrogado por la defensa, el mismo testigo proporcionó cierta información. El abogado defensor no estuvo demasiado amable con el patrullero Mack.
—Bien, usted subía por la escalera cuando oyó el disparo.
—Exacto.
—¿Podía ver la puerta del despacho del señor Judson?
—No, señor. No desde allí.
—Entonces, no puede afirmar definitivamente que no hubiera un hombre, el verdadero asesino, disparando el tiro.
—Bueno, vi la puerta dos segundos más tarde...
—¡Conteste a mi pregunta!
—Bueno, en aquel momento no.
—No califique mis preguntas. Conteste sí o no.
—Está bien. ¡No!
—Gracias —el abogado defensor continuó—. Cuando usted abrió la puerta vio al señor Judson sentado a su mesa, ¿verdad?
—Sí.
—¿Tenía una pistola en la mano?
—Creo que no...
—No me interesa lo que usted crea. Al jurado sólo le interesa saber lo que usted sabe. ¿Vio una pistola en su mano?
—No.
—¿Vio alguna sobre la mesa?
—No.

—¿En el suelo?
—No.
—¿Por algún lugar de la habitación?
—No.
—De acuerdo. Volviendo a la cuestión tiempo. Usted entró en el despacho. ¿Registró entonces al señor Judson en busca de la pistola?
—No, señor. Entonces, no.
—¿Más tarde?
—Sí, un poco más tarde.
—¿Cuándo?
—Poco después de llegar el teniente Rafferty. Todos procedimos a registrar la habitación y al acusado.
—¿Por qué no registró al señor Judson cuando entró en el despacho?
—Primero tenía que hacer varias cosas…
—¡Enumérelas, por favor!
—Primero, comunicar el suceso. Luego, asegurarme de que Judson no escaparía; estaba ansioso por preservar la evidencia tal como la había encontrado. Además, transcurrieron sólo unos minutos hasta la llegada del teniente Rafferty y Goshen.
—Pero ¿ni usted, ni Goshen ni el teniente Rafferty encontraron ningún arma en el despacho?
—No, señor.
La defensa interrogó a Goshen, detective de la Brigada de Homicidios, el cual dio el siguiente informe:
—Cuando llegó usted al despacho del señor Judson, el agente Mack estaba allí, ¿cierto?
—Sí.
—Según el agente Mack, no se movió del lado del señor Judson hasta que ustedes llegaron. ¿Estaba en el despacho entonces?
—Sí, estaba allí.
—Estando usted allí, ¿observó que el señor Judson intentase esconder un arma, un revólver 32 para ser exacto, puesto que, según el informe forense, a Barker lo mataron con un revólver de este calibre?
—No. No hizo el menor esfuerzo para ocultar un revólver.
—¿Vio un revólver de cualquier calibre en el despacho?
—No, señor.
—Buscó alguno, ¿verdad?
—Sí, señor. Registramos completamente la habitación.
—Bien, poco después de su llegada, el teniente Rafferty les destinó a usted y al agente Mack a las diversas diligencias rutinarias. ¿Cuáles fueron?
—Mack tenía que vigilar la llegada del forense y mantener el

altillo despejado de gente. Yo tenía que buscar a algún posible testigo que hubiese visto bajar a alguien del altillo después de sonar el disparo.

—¿Lo encontró?

—No.

—¿Nadie vio bajar a alguien por la escalera?

—Yo no hallé a nadie.

—¿Cuántas personas se encontraban en el «Nightland» aquella noche y a aquella hora?

—Unas trescientas.

—¿Interrogó a las trescientas?

—Era imposible.

—Entonces, es posible que alguien viese a otra persona bajar del altillo sin que usted le interrogase.

—No es probable.

—No le he preguntado esto. Cuéntele al jurado cómo interrogó usted a la gente.

—Había muchas personas que entraban y salían, por lo que me dirigí al estrado de la orquesta y le pedí al director que suspendiese la música. Había allí un micrófono y hablé por él.

—¿Por el micrófono?

—Sí. Me dirigí a todo el público del local. Dije que se había producido un ligero accidente y pregunté si alguien había visto bajar a alguna persona del altillo en los últimos quince minutos. Que si alguien había visto a tal persona se adelantase para declararlo.

—¿Avanzó alguien a Ofrecerle tal información?

—No, señor.

—De todos modos, alguien pudo haber visto a alguien y no decírselo a usted, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

El abogado defensor Stolts se dirigió al teniente Emmet Rafferty, de la Brigada de Homicidios de la ciudad de Nueva York.

—¿Admitió el acusado Claude Judson haber matado a Barker?

—No admitió nada cuando le interrogué por primera vez.

—¿Qué dijo?

—Que estaba trastornado y ofuscado. Apenas oía mis preguntas.

—¿Cuándo admitió conocer a Barker?

—Un poco más tarde… cuando estuvimos en la comisaría.

—Entonces le contó que conocía a Barker y que éste se presentó en el despacho para cobrar cierto dinero. ¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—¿Para qué?

—Como pago de un préstamo.

—¿Tenía dinero para saldar con Barker?

—No lo sé. Cuando le registramos no llevaba dinero encima, salvo una pequeña cantidad en su cartera. Tampoco hallamos dinero en el cadáver de Barker.

—¿No declaró el señor Judson que iba a extenderle un cheque al difunto?

—Así lo afirmó.

—¡Afirmó! Pido que esa palabra no figure en acta. Ya hemos ofrecido como prueba que el señor Judson poseía una gran suma de dinero en su cuenta bancada... más que suficiente para pagar esa cantidad.

—Ordeno al jurado que ignore la observación del testigo y quede borrada del acta —accedió el juez.

El abogado se volvió hacia el testigo.

—La acusación ha intentado pergeñar una historia fantástica respecto a que Barker trataba de obligar al señor Judson a pagar una fabulosa cantidad de dinero... mucho mayor que los cinco mil dólares del préstamo. Y que, en consecuencia, para ahorrarse los cinco mil dólares de aquella vez y evitarse otras exigencias por parte de Barker, le disparó un tiro. Bien, ¿hallaron más dinero en el despacho del señor Judson?

—No, señor.

—¿Registraron completamente y a conciencia la estancia?

—Sí, señor.

—Y no hallaron dinero. ¿Encontraron algún revólver?

—No, señor.

—¿Había otras puertas o ventanas en el despacho?

—Sólo una ventana.

—¿Estaba abierta?

—Estaba clavada.

—¿Con el cristal roto?

—No.

—Gracias. Nada más.

Swanson detuvo el coche delante del apartamento donde yo vivía provisionalmente. A la luz de la calle, su rostro aparecía rudo, desprovisto de toda emoción. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el asiento trasero.

—Goshen juró que Judson disparó. Afirmó que no era posible que otra persona hubiese tenido tiempo de bajar por la escalera antes de la llegada de Mack —Swanson me miró fijamente. No sonrió—. Mas no lograron encontrar el revólver. El jurado no llegó a una conclusión y Judson no volvió a ser juzgado nunca más.

—¿Y los cinco mil dólares? —quise saber.

—Tal vez sólo eran habladurías.

—Si Barker era un cobrador del Sindicato, los cinco mil dólares habrían tenido que abonarse en billetes. El Sindicato del Crimen jamás cobra en cheques.

—Barker trabajaba para el Sindicato.

—Pero tal vez Judson no tuviese disponibles aquella noche los cinco grandes y por esto tuvo que matar al extorsionista —apunté yo.

—Si éste fuese el caso —replicó Swanson—, me gustaría tomar lecciones de magia en el mismo lugar que debió tomarlas Judson. ¿Ha intentado alguna vez hacer desaparecer un revólver de un cuarto cerrado?

—No me gusta pensar en ello.

—Tampoco a mí —Swanson se inclinó y abrió la portezuela.

Salté del auto y cerré. Alargué la mano y encontré la dura manaza del sargento.

—Gracias —le dije.

—De nada —gruñó, poniendo el motor en marcha—. Tal vez haya por ahí todavía alguna compañera de Rose Pauli. Y quizá pueda contarle algo.

Swanson apartó el coche de la acera y se internó en las tinieblas de la noche.

6

Había anotado los nombres de las personas que figuraban en los artículos periodísticos. Al día siguiente elegí de mis notas los nombres de cinco mujeres que entraban dentro de la calificación dada por Swanson y las busqué en el listín telefónico, y después en los listines de los otros cuatro barrios. Sólo encontré a dos, ambas en Manhattan. La primera era una tal señora Sarah Burke, que residía en un edificio de apartamentos en los primeros números de la Park Avenue. La llamé por teléfono y cuando oí una voz femenina, colgué quedamente, intuyendo que le resultaría muy difícil concertar una entrevista con un completo desconocido. Sin embargo, inmediatamente salí de casa, paré un taxi y llegué a casa de la señora Burke poco antes de mediodía.

El edificio estaba muy bien cuidado, y había una brillante hilera de buzones en el vestíbulo, junto con un aparato telefónico. Apreté el botón correspondiente al nombre de Burke, y cogí el teléfono. Volvió a contestarme una voz femenina y pregunté por la señora Burke.

—Soy la misma.

Me presenté y añadí:

—Soy un desconocido para usted, señora Burke, pero trato de conseguir cierta información referente a una antigua conocida suya.

—¿Quién?

—Preferiría no decírselo por teléfono... Este vestíbulo resulta demasiado público.

Con esto esperaba excitar su curiosidad. Tuve éxito porque tras unos instantes contestó:

—De acuerdo. Suba. Es el apartamento 6 B.

Colgué el aparato e instantáneamente oí el chasquido que abría la puerta de la escalera. Entré y tomé el ascensor hasta el sexto piso.

Sarah Burke era una mujer de aspecto agradable, de pelo gris, con doble barbilla, de unos cincuenta y cinco años. Poseía un apartamento cómodo, con un saloncito, amplios ventanales, un pequeño comedor, cocina y baño. El apartamento estaba amueblado con reminiscencias del período Imperio, y flotaba en el ambiente la atmósfera intangible de la soledad de una mujer en toda la casa. Me senté y decliné una taza de té.

—Espero que no interprete mal el motivo de mi presencia en su casa —empecé a decir—. No tengo intenciones de hurgar ni escudriñar nada, y cuanto usted me diga será completamente confidencial. Mas por razones personales mías, me gustaría conversar unos minutos con usted.

—Creo haber oído su nombre... —balbució ella.

—Soy escritor.

—¡Claro está!

—Gracias —sonreí—. Tengo entendido que en cierta época fue usted amigo o conocida de Rose Pauli.

—Ya —en su rostro se dibujó una expresión complacida—, busca usted material para un libro. Siempre dije que sería una buena historia. ¡Lina mujer con tanto... tanto colorido!

No la contradije, dejando que interpretase mi interrogatorio a su gusto.

—¿La conocía bien?

—No mucho. Vivía en el apartamento 6 C de este mismo piso.

Me sorprendí.

—¿En este mismo edificio?

—¡Oh, sí! Pero residió aquí bastante tiempo, seis u ocho meses, antes de que la conociese. Era una chica muy... vivaracha. ¡De aspecto tan teatral! Hasta que dejó de trabajar, me refiero en los cabarets, no llegamos a encontrarnos ocasionalmente en el ascensor. Primero nos saludamos, luego hablamos, y finalmente nos visitamos algunas veces. Yo comprendía que era una chica que estaba sola...

Tendí la vista por el apartamento de la señora Burke. Con la calle, la clase de piso, los muebles y demás, calculé que el alquiler sería elevado.

—¿Estuvo alguna vez en el apartamento de Rose?

—Varias veces.

—¿Era como éste?

—Casi —sonrió ella—. Aunque recuerdo que no tenía comedor.

—¿Se trata de apartamentos amueblados?

—Oh, no.

—¿Qué muebles tenía ella?

Trataba de imaginarme el apartamento, la instalación, la forma en que estaría cuando el asunto empezó a escabullirse de las manos de Emmet Rafferty.

El rostro de Sarah Burke retrató por un momento su desagrado ante la decoración del apartamento de Rose Pauli.

—Bueno —pronunció lentamente—. No creo que Rose tuviese mucho tiempo o gusto en elegir sus cosas... Todo era... bastante moderno.

—¿Qué recuerda mejor?

—Las cosas personales... En conjunto tenía un aspecto de... bueno, de amontonamiento. Recuerdo unas mesas de madera blanqueada... otras de ébano... de dibujos muy exagerados. Y el sofá tenía una tapicería a listas muy especial... como una cebra, aunque no era cebra. También había una lámpara de pie, muy grande... oh, con

una pantalla muy elevada y estrecha, de colores muy vivos… roja… Bueno, una tenía que fijarse en aquella lámpara. Se hallaba encima de una mesita, y parecía demasiado grande para ella… —la señora Burke ordenó unos invisibles pliegues de su falda con dedos inquietos—. Pero —añadió con mal disimulada admiración—, Rose poseía el abrigo de armiño más maravilloso que he visto en mi vida.

—¿Muy caro?

—¡Oh, sí, muchacho…! —ella calló de repente.

Vi que vacilaba en decir algo, aunque deseaba continuar hablando del abrigo. La apremié con amabilidad.

—¿Recuerda algo más de aquel abrigo?

—Pues… sí. Rose estaba muy orgullosa de él. Y una vez, sólo una vez, yo traté de gastar una broma y ella se enfadó muchísimo. ¡Oh! Lo lamenté mucho y me excusé al momento. Luego, Rose se echó a reír y… bien, esto fue todo.

—Cuéntemelo, por favor.

—En algunas ocasiones, yo pasaba en Westchester el fin de semana para visitar a mi hija casada, que vive allí. Mi marido falleció hace varios años. Y a veces, resulta muy aburrido un fin de semana sin compañía —hizo una pausa—. Cuando voy, suele ser el viernes para regresar el lunes. Bueno, estuve visitando a mi hija aquel fin de semana, que fue cuando Rose se compró el abrigo. Yo pasé el lunes por la tarde a saludar a Rose y ya tenía el abrigo. Me lo enseñó. ¡Dios mío, qué precioso era! ¡Rose estaba orgullosísima con él! Se lo puso y fingió hacer un poco de espectáculo. Ah, sí, era muy feliz. Bien, cuando estoy fuera, me siguen enviando los periódicos, que luego, cuando vuelvo, leo atentamente para saber qué ha ocurrido por el mundo mientras he estado fuera. En el periódico de aquel sábado había un artículo referente a un peletero de la Quinta Avenida a quien habían robado bastante género el viernes por la noche. Uno de los ladrones fue capturado, y al otro lo mataron en el callejón cuando trataba de escapar. Se recuperaron todas las pieles… que estaban en una camioneta dispuesta de antemano por los ladrones, excepto un abrigo de pieles de gran precio. La Policía opinó que los ladrones debieron abandonarlo en su huida en algún lugar y que algún vecino lo habría encontrado, quedándoselo.

»No debí decir nada, pero le conté el caso a Rose. No intenté con ello insinuar nada. Sólo quería bromear un poco, respecto a haber asaltado unos ladrones la tienda para ofrecerle a ella un abrigo de armiño. Pero se enfadó tantísimo, que no pude continuar. Sólo tuve tiempo de disculparme.

—¿Recuerda el nombre de la peletería?

—Sólo de manera vaga; era un nombre difícil… y sin embargo, muy apropiado. Algo… bueno, como Pieles de Zorro… o algo por el

estilo.

—¿Estaba usted aquí… cuando empezó todo el lío?

—No —replicó—, esto fue un poco después. Aquel invierno estuve en California. Y todo ocurrió cuando estaba fuera. Al volver a Nueva York, Rose ya había dejado el apartamento.

Unos minutos más tarde le di las gracias y me despedí. Cogí un taxi hacia la parte alta de Manhattan y llamé a Swanson:

—¿Podría contarme una cosa que me interesa? —le pregunté.

—¿De qué se trata?

—¿Podría averiguar si Emmet se ocupó de un caso, probablemente fue en el 44, referente a un robo cometido en una peletería de la Quinta Avenida, en el que murió uno de los cacos? El nombre de la tienda era algo así como Pieles de Zorro.

—Llame esta tarde. Si tengo tiempo, trataré de averiguarlo.

Tenía toda la tarde por delante, por lo que decidí localizar, a ser posible, a la otra mujer, una tal Viola Vane, que también había conocido a Rose. Llamé a su número, pero el teléfono estaba desconectado, y no figuraba ya su nombre en el listín. Su última dirección, según el teléfono, estaba en la parte más baja del West Side de Manhattan. Me dirigí hacia allí, encontrando un edificio de apartamentos, de muy pocas comodidades, que hacía largo tiempo estaba declarado en ruinas, si bien aún lo habitaban varias familias. Todas mis preguntas resultaron inútiles, pues nadie recordaba a una mujer llamada Viola Vane, y en el edificio no había portera. Una vecina que hacía las veces de tal creyó recordar, junto con otras cuatro o cinco mujeres, que tiempo atrás había vivido allí una joven pelirroja.

La combinación de una cabellera pelirroja y el improbable nombre de Viola Vane me convencieron de que debía tratarse de una amiga de Rose, dedicada también al mundo del espectáculo. Cogí un taxi hacia la Asociación de Actores, pero allí no figuraba en las fichas ninguna persona de aquel nombre. Una indagación posterior al sindicato de coristas resultó igualmente desalentadora, pero la secretaria, una joven muy simpática, sugirió que, si Vane trabajaba exclusivamente en salas de fiestas, tal vez hubiese ingresado en el AGVA, el Gremio Americano de Artistas de Variedades.

En el AGVA tuve éxito… hasta cierto punto. Viola Vane era miembro del gremio. Mas no pudieron, o no quisieron, darme sus señas. Intenté desesperadamente asegurarles que sólo quería hablar con ella, que no tenía ningún motivo ulterior para buscarla, y que no representaba ni a una compañía de cobros, a ningún abogado ni a la Policía.

Averigüé, no obstante, que todavía continuaba en Nueva York, y

en el Gremio se ofrecieron para hacerle llegar un mensaje. Me pidieron que dejase una nota y el número de teléfono, y aseguraron que me avisarían en caso necesario. Y si ella deseaba ponerse en contacto conmigo, ya me llamaría. No me quedó más remedio que conformarme. Me dieron una hoja de papel y un sobre, y escribí apresuradamente:

> *Apreciada señorita Vane*:
>
> *Estoy ansioso por verla para hablar de una antigua amiga suya. Sólo le robaré media hora de su valioso tiempo, y le pagaré gustoso lo que me pida por la molestia. Llámeme, por favor.*

Firmé con mi nombre y añadí el número telefónico. Cerré el sobre, le puse un sello de correos para certificado y lo dejé en la oficina.

Estaba avanzada la tarde y aún no había almorzado. Me dirigí al club Lambs, me tomé una comida ligera y pasé el resto de la tarde en la sala de lectura. Unos minutos antes de las cinco llamé a Swanson.

—Sí —contestó—. Hubo un robo, en noviembre del 44, en una peletería llamada *Biever's* de la Quinta Avenida. Emmet se ocupó del caso. Fue el que descubrió el robo y se encargó de todo.

—¿Se publicó la noticia en los periódicos?

—Tal vez. Aunque no como un notición. No fue un caso importante.

—¿Debieron salir en la prensa los nombres de los policías que intervinieron?

—Lo dudo… ¿por qué?

—Entonces, ¿no es probable que Rafferty obtuviera cierta publicidad por ello?

—No. En caso contrario, probablemente, me habría enterado. Los polis también sabemos leer —añadió, aclarándose la voz—. Leo todo lo relacionado con nosotros. A veces, hallo nombres que conozco, y no recuerdo haber visto el de Emmet en ese caso. No fue importante. Sólo uno de esos robos diarios.

—¿Recuerda lo que me contó respecto a un revólver desaparecido?

—Sí.

—¿No faltó un valioso abrigo de armiño cuando el robo de la *Biever's*?

Swanson calló unos instantes.

—Tal vez fuesen chismorreos.

—Tal vez —asentí.

—A veces, los comerciantes fingen haber perdido género… con vistas al seguro.

—Es posible. ¿Qué dice de ello el informe?

—Apenas hay informe. Todo el caso concluyó con suma rapidez. Emmet redactó el informe. Tal vez fue más tarde cuando el peletero alegó la pérdida del abrigo. Emmet no lo mencionó.

Swanson tenía el informe delante y lo leyó por teléfono.

Cuando terminó, regresé a la sala de lectura. Me sentí inquieto. Finalmente, hice una visita al bar y pedí una bebida. Me llevé el vaso a un velador y tomé asiento. Me acordaba del caso Judson con el revólver desaparecido y la vaga historia de los cinco mil dólares. ¿Había alguna otra certeza en el robo de *Biever's*? El informe que Swanson acababa de leerme era bastante explícito. Pero Rose Pauli poesía un fabuloso abrigo de armiño… Con todos estos datos, según el informe de Rafferty, la cosa pudo suceder así.

Emmet Rafferty se hallaba sentado junto a Dave Lewis. Era una fría noche de noviembre, y ambos regresaban del Centro Médico, donde un tipo llamado Amudson acababa de fallecer por las heridas de cuchillo que le había infligido un individuo asustado. El coche patrulla iba a marcha lenta por la Quinta Avenida, hacia la medianoche del viernes. Al llegar a las últimas calles Cincuenta pasó por delante de la puerta de una peletería, que estaba a oscuras, al otro lado de la calle. La Quinta Avenida, a aquella hora de la noche, no está totalmente desierta, pues hay bastante tráfico por la calzada y muchos transeúntes en las aceras.

Lewis se fijó en la camioneta al pasar.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Rafferty.

—Sí, allí hay alguien —asintió Emmet.

—En esta manzana no hay estacionamiento, ni de día ni de noche.

—Será mejor que echemos un vistazo —propuso Rafferty.

El coche patrulla frenó en un callejón lateral, casi en el cruce, y luego efectuó una curva cerrada. Al acercarse a la camioneta, ésta se apartó rápidamente de la acera, acelerando velozmente por entre el tráfico.

—¡Atrápala! —gritó Rafferty—. Yo echaré una ojeada a la tienda.

Lewis aflojó la marcha momentáneamente al pasar por delante de la tienda y Rafferty saltó del vehículo. El coche continuó a toda marcha la persecución de la camioneta.

Rafferty se aproximó cautelosamente a la peletería, con el revólver en la mano. A su contacto, la puerta se abrió revelando la tienda a oscuras. Entró con; suma rapidez, cerrando la‘ puerta tras sí. Estuvo escuchando en la oscuridad, atento el oído a cualquier sonido. Sus ojos empezaron a acostumbrarse a las tinieblas, distinguiendo ya una luz que se filtraba por las ventanas cerradas con barrotes. Al fondo de la sala de pruebas, divisó otra puerta que se abría a otras habitaciones interiores. Apartando los cortinajes, penetró en un

estrecho pasillo. Viniendo hacia él, desde el extremo opuesto de dicho pasadizo, la figura de un hombre se destacó contra el fondo negro. Rafferty le deslumbró con la súbita luz de su linterna. El hombre se inmovilizó... parpadeando y con algunos abrigos de pieles al brazo, mas sólo durante una fracción de segundo. Rápidamente, retrocedió hacia la habitación del fondo, y Rafferty oyó el rumor de sus pies al correr y tropezar en el otro cuarto.

—¡Alto! —gritó Rafferty, corriendo tras él por el pasillo.

Oyó el sólido ruido de una puerta al abrirse y vio al ladrón corriendo por detrás de la tienda. La salida posterior daba a un patio, de unos diez metros cuadrados, conectado con la trasera del edificio contiguo por un estrecho pasadizo que apenas permitía el paso de un hombre. Cuando Rafferty saltó a través de la puerta trasera, sus pies se enredaron en un pesado abrigo que había caído de entre los brazos del que corría. Tropezó momentáneamente, mas logró recobrar el equilibrio y seguir la persecución. El ladrón se internó en el pasadizo, en tanto el sonido de sus pisadas resonaba en el silencio nocturno, y Rafferty le siguió, gracias a aquel ruido, hasta el patio del edificio adjunto.

El ladrón estaba ya inmovilizado, agazapado, preso por las altas paredes del edificio. Tenía veinte pisos hacia arriba, con la libertad, el espacio y la luz del cielo negruzco... o un pasadizo que sólo dejaba pasar a un hombre de frente, bloqueado por su enemigo, por la ley. Soltó el abrigo que aún sostenía, y se dejó caer silenciosamente de rodillas. Sacó la pistola, retrocedió y se enfrentó con el pasadizo.

Rafferty distinguió el brillo del arma y disparó, y el ruido de la detonación resonó varias veces en el limitado espacio formado por los altos muros. El ladrón cayó y falleció al lado del abrigo de pieles. Rafferty se acercó cuidadosamente a la postrada figura. Cuando estuvo a su lado, alumbró con su linterna al hombre. Estaba muerto.

El abrigo yacía sobre el cemento, como una prenda estupenda, delicada. Una prenda de belleza y orgullo, un objeto de gran valor y consumado deseo. Lenta, envaradamente, con un gesto mecánico, exagerado, casi de muñeco de madera, se guardó el revólver en la funda y se inclinó... para recoger el abrigo. Lo sostuvo entre sus manos y levantó la vista hacia el embudo que terminaba en el cielo aterciopelado, más arriba de los edificios circundantes.

Rafferty encendió las luces de la tienda y localizó un teléfono en el despacho del gerente. Mientras aguardaba la aparición de los policías y el regreso de Lewis, encontró la dirección personal y el número telefónico del gerente, y lo llamó, pidiéndole que se personase inmediatamente en la peletería.

Unos minutos más tarde, un forense, el fotógrafo y dos detectives de la Brigada de Homicidios llegaron a la tienda. Inmediatamente les

siguieron los miembros del departamento de Robos. Mientras Rafferty conducía a los de la Brigada de Homicidios hacia el patio posterior, donde estaba el cadáver, los hombres del Departamento de Robos localizaron el sistema de alarma, cortado. También comprobaron los daños causados a la tienda, recogieron los abrigos caídos y abandonados. Llamaron a Rafferty para comunicarle que Lewis había apresado al conductor de la camioneta, y que pronto llegarían a la peletería.

Cuando el señor Morris, gerente del establecimiento, y el señor Biever, propietario, a quien el primero le había llamado, comunicándole el robo, llegaron, Lewis, ayudado por dos policías de tráfico, regresó al local con el conductor, un tal Dodge, y la camioneta que contenía veintidós abrigos de pieles de gran precio.

Los mismos fueron rápidamente identificados como pertenecientes al señor Biever, sin que faltase nada, excepto, según insistió el propietario, un abrigo de armiño. Un escrupuloso registro de la tienda y sus dependencias, así como del patio y el pasadizo contiguos se llevó a cabo sin resultados.

—¿Está usted seguro? —preguntó el sargento de la brigada de robos.

—¡Completamente! —afirmó Morris enfáticamente.

El señor Biever se mostró también igualmente positivo respecto al abrigo que faltaba, aunque reconoció que no había tomado una parte tan activa últimamente en el negocio copio antes, dejando los detalles de las operaciones al señor Morris.

—Ese abrigo se hizo por encargo especial. Era el único modelo de la tienda. ¿No es así, Morris?

—Absolutamente cierto.

—Bien, pues no está aquí —el sargento se volvió hacia Lewis—. Cuando iba usted dando caza a ese individuo de la camioneta, ¿vio si se desprendió de algo?

—No.

—¿Sabe si se abrió la portezuela posterior de la camioneta alguna vez?

—Tal vez —concedió Lewis—. No lo vi, pero es posible. Ese granuja corría como perseguido por el diablo, tomando las curvas sobre dos ruedas. Yo no pude mantenerme siempre demasiado cerca.

El sargento se volvió hacia Rafferty.

—Teniente, ¿observó algún abrigo en la acera… donde pudo caerse al ser llevados los demás a la camioneta?

—No recuerdo haber visto ninguno —repuso Rafferty.

El sargento se encogió de hombros y se encaró con Morris.

—¿Está ese abrigo cubierto por el seguro?

—A un precio abstracto, mas no en detalle.

—Pues creo que será mejor que piense en el seguro. Probablemente, el abrigo lo cogió alguien que pasaba por la calle. No creo que lo encontremos ya. Sin embargo, descríbamelo; tal vez alguien intente venderlo y entonces…

Morris se mostró muy pesaroso.

—No sé cuándo volveremos a tener otro abrigo igual…

El sargento estaba impaciente.

—Vamos, ustedes no han perdido nada —refunfuñó—. Han tenido mucha suerte. De no pasar por aquí el teniente, entonces sí habrían tenido motivos para lamentarse.

A mediodía del día siguiente sonó el teléfono del apartamento. Era Viola Vane. Había recibido mi nota y deseaba saber por qué quería verla. Siempre resulta difícil convencer por teléfono a una persona desconocida, por lo que pensé que tal vez una combinación de verdad y mentira la intrigaría lo suficiente como para acceder a verme. En consecuencia, le expliqué que yo era escritor y estaba haciendo un libro… naturalmente, sin contacto con personas reales, pero que en ciertos aspectos eran semejantes a un caso auténtico, por lo que posiblemente ella podría proporcionarme cierta información. Me apresuré a añadir que le abonaría el tiempo perdido.

—¿De quién desea hablar?

—De Rose Pauli —repliqué.

—De acuerdo —accedió.

Su rápido asentimiento me dejó sorprendido.

—¿Puedo invitarla a almorzar? —pregunté.

—Acabo de levantarme —me explicó—, y esta tarde tengo que atender a varias cosas. No he de estar en el club hasta las ocho de la noche, por lo que creo más conveniente que nos encontremos en el centro hacia las seis.

Estuve de acuerdo en su proposición y convinimos en reunimos en el bar Astor. Me informó que era pelirroja y que llevaría un abrigo de leopardo. Yo le aseguré que la reconocería.

Llegó casi media hora más tarde de la fijada, pero cuando apareció no tuve la menor dificultad en reconocerla. Su cabellera tenía el color flamígero de un crepúsculo en el desierto, y casi la misma diversidad de matices. Poseía una boca redonda, abolsada, unos ojos negros y astutos, y la figura de una amazona muy bien desarrollada. Tomamos varios vasos en el bar y la invité a cenar. Finalmente, nos instalamos en una mesita del comedor.

—¿Conoció bien a Rose? —indagué luego.

—Muy bien. Fuimos compañeras de habitación durante una temporada.

—¿Cuándo?

—Cuando ella dejó el apartamento de Park Avenue. Entonces compartimos algún tiempo una habitación en mi hotel. Mas yo no podía continuar siempre de aquella manera. Al principio no estuvo mal, pero después ella no hacía más que quejarse todas las noches… Hablaba horas y horas… de todo. Realmente, era muy molesto —me miró pensativamente—. Por fin, cuando dejó de buscar trabajo… —Viola se encogió de hombros—. La vida es muy corta.

—¿Por qué no empieza desde el principio y me lo cuenta todo? Todo lo que recuerde… lo que vio, y lo que ella decía —sugerí.

Viola Vane obedeció.

Durante su relato mencionó otros dos nombres, nombres de personas que podían darme informaciones valiosas: Vince Korum, un camarero de la Tercera Avenida que conocía mucho a Rafferty, y Nona Markey, una profesional y también compañera de habitación de Rose. Al día siguiente visité a los dos. Korum charló largo y tendido… por su propio placer. Nona lo hizo un poco a regañadientes porque necesitaba el dinero que le di.

A medida que iba aumentando mi conocimiento del caso, Swanson y Feinberg también se mostraban más comprensivos, colaborando conmigo. Feinberg me puso en contacto con otra parte interesada, un tal Tom Griffin; y el padre Sean Rafferty, que, según averigüé gracias a Swanson, impartía enseñanza en una escuela parroquial de Nueva Jersey.

De todas las personas con quienes hablé, Sean Rafferty resultó ser la fuente de H información más profunda, prudente y detallada. Era un hombre paciente y comprensivo, que amaba tremendamente a su hermano Emmet; y cuando estuvo seguro de que yo no intentaba formular un juicio sobre su hermano, estuvo ansioso por contarme la verdad. Sean Rafferty era la única persona de este mundo, estoy seguro de ello, que conocía todos los hechos de la historia y estoy igualmente convencido de que era la única persona a la que Emmet Rafferty se confió por entero.

Y así, gracias a los relatos de Sean Rafferty, Swanson, el capitán Feinberg, Viola Vane, Nona Markey, Vince Korum y Tom Griffin, comencé a encajar todas las piezas del rompecabezas. Al intentar contar la historia de Rose Pauli y Emmet Rafferty, he utilizado los hechos tal como los conocí, la verdad tal como me la contaron. Los testigos de dicha historia me narraron los sucesos que habían visto y oído; y también se refirieron a hechos que Emmet y Rose les habían contado personalmente. En algunos casos, he incluido lo que podría llamarse «evidencia de oídas», mas sólo la evidencia creíble a la luz de las acciones y los hechos posteriores.

Debo admitir que me he tomado la licencia de recrear humores y pensamientos. Sin embargo, los incidentes no fueron redactados

apresuradamente. En muchos casos, Rose Pauli y Emmet Rafferty indicaron más tarde lo que sentían o pensaban en un momento dado; y yo he tratado honestamente de seguir tales indicaciones, aunque como es natural nadie es omnisciente. En algunos casos en que me faltaba información específica, tuve que servirme de mi criterio para describir sentimientos y reacciones. Lo he hecho así, aunque guiado solamente por la comprensión de sus caracteres, según creo, por su fuerza y sus flaquezas, así como por las circunstancias de sus encuentros, examinados en términos de su pasado, su presente y su futuro.

Una vez, en la época anterior a la guerra, Rafferty me dijo algo que he recordado hasta hoy día.

—De modo que uno retiene a ese individuo para interrogarle —dijo—. Y constantemente uno se pregunta qué le hizo actuar de la manera que lo hizo; qué estaba pensando. Y yo le pregunto a usted: ¿cómo puede nadie saber realmente lo que piensa otra persona? Sólo dos seres lo saben con plena certidumbre: la persona involucrada y Dios. Pero un poli tiene que adivinar solamente. Un poli tiene que jugar a ser Dios. Y si acierta es un buen policía.

En este punto, sólo podemos conocer positivamente dos hechos: lo que ocurrió al principio y lo que sucedió al final. De lo ocurrido entre ambos extremos, sólo Dios y Emmet Rafferty lo saben con plena certeza. Y con estas reservas formuladas, éste es el final de la historia de Rafferty.

7

El ruido del tráfico de la Séptima Avenida llegaba hasta el sexto piso del edificio y se filtraba por las ventanas, llenando la habitación del hotel con sonidos ensordecedores. Rose Pauli, de pie delante del espejo ovalado del tocador metálico con incrustaciones de caoba, se pasó un peine por el cabello. Tenía el semblante hosco, lleno de tristeza.

—Esto no es bueno, Em —suspiró—, no servirá.

Dejó el peine sobre el cristal del tocador con un ruido fuerte, estentóreo.

Rafferty se movió con inquietud. Cruzó el cuarto hacia el teléfono colgado al lado de la cama y cogió un cigarrillo del paquete apoyado encima del aparato. Lo encendió, dejando caer la apagada cerilla al suelo, y se situó detrás de la joven que se contemplaba en el espejo. La rodeo con sus brazos y la atrajo hacia sí, pero la espalda de la muchacha continuó rígida.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Durante meses... todo ha ido igual.

Rose se liberó del abrazo y reanudó la metódica tarea de peinarse. Cuando Emmet se apartó de ella y se sentó en la cama, ella le siguió con la mirada por el espejo; luego dio media vuelta.

—Sabía que todo ocurriría así —dijo acusadoramente.

—¿Así... cómo? —inquirió él.

Sus ojos recorrieron la habitación, los muebles de metal, la fea alfombra marrón del suelo, ignorando, aunque hacía tiempo que habían sido aceptadas, las manchas de grasa del empapelado dejadas por las cabezas de los anteriores ocupantes.

—No estás tan mal —masculló—. No lo has pasado tan mal.

—No pedí pasarlo mal —replicó ella—. Y te dije que no quería liarme contigo sin más.

Tenía la espalda apoyada contra el tocador, como si estuviese defendiéndose contra él. Emmet no se movió, ni efectuó el menor esfuerzo por contestar, manteniendo fijos los ojos en el cigarrillo que tenía en la mano. Su silencio la obligó a continuar.

—¿No lo entiendes, Em? ¿No lo ves? Estando tú aquí, metido en mi vida, no hay otro hombre, de acuerdo. Pero, ¿no comprendes que esto no sirve de nada?

—No, no lo veo.

Ella intentó explicarse... casi gritando.

—¡No quiero tener a ningún hombre en mi habitación ni en mi cama... compartiendo mi vida! ¡Y tú lo sabes!

—Sí, seguro…

—¡Quiero salir de aquí! ¡Fuera de este hotel… y lejos del club! Quiero paz y seguridad… y un poco de amor en mi vida. ¿Tan raro es esto? ¿Tan difícil de comprender?

—Seguro —replicó él—. Todo esto lo entiendo. Pero creo que olvidas algo. Yo estoy enamorado de ti.

—¡Conque estás enamorado de mí! —rió ella con desdén—. Entonces, ¿por qué no te casas conmigo?

—¡Porque tú también estás casada!

Esta respuesta imprevista le sorprendió a él mismo, y cuando la enormidad de su doble confesión penetró en su cerebro, se puso en pie, con cierta dificultad. Ella le miró vacuamente, aturdida por un instante; después, dando media vuelta, intentó marcharse del cuarto, mas él la asió por un brazo, deteniéndola.

Rose le miró en silencio, sin expresión en el rostro. Emmet le soltó el brazo, que ella se acarició donde estaba dolorido.

—¿Por qué crees que estoy casada? —quiso saber finalmente.

—¿No es verdad?

Rose no contestó al momento.

—¿Por qué lo crees? —insistió.

Rafferty sintió que la aprensión inundaba su cerebro. Sus relaciones con Rose se fundaban en mentiras, incluyendo una ignorancia simulada respecto a Eddie Stack. Por esto buscó rápidamente una vía de escape.

—No lo sé —vaciló—, llámalo un presentimiento —respiró hondo —. Tal vez sea el modo como te comportas. A veces, me das la impresión de haber estado ya casada…

Rose escrutó el rostro de Emmet, y al fin llegó a una decisión.

—De acuerdo, estoy casada. Ya lo sabes. ¡Pero tú me has mentido!

—Te he mentido, y tú también. ¿No es así?

—Sí; sin embargo, hay una diferencia.

—Si la hay, no la veo.

Ella se sentó en la cama, reclinándose hacia atrás y apoyándose en los brazos.

—Sí, hay una diferencia —prosiguió—. Jamás he negado que estuviera casada. Simplemente, jamás hemos hablado de ello. Tú nunca me preguntaste.

—De habértelo preguntado, ¿me lo habrías confesado?

—No lo sé —admitió ella con franqueza—. Pero ahora ha llegado el momento de aclarar las cosas, Emmet. Tal vez por esto te lo confiese ahora. Tú, en cambio, has llegado a ufanarte de no estar casado. ¡Sí, te has ufanado de ello! Y por esto digo que has mentido.

—Está bien, como quieras.

—No, aún no es bastante.

—De modo que los dos estamos casados. Es más que suficiente.

—No lo es —ella le contempló fijamente—. Todavía no me has pedido que me case contigo. Existe un procedimiento que se llama divorcio. Yo puedo divorciarme cuando quiera.

El estaba a su lado, mirándola a su vez.

—¿Por qué no te has divorciado, entonces? —le preguntó.

—No tenía prisa… Pensé que transcurriría mucho tiempo antes de volver a casarme… Em, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —murmuró él.

—No pareces decirlo con mucha alegría.

Emmet intentó cogerle una mano, pero el peso del cuerpo de la joven continuó firmemente asentado en la cama. El tenía conciencia de aquel cuerpo, de la seda de su *slip*, y pasó los dedos por encima, bajándolos hacia una pierna.

—Quiero casarme contigo, Rose —aseguró—. Estoy enamorado de ti, pero estoy casado… y tengo dos hijas —ella apartó ligeramente la pierna, esquivando los dedos—. Te mentí al decir que no estaba casado… porque pensé que sería el fin de lo nuestro cuando lo supieras.

—Tenías razón —asintió ella con amargura.

—Escucha, Rose, por favor… Tal vez no me creerás, mas es la verdad. Jamás miré a otra mujer ni engañé a mi esposa… hasta que te conocí.

—Yo no te lo pedí.

—Lo sé. Pero una vez le hube conocido, no pude refrenarme… no pude dejar de verte.

—¿Sabe tu mujer lo nuestro?

—No, no tiene ni la menor idea. No se lo he dicho… porque no sé cómo se lo tomaría.

—¿Se lo contarás ahora?

—Sí, claro, se lo contaré. Pero no me gusta tener que hacerlo. Debería de amarla como te amo a ti; en cambio, no puedo… Katherine ha sido una buena esposa y… quiere mucho a las niñas.

Calló sin terminar la frase.

Rose le miró con frialdad.

—Esto dicen todos. Ningún hombre se divorcia de una mala esposa. Todas son buenas —rodó de costado, enhiestos los senos—. Y al menos son esposas. ¿Y yo? ¡Yo también sería una buena esposa! —de repente sonrió, y alargando los brazos obligó a Emmet a reclinar su cabeza contra su hombro—. Todo irá bien, querido. Dile a tu mujer que deseas divorciarte y oblígala a concedértelo. Mientras tanto… vámonos de aquí. Tendremos que aguardar bastante hasta obtener los decretos…

—¿Quieres irte de este hotel?

Rafferty la había trasladado desde el hotelito barato donde ella vivía antes hasta aquel otro de segunda categoría. Pagando el alquiler mensual, Emmet sentíase en paz consigo mismo, como si aquél fuese su hogar, escondido dentro de su mediocridad. Creía que Rose también estaba contenta. Por esto, sus palabras le sorprendieron.

—¿Qué tiene éste de malo?

—¡Lo odio! —Rose pasó una mano por el cabello de Emmet, rascándole luego la nuca con sus largas uñas—. Emmet, escucha... probablemente piensas que esos últimos meses no he sido razonable... Escúchame, querido... y recuerda la época en que nos conocimos. Yo te dije que no buscaba un amigo. Quería hallar un modo decente para vivir. Estar enamorada no es bastante. Como lo es tener dinero y no tener amor. Pero estar enamorada y gozar de dinero en abundancia opino que es la única y verdadera respuesta a todo —le apartó la cabeza del hombro y levantó la suya, arqueando el cuello para poder mirarle a los ojos—. Ya hablamos de esto, ¿te acuerdas? Y dijimos qué es lo que íbamos a hacer. Luego, poco a poco, nos olvidamos de todos nuestros planes... y aceptamos esta habitación de hotel. Tú empezaste a venir cuando podías y así ha sido nuestra vida. Mas yo te pregunto: ¿qué clase de vida?

—No muy buena —admitió Emmet.

—Y el club —añadió ella—. He tenido que seguir trabajando allí. O sea que no existe la menor diferencia con aquella época...

—¿Qué quieres?

—Quiero dejar esto... todo, y buscar un sitio decente para vivir.

—De acuerdo. Búscalo.

Ella le contempló con vacilación.

—Yo... no creo que puedas pagar tanto. No posees tanto dinero...

—Puedo pagarlo —afirmó él.

Posó una mano en la nuca de la chica, acercando aquellos incitantes labios a los suyos, sintiendo su ardor, su humedad, y respirando el deseo en su boca. Sus brazos la rodearon amorosamente y procedió a quitarle las prendas interiores. Silenciosamente, sin interrumpir el beso, ella dejó resbalar la prenda de seda sobre sus caderas.

Rafferty hizo girar la puerta de entrada al banco. Había efectuado muchas veces la misma operación en los últimos seis meses. Tras dirigirse a un mostrador de mármol y cromo del centro, eligió un impreso para retirar dinero, y lo llenó con ayuda de una estilográfica unida al mostrador por una larga cadenita. Sacó del bolsillo del traje la libreta de ahorros. Se trataba de una cuenta conjunta a nombre de Emmet y Katherine Rafferty. El contempló un instante la libreta, pasando las páginas de los pequeños depósitos efectuados desde diez

años antes. Katherine había hecho grandes esfuerzos, aprendiendo en los días hambrientos de los primeros años treinta, para economizar semanalmente unos dólares de su paga. Al principio, fue difícil, mas con los sucesivos ascensos, los ahorros resultaron más fáciles, y cuando él conoció a Rose Pauli, la libreta contenía un total de cuatro mil dólares.

Ahora ya sólo quedaban setecientos diez.

Concentró su atención en el impreso, vacilando un poco antes de escribir la cifra a retirar. Si sacaba los setecientos diez dólares, la cuenta quedaría seguramente cancelada. Y en tal caso, ¿mandaría el banco una notificación a su casa? No estaba seguro, pero adoptó una decisión rápida. Con mano firme, escribió la cifra de setecientos dólares en el impreso; pasó el papel secante por encima y, con la libreta en la mano, se puso en fila delante de la ventanilla de caja.

Sin embargo, las páginas de la libreta casi agotada atormentaron todo el día a Rafferty. Para él, representaban el final de sus relaciones con Rose. Llevaba en el bolsillo setecientos dólares. Cuando hubiesen .desaparecido, Rose desaparecería también. Los míseros dólares tan penosamente ahorrados se habían esfumado con gran rapidez. Sacudió la cabeza, tratando de concentrar su memoria en los dólares gastados, tratando de recordar los regalos, las cenas, las veladas en las salas de fiesta, los ocasionales y furtivos viajes de fin de semana... el alquiler del hotel... Todo ello representaba la suma total de lo extraído de la libreta, el total de lo que quedaba ahora: diez dólares.

Con el dinero en el bolsillo, podría ser feliz otro mes... posiblemente seis semanas. Intentó apartar de su mente la idea de perder a Rose. La vida sin ella sería muy triste, y esta idea ponía en su estómago náuseas de desesperación. Pero, al menos, volvería al seno de su familia... a Katherine, a Mary y Maureen. Volvería, sin que nadie se hubiese enterado de su aventura, y de nuevo sería el esposo amante, el padre adorado. Se hizo esta promesa mentalmente, fortificado por la seguridad de que no le quedaba otra alternativa y de que no tendría otra oportunidad de volver con Rose. No sería tan malo... ni mucho menos... una vez superados el primer choque y la sensación de soledad, porque quería sinceramente a sus hijas y sentía un profundo afecto y gran respeto hacia Katherine.

Era terrible, y estaba avergonzado, por la intensidad de sus sentimientos hacia Rose. La joven despertaba en él unas sensaciones, unas emociones desconocidas hasta entonces. No era sólo la excitación de su amor, ni los nuevos y extraños experimentos sexuales, que jamás había probado con Katherine, lo que le mantenía atado a Rose. La joven poseía un conocimiento retorcido de la vida: una filosofía moral teñida con un refinamiento social que le atraía. Emmet había cortado con sus años de respetabilidad, con todas las ligaduras de su niñez, su

familia y la iglesia, otorgándose una libertad que le ilusionaba y, al mismo tiempo, le repelía. Se hacía muy pocas ilusiones respecto a Rose; y al principio de su relación, la insistencia de la muchacha sobre los puntos de convención más obvios sirvió para divertirle. Pero muy pronto descubrió que los puntos de ella respecto a la gentileza y las convenciones sociales no eran simples poses; las deseaba y creía en ellas. Y él aprendió a aceptarlas como parte integrante de su carácter.

Bien, ya estaba a la vista el fin de su unión… y no le quedaba otro remedio que apurarla hasta el final. Cuando no le quedase dinero, desaparecería. No obstante, la cosa estaba bien clara: de ninguna manera podía pedirle el divorcio a Katherine. Esta era su último recurso, su base de apoyo, y aún lo sería más cuando él abandonase a Rose. Jamás debía su esposa conocer la verdad.

Las semanas siguientes transcurrieron velozmente. Rose se despidió del club y se concentró en la tarea de encontrar un apartamento. Al principio, leía los anuncios de alquileres, comprando las ediciones nocturnas de los periódicos matutinos, sin ningún éxito. La guerra y la consecuente falta de comodidades domésticas sólo dejaban paso a los apartamentos de mísera condición, o a los de precio excesivamente elevado. Por tanto, continuó viviendo en el hotel, y Rafferty esperaba diariamente, con cierta ansiedad, sus informaciones referentes a su incesante búsqueda. Los administradores pedían de seis a doce meses de alquiler por anticipado, y los setecientos dólares se habían reducido ya a la mitad.

El caso Barker empezó como cualquier otro… con un crimen, y Rafferty aceptó su asignación al mismo como un asunto de pura rutina. Dos factores, no obstante, se presentaron inmediatamente en el caso. Dos factores poco corrientes. Primero: Mack, el agente que notificó el asesinato, acababa de ser ascendido después del período de prueba, y se trataba del primer homicidio de su carrera. Mack, excitado y obviamente ansioso de informar a sus superiores, se olvidó del primordial axioma en los procedimientos policiales respecto a un crimen: buscar el arma homicida. Al encontrar a Judson en su despacho, con Barker tendido en el suelo, Mack sacó inmediatamente su revólver y apuntó a Judson. Luego, telefoneó dando su informe, y se dedicó tranquilamente a aguardar la aparición de Rafferty y Goshen.

El segundo factor poco corriente del caso fue la presencia de cinco mil dólares en billetes de cien sobre la persona de Judson. En aquel tiempo, durante la guerra, el Gobierno aún no había ordenado a los bancos que llevasen un registro de los billetes de mayor denominación. En consecuencia, nadie podía seguirles el rastro.

Fue entonces cuando Rafferty y Goshen aparecieron en escena, en calidad de oficial de primera y agente experimentado en homicidios

respectivamente, desplegando sus fuerzas de acuerdo con los procedimientos aceptados por la Policía. Mack fue enviado al segundo piso para mantener alejados a los curiosos hasta la llegada del forense: Rafferty mandó a Goshen en busca de testigos y de las posibles pruebas del hecho. En tanto, él se quedó con el sospechoso para interrogarlo y registrarlo. Rafferty no tardó mucho en descubrir que Mack no había hecho nada... ni siquiera registrar al sospechoso. Cuando Rafferty tuvo en su poder el revólver de Judson, lo envolvió en un pañuelo y se lo metió en el bolsillo.

—De acuerdo —pronunció—. ¡De pie!

—¿Qué... qué pasa? —inquirió Judson tartamudeando y retorciendo nerviosamente las manos.

—Tal vez tenga usted otro revólver —dijo Rafferty—. Vaya hacia la pared. Levante las manos y apóyese en ellas.

Judson siguió las instrucciones dadas, quedando vulnerable e indefenso en tanto Rafferty procedía con su rapidez profesional a inspeccionar completamente las prendas y la persona de Judson. En el bolsillo de la chaqueta, Rafferty encontró dos paquetitos, conteniendo cada uno veinticinco billetes de cien dólares. Rafferty obligó a Judson a sentarse de nuevo al escritorio.

—Bueno —murmuró el policía, contemplando los fajos de billetes —, creo que ya he encontrado también el motivo.

Judson se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua, tendió la vista por la habitación y los concentró de nuevo en el teniente.

—Sí, en efecto, éste es un buen motivo... —articuló penosamente; desvió los ojos momentáneamente, no tardando en fijarlos de nuevo en Rafferty, que sostuvo impávido la mirada—. Nadie puede seguir el rastro de esos billetes —añadió suavemente.

Rafferty volvió a contemplar los billetes. Esta vez más lentamente. En su interior hervía ya la excitación, excitación que subió a su garganta. Se aclaró la voz y se metió los dos paquetes de billetes en el bolsillo del abrigo. Deliberadamente, encendió un cigarrillo y dejó que el humo saliera por su nariz. Su rostro no presentaba la menor señal de alteración cuando se volvió hacia Judson, al tiempo que mentalmente se repetía una y otra vez: «Esta es la salida... sí, ésta es la salida. Cinco meses más... seis meses más con Rose...» Respiró pesadamente y el humo del cigarrillo le salió por la boca. Después le preguntó a Judson, con voz muy distinta de la suya propia:

—La evidencia es la evidencia. ¿Quién más sabía que usted tenía aquí tanta pasta?

—¡Nadie! ¿De acuerdo? Sólo él y yo... —Judson indicó al difunto Barker, con apremio en su voz—. Vamos, acéptelo. Gástelo... Me hará un favor... —hizo una pausa, bajando la voz untuosamente—. No se

trata de... de un soborno, ni mucho menos.

Rafferty le contempló fijamente.

—Llámelo como guste —dijo con rudeza—. Si acepto... el favor me lo hago a mí, no a usted. Me pregunto, no obstante. hasta qué punto puedo confiar en usted. En cuanto a Barker —miró el cadáver tendido en el suelo—, sé todo lo referente a él. Me importa un bledo que esté vivo o muerto. Creo que lo prefiero muerto.

Rafferty aplastó el cigarrillo con el zapato. Luego, pasó sus manos ligeramente por encima del bolsillo del abrigo. Bajo la gruesa tela, apenas notó los paquetes.

«La salida —pensó—. La salida si logro disimular este dinero. Exacto.»

Obligó a su mente a concentrarse de nuevo en el caso.

—Está bien, está bien... —replicó Judson—. Usted se hace un favor a sí mismo y...

—Sí —asintió calmosamente el policía—. Me hago un favor a mí mismo. Mas no sé hasta dónde puedo fiarme de usted. De modo que por este motivo voy a darle otra oportunidad...

—No entiendo.

El cerebro de Rafferty estaba claro, frío, calculador. Se hallaba al corriente, por su experiencia y adiestramiento, de las leyes de la evidencia. Por tanto, rápidamente pergeñó su plan.

—Oiga —explicó concisamente—, y oiga con atención porque no tendré ocasión de repetirlo. Aunque me quede con la pasta, es fácil que lleguen a acusarlo. Si excavan un poco tal vez encuentren otro motivo; si bien, en conjunto, no estará a prueba de bombas. Mas no olvide que mientras tengan en su poder el revólver, con sus huellas, y el mismo calibre que los proyectiles incrustados en el cuerpo de Barker, la prueba contra usted puede ser abrumadora. ¿Entendido?

—Sí —asintió Judson.

—De acuerdo. Sin su revólver no podrán de ningún modo condenarle —las pupilas de Judson se animaron—. Calma —le aconsejó Rafferty—. No voy a esconder el revólver para ser buen chico. En caso necesario, siempre puedo volver aquí y decir que acabo de encontrarlo.

—¿Por qué?

—Por eso: si escondo el revólver y me quedo con la pasta, todavía pueden acusarle a usted. Tal vez en jefatura empezarán a apretarle un poco los tornillos... y usted podría llegar a un acuerdo con ellos respecto a la sentencia, contando lo de la pasta. Pero si no hay pasta ni revólver, no podrán condenarle... de modo que usted tendrá los mejores motivos del mundo para mantener el pico cerrado. ¿Entendido?

—Sí.

—Pero si... por casualidad usted confiesa... —la voz de Rafferty estaba llena de amenazas—, volveré aquí, encontraré el revólver y a usted lo freirán.

Se puso de pie, anduvo hacia la puerta y la abrió.

—¿Todavía no ha llegado el forense? —le preguntó a Mack.

—No, señor —repuso el agente desde el sitio que ocupaba en la escalera. Luego, subió—. ¡Oh, no tardará!

—De acuerdo —replicó Rafferty—. Tenga a Judson bajo vigilancia mientras registro el edificio.

—Sí, señor.

—Y ya que está aquí —añadió Rafferty, saliendo al descansillo—, dé una vuelta por ese despacho. Trate de encontrar el arma.

Rose encontró el apartamento que estaba buscando. No estaba amueblado, y se hallaba en un edificio eminentemente respetable de la no menos respetable Park Avenue[2]. Tanta respetabilidad la atraía irremediablemente. El administrador pidió un año de alquiler por anticipado y Rafferty lo pagó, abriendo un gran boquete en los dos paquetes de billetes de cien.

—Cuando esté arreglado será estupendo —aseguró Rose con entusiasmo—. Siempre he deseado poseer un piso propio...

—Y ahora ya lo tienes.

Las habitaciones del apartamento mostraban una elegancia de carácter conservador: no eran grandes, pero sí delicadamente proporcionadas, con techos algo más altos de lo normal y suelos de parqué. Las paredes del saloncito eran de un azul oscuro, crepuscular, que contrastaban con el enmaderado blanco y la chimenea de mármol jaspeado, y en el centro del techo colgaba una araña de cristal, no muy grande. El dormitorio estaba empapelado a rayas rosas y blancas; allí también había una chimenea con una repisa de mármol negro, y unas puertas vidrieras que llegaban casi desde el suelo al techo.

El carácter de aquellas habitaciones no significó nada para Rose. Con alegre despreocupación, las llenó de muebles nuevos, eligiendo al azar las piezas de tiendas llenas de cosas modernas... butacas de roble con adornos de plata, mesas de ébano, gabinetes de laca y mesitas muy lisas. Particularmente, llamó su atención una lámpara con una pantalla colorada y muy cónica, y la adquirió. De noche, dicha lámpara bañaba las paredes del salón con una luz vívidamente purpúrea, dándole un aspecto muy raro y deprimente. Rafferty, que nada sabía de decoraciones interiores, se sentía vagamente incómodo, aunque Rose estaba plenamente satisfecha.

—Es diferente —le explicó a Emmet—. Resulta muy brillante, pero es agradable. Esta habitación forma parte de la noche, no siéndolo en realidad. Las paredes están oscurecidas y al mismo tiempo

llenas de luz…

Rafferty no discutió. Los muebles se habían llevado los últimos billetes del dinero de Judson.

8

La existencia en Park Avenue continuó sosegadamente por una temporada. La excitación de buscar y amueblar el apartamento acabó por desaparecer. Rose, que no trabajaba, se contentaba con dormir hasta media tarde, levantándose entonces para comer y marcharse al cine, para reunirse con Emmet en el apartamento al anochecer. Esta limitada actividad, no obstante, pronto la hubiese aburrido, a no ser por Viola Vane. Viola, que actuaba en las salas de fiesta, tenía un horario parecido al de ella. Por consiguiente, ambas empezaron a encontrarse en las comidas, a ir juntas al cine, y a pasear juntas por las aceras de Broadway.

Rafferty vivía adormecido por un falso sentimiento de seguridad. Había pagado un año de alquiler, los muebles fueron adquiridos al contado, y en su sueldo mensual apenas tenía que efectuar pequeñas filtraciones. Llevando bien sus finanzas, Katherine no se enteraría del dinero gastado con Rose. Rafferty llegó a creer que, si lograba mantener el delicado equilibrio de su situación, podría seguir indefinidamente con su doble vida. Pero había olvidado la determinación de Rose de obtener respetabilidad, y no tardó en volver a relucir la cuestión del matrimonio. Sentado bajo el brillante cono de la lámpara roja, Rafferty trató de eludir la discusión.

—¿Cuándo hablarás con Katherine?—le apremió Rose.

—No sé.

—Prometiste que le hablarías hace varios meses.

—¿Y tú que has hecho? —replicó Rafferty, a la defensiva.

—Visité a un abogado el mes pasado. Ya ha iniciado las gestiones.

El la miró dubitativamente, y ella le devolvió serenamente la mirada. Nunca había hecho la menor referencia a tal visita. Rafferty pensó que mentía y se movió vagamente inquieto. Por otra parte, era posible que dijese la verdad. Sabiendo que el marido era un criminal convicto que estaba condenado a cadena perpetua, no tenía la menor duda de que a Rose le sería muy fácil obtener el divorcio con rapidez.

—¿A quién viste? —preguntó.

—A un tal Garrison. Tiene el despacho cerca de la calle Cuarenta y nueve en Broadway.

—Bien, hablaré con Katherine.

—Si no le hablas tú, le hablaré yo.

—No, no te atrevas a llamarla. Hablaré yo con ella. Soy yo quien tiene que decírselo.

Mas no lo hizo, y durante muchos días todas las conversaciones con Rose giraban sobre el mismo tema. La joven se sentía cada vez

más amargada y las discusiones se transformaron en formidables peleas, hasta que Rose finalmente obligó a Rafferty a hablar con Katherine.

Ocurrió mientras desayunaban en la cocina del pisito de Brooklyn. El sol penetraba en la habitación, reflejándose alegremente en el refrigerador. Rafferty trabajaba en el turno de las cuatro de la tarde a medianoche; en consecuencia, dormía hasta tarde y desayunaba a las dos. Las niñas estaban en la escuela, y Rafferty y Katherine estaban solos cuando sonó el teléfono. Katherine corrió al saloncito a contestar; al cabo de un instante llamó a su marido.

Rafferty se levantó de la mesa sin sospechar nada y, limpiándose los labios en la servilleta, fue en busca del teléfono.

—¿El señor Rafferty? —preguntó una voz femenina.

—Sí.

Instantáneamente cambió el timbre de la voz y él reconoció a Rose.

—He pensado llamarte para saber si ya habías hablado con Katherine.

—No —replicó Rafferty con un involuntario estremecimiento de temor—. Aún no.

—¿Vas a hablarle?

—Sí.

—¿Hoy?

—Posiblemente.

Ella había colgado. Sin embargo, la amenaza seguía flotando en el ambiente. Rafferty volvió a la cocina, aunque había perdido todo apetito. La próxima vez que llamase Rose, lo haría cuando Rafferty no estuviese en casa. Katherine se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa.

—¿Algo importante? —se interesó, agitando la cucharilla.

—Nada. Era... una mujer de un caso en el que intervengo —apartó el plato. Su esposa volvió a levantarse para llenarle de nuevo la taza—. Resulta interesante esa mujer que me ha llamado. Fue su hermana quien disparó. Esa hermana llevaba catorce o quince años de matrimonio. Su esposo le pidió el divorcio... y ella le mató.

Rafferty iba sorbiendo su café, mirando a Katherine. Tenía el rostro escondido tras la taza, y su voz sonó casual al formular la pregunta.

—¿Qué harías tú, Kathy, si alguna vez yo te pidiera el divorcio?

—Iría a ver a un médico —repuso ella con ligereza.

—No, en serio —él dejó la taza en el platillo—. Supón que yo quiero el divorcio... bueno, suponte que estuviese enamorado de otra... ¿qué harías?

Tal vez Katherine intuyó la tensión de la pregunta. De pronto

contempló gravemente a su marido.

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Oh! No sé… por hablar —de repente, su cerebro regresó a la zona de seguridad—. Sólo quería saber si tendría que esconder el revólver —mintió, sonriendo.

Katherine se relajó.

—Bueno, jamás me divorciaré de ti —repuso.

—¿No?

—¡Naturalmente! Ello va contra la Iglesia. Yo podría dejarte, pero jamás divorciarme de ti— se puso de pie y se situó al lado de su esposo, alisando el delantal que llevaba—. No es grato hablar de esto… ni siquiera en broma.

Era un viernes por la tarde. Aquella misma noche, Rafferty y Lewis llegaron a tiempo de impedir el asalto a la peletería *Biever's*. Unos minutos más tarde, Emmet Rafferty estaba de pie con un abrigo de armiño en las manos y un hombre muerto a sus pies, un hombre que no podía hablar. Rápidamente, adoptó una decisión.

Actuó velozmente. Regresó a la tienda y encendió la luz de la habitación del fondo. Debajo de un banco de trabajo sacó una gran caja de cartón plana y metió dentro el abrigo. Acto seguido, selló la caja, por arriba y abajo, con cinta engomada. Tras apagar la luz, cruzó la tienda y salió a la calle, llevando la caja. Dobló la esquina, fue hasta el final de la manzana y cruzó la calle. Entró en un restaurante y se dirigió al guardarropa.

—Guárdeme esto, por favor —le rogó a la mujer que lo atendía entregándole la caja.

Ella volvió al cabo de un momento con una chapa que Rafferty se metió en el bolsillo. Después le dio una propina.

—Mañana vendré a recogerlo —le dijo.

Inmediatamente salió del restaurante y regresó a la tienda. Habían transcurrido menos de cinco minutos desde el disparo. Llamó a Homicidios y notificó lo ocurrido.

El sábado, Rafferty recogió la caja del guardarropa y tomó el Metro hasta Times Square; allí cogió un taxi hasta el apartamento de Rose, en la parte baja de Park Avenue. Abrió el portal con su propia llave, subió en el ascensor hasta el sexto piso y penetró en el apartamento. Rose estaba enroscada en el diván.

—Hola —le saludó ella, sin gran interés. Luego, al observar la caja, preguntó—: ¿Qué es esto?

—Algo que vi —replicó él—, y pensé que te gustaría.

La cinta engomada mantenía la caja muy apretada, por lo que Rose se sirvió de unas tijeras para despegarla.

—No me imagino qué… ¡Oh, es un objeto tan pesado!

Tras dejar las tijeras a un lado, abrió los extremos de la pesada caja de cartón y sacó el abrigo. Lo extendió sobre sus rodillas y sus manos acariciaron la suavidad de la piel, su inolvidable sedosidad. Sus labios se negaron a pronunciar palabra alguna.

—¿Te gusta mucho? —preguntó Rafferty.

Ella asintió ciegamente.

—Es la cosa más bonita que he visto nunca —contestó. Rafferty se sentó en el diván a su lado, rodeándola con sus brazos y atrayéndola hacia sí. La joven volvió a un lado la cara, con el maquillaje corrido. Luego, tartamudeó—: Estoy... estoy hecha una facha.

El se echó a reír y la besó en la frente, apartando el mechón de cabellos platinados.

—Escucha: una advertencia —observó Rafferty—. No lo asegures.

Rápidamente, ella se secó los ojos.

—¿A qué te refieres, Emmet? —preguntó ansiosamente—. ¿Es... es robado?

El sacudió la cabeza y se retrepó en la butaca, encendiendo un cigarrillo.

—No... ni mucho menos —replicó con tono ligero—. Pero fue una buena ganga. Mercado negro, ¿sabes? Sin impuestos federales. Por un abrigo como éste podría cometerse un crimen.

—¿Dónde lo conseguiste?

—A través de un tipo que conozco —él se encogió de hombros—. Tengo muchos contactos... joyeros, peleteros... De vez en cuando hago un favor a uno, y ellos me favorecen también —se puso en pie, ayudándola a levantarse—. Vamos, pruébatelo. Ni siquiera te lo has puesto.

La joven se puso el abrigo y dio una vuelta completa ante él como una modelo.

—Es maravilloso... completamente maravilloso... —balbució. Se quitó la prenda, la sostuvo amorosamente pegada a su cara y se volvió hacia él—. No se trata... no se trata de un regalo para taparme la boca respecto a Katherine, ¿verdad?

Estaba roto el encanto.

—¡Por Dios santo! —gritó él, irritado—. ¿Na puedes olvidarte de Katherine por un momento? ¿No querías el abrigo? Ya lo tienes. Yo te lo regalo —hizo un esfuerzo para suavizar su voz, tratando de reconquistar la felicidad perdida—. Vamos, sonríe, por favor. Págame con una sonrisa.

Ella ignoró su buena voluntad y fue hacia la repisa de la chimenea; empezó a arreglar distraídamente las figuritas de cristal que había encima.

—Te llamé ayer —dijo con frialdad—, y anoche no te vi.

—Tuve que trabajar hasta muy tarde.

—Bueno... ¿hablaste con Katherine?

—Sí —afirmó él con deliberación—. No acepta el divorcio.

De pronto, el silencio reinó en el salón. Rose se quedó inmóvil contra la chimenea con una figurita de terracota en las manos.

—¿Se trata de una mentira?

—¡No, en absoluto!

Mecánicamente, ella dejó la figurilla en la repisa y avanzó hacia Rafferty, dejándose caer en una butaca frente al diván. El buscó en su rostro señales de ira, mas su cara estaba completamente inexpresiva, y no logró seguir sus pensamientos. Finalmente, la joven fijó su mirada en Emmet.

—Si le has dicho que no la quieres ya y deseas divorciarte de ella, ¿qué objeta para oponerse al divorcio?

—Que es católica. Accedería a una separación, pero no a un divorcio. Lo cual no serviría de nada porque seguiríamos casados.

—Yo no soy católica —declaró Rose—. Y me importan un pimiento los divorcios —le miró atentamente—. ¿Y a ti? ¿Te molesta divorciarte?

—No —replicó él lentamente—. Me divorciaría, si pudiera, pero si ella no accede... ¿qué puedo hacer?

—Irte a Méjico y divorciarte allí.

—Oye —repuso él, a la defensiva—, eso cuesta pasta. Más de la que poseo... en este momento. Y tendría que pasarle una pensión a Katherine y las niñas. No podría... largarme y dejarlas morirse de hambre.

—Me dijiste que tenías mucho dinero.

—Sí, lo tengo... pero a veces sí y otras no tanto —empezaba a enfadarse, y su rostro mostraba un color rojizo muy peligroso—. ¡Maldición! —gritó, poniéndose en pie—. ¿Qué tonterías estás diciendo?

Cosa sorprendente, su cólera no arrancó ni una chispa de emoción de la joven. Permaneció sentada, mirándole objetivamente.

—Sí —concedió amablemente—, no ha estado mal, pero aún podría ser mejor —la familiar figura de Rafferty se hallaba ante ella, erguida en toda su estatura, con las piernas separadas, esperando el ataque de la muchacha. Los ojos de ella escrutaron brevemente aquella cara estólida y cuadrada, roja de ira, y le sostuvo la mirada—. Siéntate, Emmet. Y pensemos..., pensemos qué puede hacerse —él bajó los ojos—. De modo que se trata de dinero... Siempre se trata de dinero...

—Seguro —asintió él.

—Querido —murmuró ella bruscamente—, si tuviésemos dinero... en gran cantidad... ¿accederías a pedir el divorcio? Podríamos casarnos, regresar aquí y llevar una vida normal y decente, como todo

el mundo.

—Sí —asintió Rafferty—. Si pudiera ser eso… y seguir cuidando a mis hijas… lo haría. ¿Por qué?

—Bueno… creo… que sé cómo conseguir el dinero… mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Setenta y cinco mil dólares.

Rafferty silbó por lo bajo.

—Es una enorme cantidad —comentó. Su rostro no mostraba ya señales de cólera, sino de expectación—. ¿Dónde está?

Ella vaciló.

—No sé dónde exactamente. Pero creo que puedo averiguarlo.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. Todavía no lo he meditado. Tendremos que planearlo. Sin embargo, podemos conseguirlo; yo sé que podemos.

—Deja de hablar enigmáticamente, Rose. ¿Cuál es tu idea?

La joven se puso de pie y fue a sentarse de nuevo en el diván.

—Ven a mi lado y te lo contaré.

Se inclinó hacia la mesita y cogió un cigarrillo, que se llevó a la boca. No lo encendió y al cabo de un momento lo tomó otra vez para darle vueltas entre los dedos. Después empezó a hablar.

—Nunca te he hablado mucho del tipo con el que me casé… Se llamaba Eddie… Eddie Stack. Creo que esto ya lo sabías. Te lo dije no sé cuándo… —Rafferty asintió—. Mas lo que no te conté es que lo condenaron. A cadena perpetua en Wisconsin.

—¿Cómo te enredaste con un tipo así?

—No lo sé exactamente… aunque no era mal chico… Por lo menos al principio. Los dos éramos muy jóvenes… unos críos en realidad… cuando le conocí en Los Angeles. Se portó muy bien conmigo y era divertido. Ignoraba de qué vivía, y él me explicó que ganaba bastante en Santa Anita, ya sabes, en las carreras. Siempre llevaba mucho dinero encima. A su alrededor había siempre cinco o seis tipos más… Todos se habían criado juntos en Los Angeles. Yo, entonces, no les conocía, pero supongo que se dedicaban a robar coches, que llevaban a Méjico, donde los vendían.

»Espero que comprendas cómo sucedió todo. La vida se había portado muy mal conmigo, y Eddie y yo anduvimos juntos… hasta que al fin nos casamos. Mas una vez casados, cuando Eddie empezó a ser un poco adulto, él y sus amigos necesitaron más dinero. Los coches robados no daban bastante. De modo que cada vez que llevaban un auto a Méjico regresaban con cierta cantidad de drogas.

—¿Cuándo empezaste a enterarte de esto? —quiso saber Rafferty.

—Hasta al cabo de mucho tiempo. Yo no sospechaba nada, y a Eddy le resultó muy fácil engañarme. Cuando al fin lo descubrí, ya era

tarde para actuar. Eddie se creía un tipo duro. Yo quise abandonarle, pero me pegó un par de veces… y me amenazó con encontrarme si huía. De modo —ella se encogió de hombros— que me quedé.

—Podías haber acudido a la Policía y denunciarle —sugirió Rafferty.

—No, no podía —replicó ella—. No le odiaba hasta ese extremo. No le odiaba en absoluto. Me daba lástima. Era un pobre chico, sin una guía segura… además, sabía que era sólo cuestión de tiempo hasta que ocurriera algo… o lo matasen. Esto duró un año. Seguí viviendo con Eddy, y me enteré de algunos atracos… y otras cosas. Luego, Eddy conoció a un individuo procedente de Wisconsin… una población de poca importancia, y aquel fulano le habló a Eddy de un banco… que sería muy fácil de atracar. Bien, el individuo aquel le vendió la idea a Eddy, y éste lo probó. Sin embargo, la cosa no salió como estaba planeada, hubo disparos y mataron a alguien.

La joven sostenía ya sólo el papel del cigarrillo entre los dedos. Las hebras de tabaco yacían en montoncitos sobre la mesita. Tras hacer una bolita con el papel, Rose la dejó caer en un cenicero.

—Bueno —prosiguió con su historia—, no atraparon a Eddy hasta una semana después. Era demasiado listo para volver a California… por lo que se marchó al Este. Allí lo cogieron. Pero no llevaba el dinero encima. Y nunca lo encontraron. Lo encerraron en Waupun a cadena perpetua por el asesinato, de modo que aunque hubiese devuelto el dinero, de ningún modo le habrían rebajado la pena.

Rafferty respiró profundamente y relajó los tensos músculos de su espalda.

—De modo que Stack es el único que sabe dónde está la pasta —murmuró—. ¿Cuál es tu idea?

Rose le miró fijamente.

—¿Cuál es *tu* idea? —replicó—. Si hubiese una forma de hacernos con el dinero, habrían terminado nuestros apuros.

—Creía que no deseabas complicarte en un asunto tan feo como éste —le reprochó Rafferty.

Ella no contestó inmediatamente.

—Murió un hombre por aquel dinero —manifestó finalmente—. Eddy no saldrá ya nunca de la cárcel. Está pagando por el crimen. Y el dinero está escondido, sin que le sirva a nadie ni para bien ni para mal. Si lo consiguiésemos podríamos iniciar una nueva vida. Cuando pillaron a Eddy y comprendí que no volvería a verlo, abandoné el apartamento de Los Angeles y no volví. Busqué otra vez trabajo… el mismo que hacía antes de conocerle. Todos aquellos años intermedios se habían perdido sin remedio. Ni siquiera me gusta recordarlos. Entonces decidí que jamás aceptaría un amor barato ni haría tratos apresurados. Bueno, en realidad, pienso que ese dinero me pertenece;

me lo gané. Créeme, Emmet, me lo gané. Lo considero un regalo de bodas de Eddy, que me servirá para volver a empezar.

—¿Qué planeas hacer con ese dinero? ¿Tienes alguna idea de dónde está?

—No sé qué puedo hacer con él. Ni sé dónde está. Entre Wisconsin y Nueva York. Te lo he contado porque creo que eres inteligente. Dijiste que tienes conexiones... Bien, Emmet, tal vez tú puedas encontrarlo.

—No sé... —meditó Rafferty—. Los polis lo intentaron y fracasaron... y estoy seguro de que lo buscaron condenadamente. Dime, Rose, ¿queda alguien de la vieja banda de Stack que pudiese saberlo?

—No queda nadie... al menos, oí decir que todos habían huido...

—¿Dónde están?

—Creo que todos han muerto.

—¿Iba alguien más detrás de la pasta?

—No... no. No lo creo. Cuando Eddy fue condenado, los otros empezaron a atracar los garitos de juego de la Costa. Eddy jamás se lo hubiese permitido porque era demasiado peligroso. Tal vez los chicos atracaron algún local protegido por el Sindicato, y éste se cuidó de ellos.

—Está bien —la interrumpió Rafferty—. Pensemos respecto a esos setenta y cinco de los grandes.

Tenía el cabello pajizo húmedo por el sudor. Se pasó por la frente la palma de la mano.

La idea de aquel dinero atraía a Emmet Rafferty, asaltando su imaginación de día y de noche. Acababa de encontrar la respuesta a la matanza de Los Angeles, pero la información ya era inútil. Oficialmente, hacía año y medio que no se ocupaba del caso. Feinberg se había desentendido del asunto por falta de información, según notificó a la Policía de Los Angeles, y Rafferty, naturalmente, mantenía al teniente en la ignorancia de su contacto con Rose Pauli desde hacía varios meses. Además, la información sobre Stack ya carecía de importancia. No para la Policía de Los Angeles, sino para la de Nueva York. Indudablemente, el caso estaba concluido en lo que al teniente Feinberg se refería.

Setenta y cinco mil dólares, no obstante, era algo diferente. Completamente diferente. Con este dinero, su problema quedaría resuelto para siempre. Si se divorciaba y se casaba con Rose, tendría que abandonar su empleo. Esto era natural. Tendría que entregarles a Katherine y las chicas dinero suficiente para su manutención, y con el resto debería vivir hasta encontrar otro trabajo. Claro que, estando en guerra, el trabajo no faltaba, por lo que no tenía que preocuparse

mucho por ese aspecto.

Sólo tenía que preocuparse, pues, por una cosa.

Por encontrar el dinero.

Rafferty era un policía con demasiada experiencia para pensar que podría localizarlo por sí mismo. Al cabo de tanto tiempo, la pista estaría fría, el rastro perdido y olvidado. Obviamente, cuando arrestaron a Stack, la Policía debió de efectuar grandes esfuerzos para recuperar el dinero, y la compañía aseguradora debió de tener a sus agentes en pie de guerra durante varios meses. Además, Rafferty ignoraba los principales detalles del caso. Sin una investigación directa entre los oficiales de Wisconsin, no podría obtener tal información, y una investigación directa atraería de nuevo el interés hacia el asunto.

Le dio muchas vueltas al problema en su mente, hasta que llegó a asumir, para él, la forma de una bola dura, negra y completamente lisa. No tenía ninguna mella a la que asirse, ninguna rugosidad en su superficie que pudiese sondear y explorar. Consideró el caso una y otra vez, sopesándolo y analizándolo en busca de factores desconocidos; lo examinó concienzudamente, estudiándolo de cerca y a distancia, pero la superficie dura, negra e impenetrable que era aquel problema continuó riéndose de él desde todos los ángulos.

Desde el principio había una solución muy clara para dicho problema, mas Rafferty no podía utilizarla. Por tanto, continuó buscando frenéticamente la solución, en tanto su cerebro trataba de olvidar aquella clara respuesta. De noche, se tendía en la cama, con el cuerpo quieto y relajado, la respiración profunda y regular... hasta que su mente forjaba de nuevo la bola negra. Luego, la hacía rodar una y otra vez... lenta, pensativamente... y después más deprisa... más deprisa. Tras varias horas de meditación, trataba de apartarla de su pensamiento, con el fin de que la solución se presentase por sí sola, como un leve rayo en el fondo de su cerebro. A veces se levantaba y encendía un cigarrillo, sentándose al borde de la cama y fumando hasta el amanecer. Y constantemente, aunque se negase a reconocerlo, obtenía la misma respuesta. Sólo una.

Finalmente, ya no pudo esquivarla. Era una decisión muy difícil de adoptar, cosa que hizo muy a su pesar y sólo después de muchos días de cuidadosa deliberación; hasta que al fin decidió no contarle a Rose la solución. Esperaría a tener el dinero, a que todo hubiese terminado; luego, si no había otra salida, se lo diría. Una vez tomada esta decisión, creyó que lo mejor sería actuar con rapidez. Y elaboró sus planes cuidadosamente.

—¿Todavía piensas en lo del dinero? —le preguntó Rose una noche.

—Sí —asintió él, recordando su decisión.

—¿Qué has decidido?

—Pienso que tal vez lo encontraré.

—¿Cómo? —quiso saber ella con ansiedad.

—He buscado ciertos contactos. Estoy trabajando en el asunto —replicó él misteriosamente.

—¿Algo definido?

—Sí… en cierto modo. Repito, estoy ocupándome del caso. Deja que sea yo quien se preocupe. Ya te lo contaré todo cuando llegue la ocasión.

La ocasión había llegado en su mente. Era algo muy sencillo: sólo un hombre sabía dónde estaba el dinero. Ese hombre era Eddy Stack. Si Eddy Stack tenía ocasión de ir a recoger el dinero, lo haría. Y si Rafferty lograba saber dónde iba Stack a buscar el dinero, podría apoderarse del mismo. Un plan muy sencillo, que giraba sobre dos puntos principales. Primero: darle a Stack la oportunidad de ir en busca del dinero. Segundo: llevar a Eddy Stack a una localidad definida en un momento específico. El plan sólo tenía una pega. Rafferty necesitaba confiarse a una tercera persona.

En consecuencia, repasó su lista de informadores, examinando y contraexaminando los nombres de sus chivatos cuidadosamente hasta decidirse por uno. Los chivatos son los ojos y los oídos de todas las fuerzas de policía metropolitanas, en libertad solamente porque de esta manera resultan valiosos como espías e informadores. Todo detective se halla rodeado de una colección de chivatos propios. Temiendo la reprobación del hampa en que viven y de los criminales a los que delatan, los chivatos sólo trabajan con el detective en quien confían plenamente, negándose a dar información a otros miembros de la misma fuerza. A cambio de tales informes, su detective les protege contra los arrestos y las molestias de pequeños cargos y las redadas policiales.

La mayoría de los chivatos jamás informan personalmente. Llaman a su detective a horas y sitios específicos, y se mantienen lejos de las comisarías y jefaturas. Si alguien les ve hablando con un detective, su valor ha periclitado, y su próximo encuentro con la Policía es, generalmente, sobre una losa del depósito. Por tanto, en las escasas ocasiones en que el detective tiene que ver a su chivato personalmente, la cita se planea con todo cuidado y secreto.

Por este motivo Emmet Rafferty estaba en un coche aparcado, un «Ford» negro con el motor en marcha, delante de la entrada del Metro de la calle Cincuenta y ocho esquina a Broadway. Eran las once de la noche y el tráfico seguía muy intenso en torno a Columbus Circle. Exactamente a las 11,02, una figura surgió de la boca del Metro, abrió la portezuela del «Ford» se instalo al lado de Rafferty, y hundió la

cabeza más abajo del nivel del cuadro de mandos. Rafferty cerró la portezuela e internó el coche entre el tráfico. No intercambiaron ninguna palabra. Unos diez minutos más tarde, Rafferty llevó el coche hacia la penumbra de un andén de carga desierto, detrás de un restaurante cerrado de noche. El lugar estaba solitario, desierto, y la figura agachada a su lado empezó a incorporarse lentamente.

—Bien —murmuró Rafferty—, /quieres un pitillo?

—Sí —aceptó su acompañante.

Cogió el cigarrillo y se inclinó hacia el tablero para encenderlo. Luego, formando copa con las manos en torno a la punta brillante, empezó a fumar.

—Hace mucho tiempo que no te veo, Luke —comentó Rafferty quedamente—. ¿Qué haces ahora?

—Oh, bueno, ya lo sabe... —replicó Luke. Se volvió parcialmente en el asiento y trató de penetrar las tinieblas para mirar a Rafferty—. Puede estar tranquilo. No llevo nada. No, con el Acta Sullivan, que prohíbe llevar armas.

Rafferty se echó a reír en tono bajo, pero continuó con la mano dentro del bolsillo del abrigo.

—Seguro, seguro —exclamó—. Pero me gusta tener las manos calientes.

Con la mano libre puso en funcionamiento la radio, que emitió la música de una orquestina, y reguló el volumen para que cubriese el sonido de las voces. Luego, hablando suavemente, con la voz cubierta por la música e irreconocible para cualquiera que se hallase a unos metros de distancia, continuó:

—El mandamiento de arresto por aquel asesinato de Alabama todavía está vigente, Luke.

—Lo sé —asintió el aludido.

—¿Te gusta vivir en Nueva York?

—Más que en Alabama.

—Eso pensaba. ¿Por qué no vuelves allá y te enfrentas con el caso?

—Porque me colgarían.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué desea, teniente? ¿A qué viene tanto preámbulo? Me tiene usted atrapado y lo sabe.

—Quería asegurarme —replicó Rafferty—, porque tengo para ti un encargo especial, Luke.

—¿Cuál?

—Si tuvieses mil dólares, ¿te marcharías a América del Sur?

—Seguro.

—¿Con un pasaporte?

—Falsificado, aunque nadie observaría la diferencia.

—¿Dónde lo conseguirías?

—De un tipo de la Tercera Avenida.

—¿Quién?

—Oh… un fulano que conozco.

Rafferty calló, analizando, considerando, sopesando.

—Está bien, Luke —dijo al fin—. Quiero que trabajes para mí. Cuando hayas terminado, te dejaré tranquilo para siempre. Sacaré tu ficha del archivo y la destruiré.

—¿Qué he de hacer?

Luke apagó el cigarrillo en la suela del zapato. La radio sonaba muy fuerte, y en torno al coche reinaba un silencio absoluto.

Rafferty se aclaró la garganta, que en el interior del auto sonaba ronca y espesa.

—Quiero que prepares una evasión para un perpetuo de Waupun. Se llama Eddy Stack; está allí por asesinato y atraco a un banco.

—No le conozco.

—No importa. Tú puedes llegar hasta él de un modo u otro.

Los dos hombres callaron, pensando en la larga e invisible hiedra que llega desde el hampa hasta las galerías de celdas, los agujeros solitarios, las filas de condenados, los despachitos de los carceleros y los cuerpos de guardia de todas las penitenciarías del país. Es como un reptil que palpita de día y de noche, pasando informaciones… a un lado y a otro. Enviando mensajes, forjando planes, buscando a hombres sólo conocidos por un número desde Nueva York, Chicago y Los Angeles; Miami, San Luis, Boston; Detroit, Dallas y San Francisco. Una tubería de conducción misteriosa formada por chivatos, alcahuetes, asesinos, violadores, atracadores, falsificadores y rateros; tipos listos y tipos estúpidos; hombres perdidos y confusos, y hombres de ideas claras.

Finalmente, Luke rompió el silencio.

—¿Alguna idea?

—Un par —replicó Rafferty—. Tiene un poco de pasta. Comunícale que puedes hacerle salir, y que dispondrás lo necesario para que se largue a Sudamérica. Haz un trato con él. No me importa cuál sea. Guárdate la pasta que obtengas de esto. Tienes que disponer el asunto de modo que tenga que obtener los papeles de ti. Haz que venga a Nueva York a buscarlos. Y cuando esté aquí, comunícamelo.

—Supongo que para echarle el guante de nuevo.

—No, no le quiero para nada. Deseo que se largue a Sudamérica —replicó Rafferty—. Sólo quiero hablar con él cinco minutos. Pero a mí no me mezcles para nada en la evasión. El no me conoce.

Encendió la luz del tablero de mandos y sacó la mano del bolsillo del abrigo. En la misma, empuñaba un 38 automático. Su voz apenas se oyó sobre la música.

—Te lo advierto, Luke —mascculló—. No embrolles el asunto… ni hables, porque en tal caso, o tendrás que comparecer ante el juez de Alabama, o yo mismo acabaré contigo. ¿Entendido?

Luke asintió sin contestar.

9

Waupun en Wisconsin es una pequeña población situada en la parte norte del Estado. Dos rasgos la distinguen de cualquier otra localidad. En las afueras de la misma, en la carretera que va a Madison, capital del Estado, se alza un edificio de color gris, de aspecto muy feo, siniestro, que es la penitenciaría del Estado. El otro rasgo es la estatua de bronce, desnuda, de una doncella india, situada en el centro de la calle mayor de Waupun. De los dos rasgos, la gente que pasa por aquella población suele recordar mejor el primero: la cárcel.

Unas seis semanas después de la conversación mantenida entre Rafferty y Luke, una camioneta «Chevrolet» iba a la prudente velocidad de cincuenta kilómetros por hora en dirección a Waupun. Medio kilómetro antes de llegar a la penitenciaría, la camioneta adelantó a un hombre que andaba por la cuneta de la carretera. No llevaba sombrero ni gorra, y vestía una camisa gris, ya muy lavada, y pantalones del mismo color. Dentro de los muros de la prisión era conocido como el número 17.924, condenado a cadena perpetua, o un «perpetuo», según la jerga carcelaria; era un individuo calmoso, de pelo un poco gris, con el peculiar color de piel resultante a partes iguales de la falta de sol, mala salud y, posiblemente, la carencia de toda esperanza. Su buena conducta le había valido un cargo de confianza sobre la producción de la alquería propiedad del Estado, en la que trabajaban los presos con el fin de suministrar alimentos a la penitenciaría. Eran exactamente las tres de la tarde. Faltaban cincuenta minutos para la hora del recuento, y hacía cinco minutos que él había salido de la granja.

La camioneta se detuvo al lado del preso, impidiendo así que nadie pudiese verle desde la carretera, precaución casi inútil, porque en aquellos momentos no pasaba nadie ni nada por allí. El penado abrió inmediatamente la portezuela delantera del vehículo y se acomodó junto al conductor. Instantáneamente, la camioneta arrancó, acelerando hasta alcanzar los noventa kilómetros por hora, velocidad en la que se mantuvo de manera constante.

—¿Eres Eddy Stack? —inquirió el conductor.

—Sí —asintió el preso—. Te esperaba.

—De acuerdo —repuso el conductor—. En la parte trasera hallarás un traje, un sombrero y un abrigo. Póntelo todo.

Stack pasó a la parte posterior de la camioneta y empezó a cambiarse de ropa. Cuando llegaron a las afueras de Waupun, volvió al asiento junto al chófer.

—Este es el pían —le explicó aquél sin apartar los ojos del camino —, lo que tienes que hacer. Queda una hora hasta el recuento. No es mucho pero sí suficiente. En Waupun hallarás un coche; un «Plymouth» con matrícula de Wisconsin. Tómatelo con calma y sigue por esta carretera. Sigue marchando hasta llegar a Colorado Junction. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Stack.

—No se trata de un coche robado, por lo que no está denunciado. Lo dejas en Colorado Junction y yo lo recogeré más tarde. En Colorado Junction, hallarás un «Buick» azul con matrícula de Wisconsin. Las llaves están bajo la alfombrilla delantera. En el portaequipajes hay una serie de placas de Illinois y Utah. Durante el trayecto las cambias un par de veces. Y no hagas tonterías, porque el «Buick» sí fue robado.

—¿En dónde?

—En Iowa.

—De acuerdo —replicó Eddy Stack—. Me mantendré lejos de Iowa.

—Será mejor que te deshagas de él tan pronto halles otro —prosiguió el conductor—. Te seguirán el rastro hasta Colorado Junction y probablemente descubrirán lo del «Buick». Claro está, no sabrán si te has ido a Minnesota, Canadá o Illinois, pero de todos modos líbrate del «Buick» lo antes posible.

Stack asintió. La camioneta torció hacia la calle Mayor, rebajó ligeramente la velocidad y continuó hasta llegar al pequeño hotel. Delante del edificio se hallaba estacionado el «Plymouth», al lado de la doncella india. La camioneta paró brevemente, y el conductor indicó el coche.

—Aquél es, amigo. Las llaves están dentro. Buena suerte.

Stack saltó de la camioneta, cruzó la calle y se instaló ante el volante del coche aparcado. Unos segundos más tarde, el «Plymouth» se apartaba de la acera y corría calle abajo.

Cuando Stack llegó a Colorado Junction, ya habían notado su falta en el recuento y dado la voz de alarma. Sin embargo, tenía a su favor un pequeño margen de tiempo. El primer bloqueo se efectuaría en las inmediaciones de la penitenciaría y Waupun, hacia el sur. Al no ser atrapado inmediatamente, se ampliaría el radio de acción en todas direcciones, incluyendo el norte. Stack comprendió que las autoridades creerían que su intención era dirigirse a Milwaukee o Chicago... ambas localidades hacia el sur y este de Colorado Junction. La búsqueda continuaría inevitablemente hacia Minneápolis y St. Paul, al norte y al oeste respectivamente, y a Michigan, al nordeste. Y cuando no lograsen encontrarle en la dirección de Chicago, su seguridad residía en que le buscasen por Illinois. Asimismo, en aquel

punto, como principio de una nueva búsqueda, las autoridades no tendrían ninguna descripción de sus ropas ni del automóvil, pues incluso ignorarían si iba conduciendo. El mayor peligro, por el momento, era estar solo. Eddy Stack iba considerando seriamente en todo esto mientras se dirigía hacia el Norte. Colorado Junction es algo más que una población fantasma. No está cerca del río Colorado, no hay allí ninguna estación de empalme[3], y está compuesto por unas cuantas casas, varios hoteles desiertos, un almacén general y una gasolinera. En los tiempos de la Prohibición, fue un punto muy activo para los contrabandistas y un floreciente centro de prostitución… ya que en los diversos hoteles se hacían turnos de ocho horas diarias, de día y de noche. Pero después de ser derogada la Ley Seca, la población se fue malogrando, no quedando más que unos burdeles baratos que sólo servían a la ruidosa clientela del sábado por la noche, que acudía allí desde la campiña circundante. Tenía un tanto a su favor para el traspaso de coches que iba a efectuar Stack: recordando su glorioso pasado, Colorado Junction no sentía ningún amor por la ley.

Era casi de noche cuando Stack estacionó el «Plymouth» detrás de un hotel abandonado, metiendo el morro del auto bajo un combado porche de servicio. El coche quedaba completamente oculto desde la calle. Dando la vuelta a la esquina del derruido edificio, pasó casualmente por la calle, con los pies a rastras, resonando fuertemente en medio del silencio. Al final de la calle había un «Buick» aparcado junto a una gasolinera. Al acercarse al coche apretó el paso. La gasolinera estaba vacía y la puerta cerrada con un candado. Stack subió al coche y pasó la mano por debajo de la alfombrilla de goma. Sus dedos tocaron dos llaves. Retirando la mano, se instaló frente al volante y arrancó, girando el coche en torno a la gasolinera y descendiendo por la calle principal. Había una tienda iluminada y, al aproximarse a ella, Stack detuvo el auto. Penetró en el local y divisó al fondo de la amplia y polvorienta estancia a un hombre gordo, con gruesas gafas y pelo blanco, que leía un periódico. El gordo dejó el diario a un lado y vio cómo Eddy se le aproximaba sin moverse de detrás del mostrador.

—¿Tiene camisas? —preguntó Stack amablemente.

—No de fantasía. Sólo camisas de trabajo y algunas blancas —repuso el gordo, resoplando.

—Quiero una blanca. Quince de cuello.

Aguardó pacientemente, con el abrigo abrochado, el cuello vuelto hacia arriba, mientras el tendero buscaba los artículos en un enorme cajón. Finalmente, volvió al mostrador con una camisa clavada con alfileres sobre un cartón, que entregó a su cliente.

—Dos dólares y medio.

Stack entregó el dinero y dejó otro dólar sobre el mostrador.

—Será mejor que me dé también una corbata —dijo—. ¿Tiene alguna marrón?

El gordo regresó un momento más tarde con una corbata color cereza fuerte.

—¿Es esto lo que desea? —preguntó.

—Efectivamente —replicó Stack—. Está muy bien —se desabrochó el abrigo y se quitó también la chaqueta marrón. Luego preguntó—: ¿Le molesta que me ponga aquí la camisa? No sabía que iba a pasar fuera toda la noche cuando salí de casa.

—Haga lo que guste. No hay nunca nadie por aquí.

Stack se quitó la camisa gris, que convirtió rápidamente en una bola. Se puso la camisa blanca y la corbata, y finalmente la chaqueta y el abrigo.

—Esta población ya no es lo que era —comentó en tono casual.

—No —concedió el gordo—, seguro que no.

—He de ir hasta Superior esta noche —explicó Stack—. ¿No hay por aquí algún sitio donde pudiera conseguir una botella para entretenerme por el camino?

—Seguramente, en la tienda de Martha —repuso el gordo.

—¿Dónde está?

—Tuerza a la izquierda en la esquina y la verá a media manzana —el gordo miró a Stack apreciativamente—. Tiene un bar pequeño y tal vez pueda venderle una botella. Detrás del bar tiene un burdel. Pero durante la semana no puede ofrecer una gran variedad... sólo ella misma. Claro está —añadió—, tiene a un par de chicas de Milwaukee, que la ayudan en los fines de semana. A veces, las que vienen no están mal.

—Conforme y gracias —agradeció Stack—. Tal vez consiga algo de cena.

Salió de la tienda y volvió al coche. Fue hacia la esquina, torció a la izquierda... y frenó delante de una casita baja y estrecha. El escaparate estaba pintado de negro, con un solo letrero: «Martha.» Sobre la entrada se veía el anuncio de una marca de cerveza. Al empujar la puerta, Stack se encontró en un local en penumbra, apenas iluminado por unas bombillas coloradas, que alumbraban la estancia por encima de un espejo muy viejo y empañado. Delante del mismo corría un mostrador que ocupaba toda la longitud de la sala. El bar permanecía desierto, mas al resonar la puerta, apareció una mujer de media edad, con cara de caballo, que avanzó hacia el mostrador, colocándose detrás de él. Stack vio entonces que la mujer llevaba unas gafas sin montura, y que el pelo, de color castaño oscuro, estaba casi aplastado sobre el cráneo.

—¿Qué desea? —preguntó ella.

—Beber. Un trago.

—¿Whisky de la casa?

Stack asintió.

—Con cerveza —pidió.

La mujer le sirvió una onza de whisky en un vaso.

—Gracias —Stack levantó el vaso y apoyó un codo sobre el mostrador—. ¿Tiene alguna chica? —indagó casualmente.

—No, hasta el sábado.

—¿Está usted sola?

Ella no contestó. Sacó una botella de cerveza de detrás de la barra, la abrió con destreza y la dejó junto al codo de Stack.

Este se incorporó súbitamente y fue hacia el fondo del local, abriendo una puerta lateral.

—¿Qué busca usted? —inquirió la mujer.

—Nada —repuso Stack.

Siguió paseándose, cruzó por una salita con muebles desvencijados y una radio que funcionaba a poco volumen. La salita estaba vacía, lo mismo que tres pequeños cubículos, que sólo contenían una cama de madera y una silla. Los dormitorios se abrían a un estrecho pasillo, que daba a un cuarto de baño. Cuando volvió al bar, éste seguía desierto. Martha se hallaba detrás del mostrador, con las manos a la espalda. Stack se le aproximó cautelosamente, con sus propias manos en los bolsillos del abrigo.

—Ponga las manos sobre la barra, Martha —pidió suavemente.

Lentamente, ella movió las manos, colocándolas con las palmas hacia abajo encima del mostrador.

—¿Qué es esto, un atraco? —preguntó, torciendo los labios nerviosamente.

—No, ningún atraco.

—No tengo dinero.

—Le aseguro que no me interesa el dinero —replicó él—. Coja el abrigo y el sombrero... ¡Aguarde, iré con usted!

La mujer estaba aterrada.

—¿Por qué?

—Iremos a dar un paseo en coche —fue la respuesta.

—¡Yo no le conozco! ¿Qué tiene contra mí?

Su voz sonaba cascada y se humedeció los labios con la lengua.

—No tengo nada contra usted —contestó Stack—. Ni le haré daño. Cállese, obedezca, y por la mañana estará otra vez aquí sin haberle ocurrido nada.

De pronto, los ojos de la mujer se avivaron en súbita comprensión.

—¡Es a usted a quien buscan! —exclamó—. No hace mucho lo oí por radio. ¡Usted se ha fugado de Waupun!

Stack la contempló en silencio unos instantes.

—De acuerdo —asintió fríamente—. Me andan buscando. Me escapé —sacó la pistola del bolsillo, que empuñó con fuerza—. No tengo tiempo para charlar. Coja el abrigo y el sombrero y larguémonos.

La siguió hacia la salita y esperó que la mujer se pusiera un abrigo de piel de cordero y se ajustase en la cabezaA un sombrero descolorido. Después, Martha apagó las luces del bar y cerró la puerta de la calle. Sin pronunciar una sola palabra, trepó al coche, y Stack se colocó a su lado. Era ya completamente de noche, por lo que encendió los faros, cuyos conos cortaron la calle al frente. Giró el coche y siguió por la calle principal hasta llegar a la carretera. Luego, torció hacia el este, vigilando atentamente el velocímetro hasta llegar a los setenta. No pasó de ahí.

—Va usted a matarme, ¿verdad? —preguntó la mujer al cabo de unos minutos.

—No, si no me obliga a ello. Sólo me la llevo como precaución —replicó él—. La poli busca a un hombre solo... e ignoran cómo voy vestido o si conduzco un Si nos detienen, usted es mi esposa y venimos de Utah. ¿Entendido?

—Sí, claro.

—Por la mañana la dejaré cerca de Sheboygan. Si esta noche podemos llegar allí todo irá bien. Desde allí podrá regresar a su casa —calló un momento y la miró con expresión hosca—. Los muchachos que me han ayudado a escapar están todos en libertad. Si empieza usted a charlar cuando la deje irse, irán a su encuentro una noche y... —la frase se perdió en una callada amenaza.

—No hablaré —prometió ella, con acento de sinceridad.

Se acercaban a un camino estrecho y oscurecido, que cruzaba la carretera, y Stack internó el coche en él, guiando unos cien metros en tinieblas, hasta que por fin paró el motor y apagó las luces.

—¿Qué pasa, por favor?

La mujer estaba alarmada, y Stack casi oyó el miedo que le atenazaba la garganta.

—Nada —repuso él, saliendo del coche y cogiendo las llaves—. Voy a cambiar las placas de matrícula.

Unos minutos después penetró de nuevo en el coche, que condujo a la carretera. Volvió a enfilar hacia el este.

Poco después de las once, tuvieron que detenerse ante un bloqueo de la carretera, pero cuando los policías se acercaron e iluminaron el interior del auto con las linternas, les dejaron seguir adelante sin interrogarles, y Stack continuó guiando a una marcha prudente y constante. Se pararon otra vez en una estación de gasolina, para

repostar, y Stack cogió a Martha por el brazo, dirigiéndose a un restaurante nocturno. Allí pidió café y bocadillos, y los dos estuvieron sentados ante el mostrador, comiendo en silencio. Después regresaron al coche, y Stack continuó el viaje.

Por la mañana llegaron a Sheboygan, y Stack abandonó a la mujer al borde del distrito residencial.

—Bien, ya puede largarse —le dijo—. Pero recuerde que no ha de abrir el pico.

Ella le miró, con alivio y gratitud en su expresión.

—No hablaré —volvió a prometer.

Martha no se apartó de la portezuela del coche, como vacilando.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Stack.

—No tengo dinero —tartamudeó ella—. No cogí el bolso y no sé cómo voy a regresar.

Stack se llevó una mano al bolsillo y sacó un billete de diez dólares de entre un pequeño fajo. Se lo tendió a Martha.

—Tómelo y guárdese el cambio.

—No. Es mucho —protestó ella débilmente.

—Tiene tiempo de llegar allí hasta la noche —rió él sin humor, y arrancó.

Aquella tarde, llegó a Milwaukee. Condujo el coche hasta la estación de ferrocarril, donde lo dejó en un aparcamiento. Adquirió un billete y dos horas más tarde estaba en Chicago.

En Chicago desapareció completamente.

En Nueva York, el teniente Feinberg llamó a Rafferty a su despacho.

—Hemos recibido una circular de Wisconsin —le notificó—. Eddy Stack se ha evadido de Waupun.

—¿Cuándo? —preguntó Rafferty.

—Hace dos días. Todavía no lo han atrapado.

—¿Se sabe hacia dónde fue?

—Todavía no, aunque creen que hacia el Este.

—¿Algo en que apoyarse?

—Creen que le han seguido el rastro hasta Chicago. Pero no están seguros. Si ha llegado a Chicago, probablemente vendrá a Nueva York.

—No necesariamente —refutó Rafferty—. Podría marcharse hacia el Sudoeste o a California. Chicago sería el mejor sitio para cualquier cambio de dirección.

—Sigo creyendo que vendrá al Este —se obstinó Feinberg—. Sabe que le aguardan en California. Además —añadió con firmeza—, su esposa vive aquí. Será mejor que la vigile; tal vez intente ponerse en contacto con ella.

—De acuerdo —asintió Rafferty—, la vigilaré.

—¿Vive aún en el mismo sitio?

—No sé. Lo último que supe de ella es que se hallaba muy cerca del club donde actuaba. Naturalmente, de esto hace ya mucho tiempo. Sin embargo, si está en la ciudad la encontraré.

Regresó a su despacho y se sentó tras el escritorio. Al cabo de unos minutos cogió el teléfono y marcó un número.

Le contestó una voz de tenor.

—Aquí, la pastelería de Jurgen.

—Cuando venga Luke, dile que ha llamado Arnie —respondió Rafferty.

—De acuerdo —asintió la voz de tenor.

Rafferty estuvo todo el día cerca del aparato telefónico, y a última hora de la tarde reconoció la voz de Luke en la línea.

—Ya sabe quién soy.

—Sí —repuso Rafferty—. Sé que mi amigo está en camino. ¿Cuándo le aguardas?

—No en unos días. Tal vez tres o cuatro. Le he arreglado un pasaporte y un pasaje para el Abaco, que zarpa el sábado.

—¿Cuándo has de verle?

—Dos horas antes de zarpar.

—¿Dónde?

—Convinimos en tres sitios diferentes. El se pondrá en contacto conmigo y me dirá en cuál poco antes de la hora señalada —Luke se aclaró la garganta—. Iba ya a llamarle a usted para comunicárselo, pero no me gusta hacerlo más que en el momento preciso. Es más seguro.

—¿A qué hora del sábado zarpa?

—¿El *Ábaco*? A las siete de la tarde. Nosotros nos encontraremos a las cinco. Nuestro amigo me llamará a las cuatro.

—De acuerdo —asintió Rafferty—. Tú también me llamarás a las cuatro. Y me dirás dónde es la cita. Cuando le veas, dale el pasaje y el pasaporte. Y tan pronto como se los hayas entregado, te esfumas... y yo hablaré con él.

—Entendido —afirmó Luke, colgando.

Los dos días siguientes fueron muy tranquilos para Rafferty. Había llevado sus planes a buen término, y la cosecha de los mismos daría sus frutos en su entrevista con Stack. En el momento en que éste iba a huir del país llevaría el dinero encima, de acuerdo con toda lógica; al verse detenido por un teniente de policía, entregaría el dinero, particularmente si el oficial le ofrecía la elección entre la huida o el regreso a Waupun para cumplir la cadena perpetua. Sin embargo, aparte la lógica de este razonamiento, Rafferty experimentaba una creciente inquietud.

Muchos oficiales de policía experimentados actúan por

presentimientos, siguiendo a su instinto. La mayoría no puede explicar claramente el vago impulso que les obliga a echar una segunda ojeada al hombre que anda tranquilamente por la calle, que luego resulta ser un individuo perseguido por estafa; o a fijarse en un coche parado junto a la acera, coche utilizado en un asesinato. £1 adiestramiento explica indudablemente este fenómeno en parte; y también la experiencia. Mas no lo explica por completo. Ni explica tampoco las oscuras serajes que intuía Rafferty.

Eddy Stack estaba escondido en algún lugar de la ciudad de Nueva York. Los periódicos no habían publicado la noticia de la evasión, porque, en primer lugar, Eddy Stack no era un personaje importante del mundo del crimen y, en segundo, Wisconsin, a muchos kilómetros de distancia, quedaba fuera de los intereses geográficos de Nueva York. Las autoridades de Wisconsin habían enviado retratos y circulares a las fuerzas policíacas de los otros cuarenta y siete Estados. En Nueva York, esta información se transmitió a los agentes de policía como un asunto de rutina. Esto aparte, no se había emprendido ninguna acción especial. Con la excepción, claro está, de destinar a Rafferty a la vigilancia de Rose Pauli.

La ambigüedad de la situación de Rose podía ser responsable de la preocupación que empezaba a anidar en el ánimo de Emmet Rafferty. Este no estaba angustiado por la joven, pues no creía que estuviese en peligro. Stack, naturalmente, estaba enterado de que Rose se hallaba en Nueva York porque, si la muchacha decía la verdad, su abogado habría presentado una demanda de divorcio contra el marido desde el Estado donde residía ella. Por otra parte, Stack ignoraba sus señas, y en la guía telefónica no figuraba aún el número de Rose. Con tiempo por delante, Stack podría averiguar los movimientos de Rose y hallarla finalmente en Park Avenue; pero Stack no tenía tiempo ni libertad de movimientos. Si llegaba a Nueva York, y ansiaba salir del país, Stack se ocultaría cuidadosamente hasta el momento de reunirse con Luke antes de subir a bordo.

Lo que más temía Rafferty era tener que revelarle a Rose su relación con la Policía. Cuando la conoció, tuvo necesariamente que ocultar tal relación; más adelante, había continuado la comedia porque a Rose, evidentemente, no le gustaban los policías. Y esta única mentira había dado como resultado la edificación de una falsa estructura que él se había visto obligado a construir para continuar sus relaciones con ella. A este respecto, al menos, Rafferty había llegado a un punto del que no podía retroceder.

Era una suerte, aunque no muy sorprendente, que Feinberg le hubiese asignado el caso cuando Stack se evadió. Rafferty había considerado esta posibilidad al trazar sus planes, porque era muy posible que si la Policía registraba escrupulosamente el apartamento

de Park Avenue, acabasen descubriendo sus relaciones con Rose. Sin embargo, Rafferty tenía una fe absoluta en la rutina departamental; le habían asignado originalmente el caso; se lo retiraron cuando quedó archivado; y volvieron a cedérselo cuando el caso estuvo de nuevo en el candelero. Este era el procedimiento regular, que jamás variaba. Por tanto, Rafferty sabía que corría muy poco riesgo de que le asignasen el caso a otro detective. Y su apreciación resultó correcta.

Rose ignoraba la situación de Stack. Rafferty no le había revelado sus planes. Si, por casualidad, ella descubría que su marido estaba en Sudamérica, Rafferty fingiría una sorpresa absoluta. Y daría a entender que su propia posesión del dinero de Stack se hallaba en cierto modo relacionado con su huida. Sin embargo, después de meditarlo todo detenidamente, Rafferty no podía dejar de sentir aquella extraña inquietud. Al principio la achacó a los nervios, a la tensión, a la espera de la llamada de Luke el sábado. Estaba ansioso por terminar el asunto cuanto antes, por tener el dinero en sus manos, y por tener a Stack fuera del país.

Había llamado a Luke el lunes; el lunes volvió a telefonear a la pastelería y dejó el mensaje acostumbrado, mas por desgracia, cuando llamó Luke él no estaba en su despacho.

Tampoco supo nada de Luke el jueves. Dominó su impulso de llamarle, de dejarle a Jurgen un mensaje urgente; era demasiado arriesgado e innecesario. Si algo fallaba, Luke se pondría en contacto con él. Lo único necesario era esperar al sábado. Stack no podía subir al buque hasta que Luke le hubiese entregado los papeles. Tan pronto como el fugitivo estuviese en contacto con Luke, él lo sabría.

Durante todo el día, la angustia siguió atormentándole, sin dejarle en paz. El jueves por la noche tenía planeado ver a Rose. Irían a cenar y luego a un espectáculo. A las cuatro de la tarde quedó libre, pero se quedó en la comisaría hasta las seis, revisando informes, guardando papeles y matando el tiempo. Cuando sonaba el teléfono, lo cogía ávidamente esperando oír la voz de Luke... y cada vez lo colgaba desanimado. A las seis se enfundó el abrigo, coléricamente. Su aprensión aumentó al salir del edificio, y empezó a escrutar los rostros de los transeúntes. Anduvo lentamente hacia la boca del Metro, que cogió hasta Times Square. Dentro del tren, enlatado entre los demás pasajeros, un sexto sentido le obligó a apretar silenciosos botones de alarma en su cerebro. Levantó la vista casualmente, contemplando ostensiblemente los anuncios del vagón, mientras examinaba a sus compañeros de viaje más próximos, buscando las facciones de Eddy Stack, que había grabado en la memoria por los retratos y descripciones recibidas de Waupun. No logró descubrirlas.

«Estoy que salto —se dijo—. Stack no me conoce, ni tiene la menor noción de mi existencia. ¿Por qué diablos tendría que

seguirme?»

Salió del tren en Times Square y subió las escaleras mecánicas hasta Broadway. Desde allí cogió un taxi hasta el apartamento de Rose.

Ella salió a recibirle a la puerta, que abrió antes de que él utilizase la llave. Estaba muy alegre, y se arrojó en sus brazos, besándole cuidadosamente en la mejilla para no estropearse el maquillaje.

—Me alegro de que llegues puntual —exclamó—. ¡Me muero de hambre!

—¿Dónde quieres cenar?

—¡Oh! Donde sirvan mucha comida. ¡Esta noche comería toneladas de todo! —le entregó su abrigo, que él sostuvo en tanto Rose se lo ponía. Luego, le examinó el semblante—. ¿Por qué estás tan malhumorado?

—No lo sé. Cansado, tal vez...

De repente se sintió *cansado*. Tenía el cuerpo en plena tensión.

—¡No me digas que deseas quedarte en casa! —Rose retrocedió, contemplándole con frialdad.

—No —Rafferty se encogió de hombros—. Probablemente necesito un trago. ¿Qué te parece «Luchow»?

—De acuerdo —aceptó ella, aunque sin suavizar su rostro—. Me gustaría cenar pato asado y coles.

Cuidadosamente, se puso el extravagante abrigo.

Se acomodaron en una de las enormes salas del famoso restaurante. La pequeña orquesta de cuerda interpretaba valses vieneses bajo el murmullo de los numerosos comensales. El descontento planeaba opresivamente sobre la mesa. Aunque Rafferty pidió unos aperitivos, la bebida no le relajó, por lo que Rose continuó como aislada y silenciosa. Al final, él pidió la cena, y la comida le sentó como papel en su boca.

—Algo te preocupa —dijo ella finalmente—. Estás de peor humor que antes—. ¿Qué te pasa?

Rafferty contempló en torno suyo el océano de rostros desconocidos. Dejó el tenedor en el plato y se limpió las manos con la servilleta.

—Tengo un montón de ideas en la cabeza —replicó.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, en primer lugar, la pasta.

Las palabras se escaparon de entre sus labios, liberados por la emoción. El suave rostro de la joven le vigilaba impasiblemente, y él luchó contra el impulso de contárselo todo, obligándola con ello a compartir la responsabilidad de sus angustias. El deseo de hablar de

aquel dinero era irresistible, por lo que esquivó prudentemente el tema.

—Creo que seguramente lo conseguiré todo —dijo.

Las pupilas de Rose se avivaron y el interés iluminó su semblante.

—¿De veras? ¿De veras, Emmet, crees que lo encontrarás?

—Lo sabré dentro de un par de días.

—¿Cómo?

—Por ahora no puedo decírtelo. Aguarda a que esté seguro.

—¡Oh...! —ella le contempló unos instantes en silencio—. ¿Ha sido muy difícil?

—He tenido que moverme mucho, y aún no estoy seguro... —llamó al camarero—. Otra copa —pidió— de lo mismo —se volvió hacia Rose—. Creo que necesito mucho más beber que comer. No tengo apetito.

—Bien, también yo tomaré otra copa —asintió ella excitada—. ¡Oh, Emmet, será maravilloso!

—Seguro —dijo Rafferty, levantando su copa—. Todo será maravilloso.

Ya no estaba nervioso.

Era la una de la madrugada cuando dejó a Rose en su apartamento. Park Avenue estaba sosegada, casi desierta; los hoteles y los edificios de apartamentos estaban a oscuras, salvo alguna ventana iluminada, que parecía arrojar un confeti dorado a la acera.

Pasaban muy pocos taxis, y Rafferty fue hacia la esquina, dejando la avenida y cruzando hacia la estación de Metro más cercana. Fuera del Park, las calles que cruzaban la avenida estaban a oscuras y eran estrechas, y los faroles callejeros apenas servían para alejar las tinieblas a su alrededor, dejando el resto de la calle sumido en las sombras.

Rafferty andaba con rapidez, y sus pisadas resonaban fuertemente sobre la acera. Inesperadamente, se dio cuenta de que sus pulmones jadeaban en demanda de aire, cuando apretó el paso y tensó los músculos del cuello... avanzando la cabeza y tendiendo el oído para captar el sonido de las pisadas que le seguían. Bruscamente se detuvo y permaneció inmóvil mientras hurgaba en un bolsillo en busca de un cigarrillo. Lo encendió, aspiró cuidadosamente el humo hacia sus pulmones, los ojos y los oídos alerta. Pero la calle a su espalda estaba desierta y no oyó el menor ruido, aparte de los de algunos autos que circulaban por la Park Avenue, detrás suyo. Calmosamente puso sus piernas en movimiento y anduvo tranquilamente hacia la esquina, torciendo a la izquierda y, una vez fuera de vista, corrió a esconderse entre las sombras de un portal. Pisó el cigarrillo y aguardó pacientemente, con los ojos clavados en la esquina que acababa de doblar. Transcurrieron cinco, diez, quince minutos; nadie dobló la

esquina, excepto un grupo de trasnochadores, camino de sus respectivos hogares de Park Avenue.

Finalmente, salió de nuevo de la seguridad de las sombras del portal y se dirigió serenamente, aunque mirando hacia atrás de cuando en cuando, a la boca del Metro.

10

El viernes por la mañana Rafferty se levantó temprano después de una noche de insomnio, con los ojos enrojecidos y fatigados, y experimentando la sensación de profundo agotamiento. Entró en la cocina, en batín, y halló a Katherine que preparaba el desayuno de Mary y Maureen. Se sentó a la mesa para tomar una taza de café. Sus hijas le recibieron muy entusiasmadas.

—Hola, papaíto —exclamó Maureen, con el uniforme del colegio y la cara muy lavada y limpia—. ¿Sabes una cosa?

Rafferty le sonrió cariñosamente.

—No, muñeca. ¿Qué?

—He decidido tomar lecciones de música.

—Estupendo. ¿Te gusta la música?

—Me encanta —se extasió Maureen—. Además, cuando una es una buena concertista, gana mucho dinero...

—Le he dicho que puede tomar una lección por semana para ver qué tal se porta —explicó Katherine—. Las primeras lecciones para principiantes no cuestan mucho...

—¡Yo también quiero aprender música! —gritó Mary.

Empezó a saltar torpemente por la cocina.

—Siéntate, Mary, y toma el desayuno —le ordenó su madre—. Te prometí que empezarías al llegar a la edad de Maureen.

—Oh, piénsalo, papaíto... —exclamó Maureen soñadoramente—. Algún día... si voy de gira... podré ver Boston, Chicago, Los Angeles... tal vez, San Francisco. Con todos los gastos pagados y además cobrando un buen sueldo... un sueldo fabuloso. Si llego a ser famosa —miró a su padre gravemente—, incluso necesitaré un guardaespaldas... y tú tendrás que venir conmigo.

—Esta es mi chica —rió Rafferty.

Se tomó el café a sorbos grandes y continuos.

—Claro que necesitaré un piano nuevo —siguió Maureen, con la cabeza ladeada para reflexionar mejor.

—¡Oh, sí! —se alborozó Mary, acogiendo el plan con renovado entusiasmo—. ¡Uno nuevo de buena marca!

—El viejo todavía servirá una buena temporada para practicar —decidió Katherine—. ¡Y dejad ya de molestar a vuestro padre! —para cambiar de tema se volvió hacia Emmet—. Anoche debiste venir muy tarde. No te oí entrar.

—Hacia las dos —replicó él. Miró a su esposa y leyó la preocupación en sus ojos, cosa que, ilógicamente, le irritó. Echó su silla hacia atrás—. Me largo al centro —explicó.

Fue lentamente hacia el dormitorio. Después de ducharse se sintió mejor y, en tanto se frotaba enérgicamente con la toalla, comenzó a canturrear sin llevar el tono. Eligió un traje de mezclilla del armario, el mejor. Aquel traje, como todos los demás, le permitía llevar sus revólveres. Tras abrocharse la camisa limpia y anudarse la corbata de rayas amarillas y azules, se enfundó una automática especial en el bolsillo de la cadera y se ajustó la pistolera bajo el hombro izquierdo. En la funda llevaba un «Colt 38».

Disimulados bajo la chaqueta de doble peto, sólo un atento examen habría revelado el leve bulto de los revólveres. Se había ataviado cuidadosamente sin saber por qué.

El turno de ocho horas transcurrió lenta, cansinamente. El día no fue ni mejor ni peor que otros mil de su servicio. Los suicidios, los intentos de suicidio, los crímenes y asesinatos no variaron de la miríada de casos precedentes ni de los que seguirían inevitablemente. El depósito, las habitaciones traseras llenas de gas y los cuchillos de Harlem eran el repertorio habitual de Rafferty. Lo aceptaba todo como una parte de su profesión, con el mismo gusto o disgusto que los dos instrumentos de su trabajo que siempre llevaba bajo el hombro y sobre la cadera. Tras su escritorio, efectuó innumerables llamadas telefónicas y aguardó la constante afluencia de información procedente de toda la red policial: nombres que encajaban en rostros muertos, direcciones para localizar a testigos; motivos que explicasen las muertes súbitas.

Pero sólo deseaba escuchar una llamada, la llamada que aguardaba ansiosamente y sin embargo no se producía.

Rafferty razonó el silencio de Luke. Podía explicárselo perfectamente: Luke le había prometido llamarle el sábado y sólo era viernes. ¿Por qué tenía Luke que llamarle en viernes? Era algo peligroso para ambos. Cierto que Luke no había llamado el miércoles. Esto también tenía explicación. Luke actuaba astutamente, manteniéndose tranquilo, lejos de la pastelería de enlace.

Sí, todo tenía una explicación muy plausible. Rafferty, no obstante, no se hallaba totalmente satisfecho con las respuestas que se daba a sí mismo.

A las cuatro abandonó el despacho. Se detuvo en los peldaños de la boca del Metro para abrocharse el abrigo. Por su lado pasaban agentes de paisano y de uniforme, que también habían terminado su turno de servicio. Junto a las aceras había coches de patrulla, mientras los conductores y mecánicos examinaban los motores. Los hombres daban vueltas en torno a los coches, dando puntapiés a los neumáticos, y estudiando los arañazos y mellas. Sus conversaciones llegaron a oídos de Rafferty a retazos.

—Jesús, Jack…, ¿qué le ves a este guardabarros?

—¿Qué tal funciona el calentador?

—Él neumático izquierdo de delante reventará pronto...

También escuchaba las respuestas... unas explicativas, otras discutidoras.

—Ese maldito guardabarros ya estaba así cuando cogí el coche esta mañana.

—Creo que atornillaré un poco más el calentador. Por el momento, mi cigarrillo da más calor.

—Sí, será mejor que tenga cuidado con ese neumático...

Rafferty lo oía todo sin escucharlo; veía a sus compañeros sin verlos. Los rostros y las voces excesivamente familiares para él pasaban por delante de su semblante sin actuar sobre sus sentidos. Estaba siguiendo el rastro de una leve idea en un lugar muy hondo de su cerebro, buscando interiormente una señal reconocible para su instinto de cazador. Sacudiendo la cabeza, embutió ambas manos en los bolsillos del abrigo, y anduvo lentamente calle abajo. El crepúsculo, muy temprano en invierno, borraba los detalles de las calles. Habían ya encendido los letreros, y los anuncios de neón brillaban sobre las aceras, lanzando sus multicolores mensajes a la noche. Rafferty caminaba lentamente, pensando, intuyendo... formando con sus sentidos una red protectora a su alrededor, red que arrojaba al vacío a cada paso para volver a recogerla. Mas en la red no pescaba nada.

Penetró con decisión en un pequeño bar y se dirigió extremo del mostrador. Estaba solo lleno en parte con los clientes a lo largo de la barra de caoba, bebiendo plácidamente, aguardando estólidamente que sonase la hora de cenar, de coger el tren o el autobús para ir a casa. Charlaban, en grupos de dos o tres, de asuntos que ya habían discutido antes, de momentos de la vida sólo interesantes para ellos.

—A esto lo llaman una gripe de veinticuatro horas. Una amiga mía conocía a un chico que falleció por culpa de esa gripe te ataca y, hala, en veinticuatro horas estás curado o la has diñado.

Y también:

—Son los camiones los que fastidian el tráfico. Hasta el punto de que será imposible circular con un turismo. Y si no, que impidan ir por las calles a los camiones y veremos qué ocurre.

O bien:

—Estaba ya camino de casa cuando me paró aquella furcia. Una dama de buen aspecto, o, sí, y llevaba la maleta. Quería saber dónde podía...

Rafferty permanecía al final del mostrador con el vaso en la mano. La barra formaba una suave curva hasta encajar en la pared, y él tenía el hombro apoyado en el enyesado, con el sombrero hacia la

nuca. No era un gran bebedor, y el gusto del alcohol le producía muy poco placer, pero siguió bebiendo constante, continuamente, como lo hacía todo, y cuando vació el vaso lo empujó hacia el camarero para que volviese a llenarlo. Se hallaba contra la pared, apartado de los demás clientes, envuelto en un silencio personal, roto solamente por el rumor de su vaso al resbalar sobre el mostrador. El licor, sin embargo, no le emborrachó, por lo que no se sintió relajado. En una ocasión, un hombre de edad y encorvado, de color, le tocó gentilmente en el brazo, ofreciéndose para comprarle un bocadillo en la charcutería de la esquina. Rafferty sacudió silenciosamente la cabeza, y el hombre de color fue hacia el cliente más próximo para tocarle también en el brazo.

Cuando Rafferty consultó su reloj, vio que eran las nueve. Sin el menor esfuerzo, y sin previo aviso, su mente le envió una señal. Dejó quedamente el vaso sobre el mostrador y fue directamente hacia la puerta. Fuera, llamó a un taxi y le dio al chófer la dirección de Rose Pauli.

Se detuvo bajo el umbral del apartamento, cuya puerta se abrió hacia la pared interior, con la llave aún en la cerradura, escudriñando el pequeño recibidor y la salita, bañada con luz rojiza. Rose se hallaba sentada en el diván a rayas negras y blancas, de espaldas a él. Mas tan pronto como se abrió la puerta, volvió levemente la cabeza y preguntó:

—¿Eres tú, Emmet?

—Sí —contestó él—, soy yo.

Estuvo inmóvil otro momento antes de entrar. Después, de manera casi distraída, quitó la llave de la cerradura y cerró la puerta. Dejó el sombrero sobre una silla y empezó a quitarse el abrigo. Con los brazos a la espalda, las mangas de la prenda cubriéndole las manos, estuvo indefenso cuando Eddy Stack surgió de un ángulo del salón con una pesada «45» en la mano.

—Te esperaba —dijo calmosamente Rafferty.

—De acuerdo —dijo Stack—, sigue hablando —escrutó atentamente a Rafferty hasta que terminó de quitarse el abrigo—. Manos arriba y contra la pared —ordenó entonces.

Rafferty obedeció, moviéndose lentamente. Stack se le acercó por un lado, deslizó la mano sobre la chaqueta del otro y por fin le quitó el revólver de la sobaquera. Se metió el «38» en su propio bolsillo.

—Rose y yo estábamos sosteniendo una pequeña conversación. Ven a ayudarnos.

Indicó una butaca con la pistola.

Rafferty pasó al saloncito, con las manos a la altura de los hombros. Estaba ya tranquilo, sin la menor tensión y desvanecido su nerviosismo. Stack no era una sombra intangible, un peligro que

jugase con las cuerdas de sus nervios; era ya un hombre de carne y hueso, respirando como un ser vivo, y esto alegraba a Rafferty.

—Siéntate en el sofá. Será mejor que estés junto a Rose, donde yo pueda vigilar.

Stack atrajo con el pie una butaca, colocándola frente al sofá. La luz roja de la habitación ponía un tono violeta en las manos de Stack, al reflejarse en el cañón del revólver. El fugitivo mantenía su rostro inexpresivo, limitándose a vigilar cualquier movimiento, por leve que fuese. En una comisura de su boca pulsó un nervio, y, finalmente, habló:

—¡Jesús! ¡Vaya pareja!

—Eddy… —musitó Rose.

—¡Cállate! —gritó Stack—. Una bonita pareja… La zorra de mi esposa engañándome con un maldito polizonte…

—Mira, Eddy —rezongó Rafferty—, maldito o no, te atraparé.

—Todavía no me has atrapado —bajo la roja luz del salón, los ojos de Stack relucían con tinte carmesí—. Tú y yo somos compañeros, Rafferty —miró a Rose—. ¡Qué diablo! ¿No somos como cuñados?

—Yo no sabía nada, Eddy. ¡Te lo juro! ¡No sabía que fuese policía! —gimió Rose.

—¿Puedo fumar? —inquirió Rafferty con indiferencia.

—Toma éstos —Stack dejó un paquete sobre la mesita—, pero mantén las manos donde pueda verlas.

—Seguro —asintió Rafferty. Se metió un cigarrillo en la boca y lo encendió cuidadosamente. Luego, pasó las manos sobre las rodillas—. ¿Está bien así?

—De modo, maldito canalla, que vas a darme un pasaporte para salir del país, y otro para Rose.

—¿Te llevas a Rose contigo?

—Sí.

—No sé dónde podré conseguir un pasaporte.

—En el mismo sitio donde Luke iba a conseguir el mío.

Rafferty levantó la cabeza, alerta.

—¿Iba? —preguntó, subrayando el pasado—. ¿Qué le ha pasado a Luke?

Stack escupió en el suelo, restregando la alfombra con el pie.

—¡Ese condenado hijo de…!

—Has dicho que Luke iba a conseguirte un pasaporte. ¿Por qué no le has visto?

La mano de Stack asió la pistola con firmeza en dirección a Rafferty, pero su voz tembló un poco al responder:

—Mira, Rafferty, he visto a Luke. Y he charlado con él. Me volvió loco…

—Entiendo —le atajó Rafferty—. Te calentó los cascos y lo

liquidaste antes de que pudiese darte el pasaporte.

Echó la cabeza hacia atrás y rió a carcajadas.

Stack se inclinó hacia la mesita, torciendo los labios en una hosca sonrisa.

—Sí, pero obtuve algo a cambio... Me firmó una declaración respecto al plan de mi fuga.

Rafferty dejó de reír.

Rose miró a Stack, con expresión asustada e intrigada.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Stack sostuvo firmemente la mirada contra Rafferty, pero habló directamente con Rose. No había, pues, nadie más en la casa. Sólo Stack y la mujer con la que se había casado y a la que ya no conocía en absoluto; estaban juntos y solos con sus recuerdos, y la memoria de él en su galería de la cárcel.

—No soy tonto —empezó a decir—. Tal vez tampoco sea inteligente, pero no soy tonto. Uno está allí dentro y dejas de ser un hombre. Ya no eres Eddy Stack, sino un número. Y poco después, acabas pensando del mismo modo. Ves caras que no pertenecen a nadie que tenga un nombre; sólo pertenecen a números. De lo único que uno está seguro es de que estás allí, y el juez te ha sentenciado, y tal vez un día saldrás... o no. Y entonces ocurre algo muy extraño: los días no tienen ninguna diferencia, dejando de ser días, semanas o meses. Sólo importan las noches, porque entonces uno puede soñar en todo lo que ocurrió antes de enchiquerarte. Y esas cosas se tornan reales.

Hizo una pausa, rememorando, dejando que los recuerdos inundasen su mente.

—¿Te acuerdas del día en que estuvimos en Laguna? ¿Recuerdas cómo saltamos del coche y anduvimos por la playa, hacia las rocas, hacia aquel sitio donde no había nadie? Nos desnudamos y nos bañamos en cueros, sin nadie que nos viese. Y nos tumbamos sobre la arena hasta que anocheció. Luego, nos vestimos y regresamos a Los Angeles.

—No —negó Rose, sacudiendo dolorosamente la cabeza—, no me acuerdo.

—Yo sí, yo sí —afirmó Stack—. Y todas las noches soñaba con aquel día. A veces, cuando no podía más, me echaba encima de una de las bellas reinas del patio o de algún chaval de la alquería —miró a Rose, aguardando su respuesta, y al ver que ella callaba, continuó—: Poco después, uno se acostumbra a este estado de cosas —se encogió de hombros. Hizo una breve pausa—. Luego, un día me dijeron que habías planteado una demanda de divorcio. Y lo sentí por ti, aunque sin comprenderlo. Tenías a otro hombre. Todas las chicas hacen lo

mismo. Pero —contrajo el rostro, retrepándose en la silla, y concentró su mirada en Rafferty—, ¡maldita sea! ¡Las otras chicas no se casan con un policía piojoso!

—Fue cuestión de tiempo —dijo Rafferty distraídamente—. El tiempo...

—Sí —masculló Stack—. Primero; mi esposa me abandona. Después, dos meses más tarde, me entero de que un tipo del que jamás oí hablar está dispuesto a proteger mi evasión. Un tipo llamado Luke —curvó la boca desdeñosamente—. Naturalmente, no estoy en situación de despreciar tal regalo, pero sigo preguntándome por qué ese individuo ha de ayudarme a salir del encierro. Yo no soy un gran personaje; en Waupun hay otros mucho más importantes que yo. Tal vez yo tenga algo que desea alguien. Alguien quiso a mi esposa... y ella me dejó. Tal vez también ese alguien desee cierta pasta que yo escondí antes de ser arrestado —miró lentamente a Rafferty—. Seguramente, se trata del mismo tipo, ¿verdad? El mismo que quiere ambas cosas: la mujer y la pasta.

—No eres muy listo —repuso Rafferty con indiferencia—. Eres tonto... muy tonto. De no haberte querido pasar de listo, mañana por la noche habrías estado fuera del país. A salvo. En cambio, ahora tendrás que acabar de cumplir tu condena, aunque, como es natural, ya no trabajarás en la granja.

—Oh, no, nada de eso —objetó Stack—. Mañana por la noche zarparé en el Abaco, y Rose vendrá conmigo —alargó rápidamente la mano a través de la mesita y golpeó los labios de Rose—. ¿No es cierto, querida?

La joven se llevó el dorso de la mano a los doloridos labios.

—¿Qué te hace suponer tal cosa? —inquirió Rafferty.

—Tenía que ver a Luke mañana para recoger el pasaje y el pasaporte. El lo tenía todo arreglado. Pero yo llegué a Nueva York antes de lo que pensaba Luke. ¡Y con muy buenos motivos! Quería tener la oportunidad de charlar con Luke y hacerle unas preguntas relativas a mi evasión. Al llegar aquí no me resultó difícil localizar a Luke. También yo tengo algunas conexiones —añadió casi con orgullo —. Y sostuvimos una charla... Luke y yo a solas. Tras cierta persuasión, acabó por escribir todo lo que sabía de ti, Rafferty. Y después cometió un error: quiso sacar la pistola y yo tuve que defenderme. Luego, no encontré los documentos míos ni encima de su persona ni en su habitación.

—Naturalmente —rió Rafferty—, se los iban a entregar mañana mismo.

Se inclinó hacia adelante, muy relajado, presionando con el peso del cuerpo el revólver de cañón corto que llevaba en el abierto bolsillo de la cadera. Cautelosamente, su mano jugueteó con el faldón de la

prenda, apartándolo del bolsillo.

—Pero tú me los conseguirás —continuó Stack—. De lo contrario, cuando me atrapen contaré todo lo que sé. Tengo el papel firmado por Luke para poder probarlo.

—Enseña ese papel y te juzgarán por asesinato. Y en Nueva York es la silla eléctrica, Stack.

—Si no encuentran a Luke no me procesarán —replicó el fugitivo hoscamente—. Y no sé por qué, pero creo que jamás lo encontrarán.

Rafferty movió las caderas, con el objeto de subir el revólver un poco más en el bolsillo. Se volvió ligeramente, arrojando el peso de su cuerpo a la izquierda, y dejando libre la mano derecha sobre el brazo del sofá. La chaqueta se había subido un poco por detrás.

—¿Cuáles son tus planes para ese papel, Eddy?

—No lo sé exactamente —repuso el otro mirando a Rafferty deliberadamente—. Cuando Rose y yo estemos en el barco, tal vez te lo enviaré por correo. Siempre he pensado que es estupendo gozar de influencias, y algún día podemos Rose y yo regresar para hacerte una visita. Si el papel está todavía en mi poder, tú te portarás con nosotros muy bien, estoy seguro.

—Seguro, Eddy —convino Rafferty—. Siempre me alegraré de verte, ya lo sabes.

Se inclinó hacia delante y palpó la culata del revólver que sobresalía de su bolsillo. Deliberadamente, aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero de la mesita.

—Supongo que después de ver a Luke —continuó tranquilamente —, me esperaste frente a la comisaría y me seguiste hasta el apartamento de Rose, ¿verdad?

Apartó lentamente la mirada de Stack para fijarla en Rose. Los ojos del otro, de manera automática, siguieron la dirección de la mirada de Rafferty, concentrándose también en la joven.

—Sí —confesó.

Con un movimiento rapidísimo, explosivo, la mano de Rafferty pasó a su cadera y con la pierna, de modo simultáneo, volcó la mesita contra las rodillas de Stack. Luego, el policía, a velocidad supersónica, se dejó caer del lado izquierdo, sobre el sofá, en tanto el revólver ladraba en su mano derecha. La bala hizo impacto en el hombro de Stack, arrojándole contra el respaldo de su silla, que cayó al suelo. En aquel instante, se disparó el revólver que empuñaba el fugitivo, y el proyectil se incrustó en la pared, por encima del sofá. Rafferty, incorporándose violentamente, le pegó un puntapié al revólver de su contrincante, y lo envió rodando por el suelo, hasta chocar con la otra pared. Durante una fracción de segundo se encontraron los ojos de Rafferty y Stack, y éste abrió la boca para gritar.

Rafferty permaneció de pie, con las piernas separadas, y disparó

una sola vez a la cabeza de Stack.

Lentamente, se arrodilló junto al cuerpo y le registró la ropa, cuidadosa y deliberadamente. Halló veintidós dólares en un bolsillo, y el papel firmado por Luke. Tras dejar el dinero donde lo había hallado, fue hacia la chimenea, encendió una cerilla cuya llama aplicó al papel, sosteniéndolo con la mano y agitándolo suavemente, hasta consumirse por completo. Con la punta del zapato trituró los restos chamuscados.

Encontró el revólver del difunto al otro lado de la estancia. Lo recogió, sirviéndose de un pañuelo, fue hacia el cadáver y lo dejó caer junto a la mano inerte.

En el descansillo de la escalera se oían ya varias voces excitadas. Tranquilamente, fue a la puerta, abrió y enseñó sus credenciales, junto con la placa dorada y plateada, a las personas que habían acudido al pasillo.

—Por favor, vuelvan a sus apartamentos —ordenó con tono lleno de autoridad—. Ha habido un accidente. No tienen por qué alarmarse… ni hay nada que ver.

Retrocedió y cerró la puerta. Volvió una vez más al saloncito, donde cogió el teléfono y llamó al Departamento. Al finalizar la llamada, se sirvió un vaso de whisky y se lo llevó a Rose.

La joven seguía sentada en el sofá, inclinada hacia delante, con la cabeza enterrada en su falda y los brazos colgando flojamente a los costados. Tenía las palmas de las manos muy abiertas, y los dedos gentilmente curvados. También ella daba la impresión de estar muerta, y por un instante, Rafferty se preguntó si la bala de Stack la habría alcanzado. Luego, le pasó suavemente los brazos bajo los hombros y la ayudó a incorporarse. Levantándole la barbilla, forzó el whisky hacia su garganta.

—Oye, Rose —le dijo con angustia—. ¡Escúchame, por favor!

Los ojos de la muchacha continuaron desprovistos de vida, como dos círculos negros que no sentían, no veían.

—¡De prisa! —exclamó él—. ¡Despierta! No tenemos mucho tiempo —asiéndola por el cabello, lo hizo girar hasta formar un moño, que apretó y el dolor de tal acción apareció por fin en las pupilas de Rose—. ¿Me oyes? ¿Oyes lo que te digo?

A la luz de la estancia, el cabello de la joven tenía el color de las fresas, y cuando él lo soltó, le cayó sobre los hombros, protegiéndolos como un chal. Rose arqueó el cuello, ladeando la cabeza, en un gesto infantil, y su rostro pareció la perfecta expresión del vacío total. El efecto fue una enfermiza parodia de la muñeca rota. Ansiosamente, Rafferty volvió a cogerle la cara, colocando un pulgar en cada sien, cerrando los dedos sobre su cabeza y ejerciendo toda la fuerza de sus poderosos brazos. El dolor penetró hasta el cerebro de la joven,

haciéndola enfrentarse con la penosa realidad, y ella levantó las manos, para arañar las muñecas de Rafferty.

—¿Me oyes? —insistió él—. ¿Me oyes?

—Sí —susurró ella.

—Dentro de unos momentos llegarán los de la Brigada, junto con el forense, y tendré que dar mi informe. Recuerda esto: ¡tú no sabes nada de nada! ¿Lo entiendes? ¡No sabes nada de nada! ¡Nada en absoluto!

—No sé nada de nada... nada en absoluto —repitió la joven, imitando vagamente el tono de Rafferty.

—Exacto. Estabas en casa. Oíste llamar a la puerta. Abriste. Entró él. Yo le seguí. Hubo un tiroteo. Y nada más. ¿Lo has entendido?

Ella asintió calladamente.

—Repite lo que he dicho —ordenó él.

Sumisa, pasivamente, la muchacha repitió sus palabras.

—De acuerdo —asintió Rafferty—. Ahora tienes que recordar otra cosa. El momento en que te vi por primera vez en el club. Si te lo preguntan, fue entonces cuando nos conocimos.

—Sí, te conocí en el club —repitió ella.

—¡Muy bien! Ya no habías vuelto a verme... hasta esta noche. ¿Entendido?

—Sí.

No podía hacer nada más. Rafferty cruzó la habitación y se sirvió un vaso de whisky.

11

Del boletín general, Departamento de Policía, ciudad de Nueva York, del Estado de Nueva York.

> Citación:
> Orden general, n.° 64.
> *Departamental.*
>
> RECONOCIMIENTO, MÉRITO EXCEPCIONAL.
> *El detective Emmet Rafferty, en calidad de teniente de Homicidios, Manhattan East, Shield n.° 3159, hacia las 9,30 de la tarde del viernes pasado, persiguió en cumplimiento de su deber, e intercambió disparos contra un tal Edward A. Stack, peligroso criminal suelto, reclamado para el cumplimiento de una cadena perpetua por asesinato en el Estado de Wisconsin. El fugitivo, Edward A. Stack, murió durante el acto de su captura.*

De la página 6, un artículo publicado por el *Register*, de Nueva York, sábado, 19 de febrero. (NOTA ED. *The Register* es el periódico más conservador de la ciudad):

> CONVICTO FUGADO, MUERTO CUANDO SE RESISTÍA A SU CAPTURA.
> *Edward A. (Eddy) Stack, antiguo atracador y pistolero fue muerto anoche en la ciudad de Nueva York por el teniente Emmet Rafferty, de la Brigada de Homicidios de Manhattan Este.*
> *Stack, que una semana atrás se fugó de la cárcel donde estaba cumpliendo cadena perpetua, estaba reclamado por las autoridades de Wisconsin. La Policía había sido alertada y estaban esperándole cuando el delincuente intentó visitar a su esposa en su apartamento.*

De la página 2, el artículo publicado por el *Bulletin de Nueva York*, sábado, 19 feb.:

> DESESPERADO EN LUCHA CON UN POLICÍA. LA ESPOSA ASISTE A SU MUERTE.
> *Edward A. (Eddy) Stack, pistolero y asesino de la Costa Occidental, que la semana pasada se fugó de Waupun, Wisconsin, donde cumplía cadena perpetua por atraco a un Banco con homicidio, intentó abrirse paso a tiros desde el*

apartamento de su esposa anoche, donde había sido atrapado por el teniente Emmet Rafferty, de la Brigada de Homicidios de Manhattan Este. Stack murió a consecuencia del tiroteo.

La Policía se hallaba ya alertada por las autoridades de Wisconsin respecto a la fuga de Stack, y mantenían estrechamente vigilado el apartamento de su esposa, Rose Pauli Stack, bella artista y antigua aspirante de Hollywood. La señora Stack contó a las autoridades que había presentado la demanda de divorcio contra su esposo, y no estaba al corriente de su fuga.

Según la señora Stack, se hallaba anoche en su casa, cuando oyó una llamada a la puerta. Al abrir, su marido entró violentamente, amenazándola. Casi de inmediato fue seguido por el teniente Rafferty que estaba vigilando la casa. Stack volvió su revólver contra el teniente, quien al momento disparó contra su atacante. Fue la segunda bala del teniente quien quitó la vida al pistolero.

La versión de la señora Stack fue apoyada plenamente por el teniente Rafferty, y la joven viuda fue dejada en libertad anoche, tras ser interrogada por la Policía.

Del memorándum interdepartamental. Teniente Feinberg al teniente Rafferty, 20 feb.:

TEMA: CAPTURA EDWARD A. STACK.

Tal vez no lo sepa, pero Wisconsin ofreció una recompensa de 250 $ por la captura de Stack. Según las últimas noticias llegadas por teletipo, Wisconsin se muestra dispuesto a pagar. Sinceramente,

Felicitaciones.

Del memorándum interdepartamental. Teniente Rafferty al teniente Feinberg, 20 feb.:

Ignoraba lo referente a la recompensa. No la quiero. Si Wisconsin la paga, cédala al Fondo Benéfico.

Del memorándum interdepartamental. Capitán Walter Pravata al teniente Emmet Rafferty, 21 feb.:

TEMA: CONTRIBUCIÓN A P. O. B. F.

Teniente Feinberg me informa que usted ha rechazado la recompensa de 250 $ en favor de nuestro Fondo Pro Ayuda de Oficiales de Policía. Como tesorero del Fondo, deseo darle las gracias. Asimismo, como superior suyo deseo felicitarle por su meritoria conducta y el cumplimiento de su deber.

De la carta del Presidente del Inter-Borough Realty Co. a Rose Pauli Stack, 21 feb.:

Apreciada señora Stack:

El señor Kizer, superintendente de nuestro edificio de Park Avenue, nos ha informado de las desdichadas circunstancias que ocurrieron en su apartamento la noche del 18 de febrero. También hemos leído el suceso en diversos periódicos. Y aunque sabemos que usted no estuvo directamente implicada en el caso, y ciertamente no es responsable del homicidio, por desgracia muchos inquilinos del edificio no opinan lo mismo.

En consecuencia, tenemos el profundo pesar de devolverle el resto de su cheque por el primer año de alquiler, y rogarle que deje libre el apartamento el primero de marzo. Observará que le abonamos el alquiler de treinta días para compensarle esta molestia.

Sinceramente,
HOWARD J. BELLIS
Presidente.

12

Las cortinas estaban corridas, y las alfombras yacían en rollos apretados, bien atados y etiquetados. Los muebles se hallaban apartados de las paredes, estaban diseminados por el salón, y la pantalla roja de la lámpara en el suelo. En el dormitorio había maletas abiertas junto a las paredes, y también un gran baúl. A medida que Rose iba vaciando los cajones del tocador, metía su contenido en las maletas, sin empaquetar nada, y sólo parando cuando una maleta no podía ya aceptar nada.

Rafferty atravesó el saloncito, esquivando los muebles, y pasó al dormitorio. Rose no levantó la mirada cuando él vaciló en el umbral, y el silencio llenó la habitación, destacando más el ruido de las prendas al ser metidas en las maletas.

—Supongo que te marchas a alguna parte, ¿eh? —inquirió Rafferty al fin.

No hubo respuesta. Pasando directamente frente a él, Rose fue hacia un armario y sacó una brazada de vestidos que colgó de la tapa abierta del baúl.

—¿Adonde vas? —insistió él.

No obtuvo tampoco respuesta. Sin embargo, ella dejó momentáneamente de hacer las maletas y sacó del bolso que tenía sobre el tocador una hoja de papel mecanografiada que entregó a Rafferty en silencio.

El leyó atentamente la carta de la empresa inmobiliaria y su rostro enrojeció de ira.

—¡No pueden obligarte a marcharte! —exclamó—. Según las actuales leyes, tú no tienes que dejar este apartamento hasta el año.

—Sin embargo, me largo —replicó ella.

—Oye —dijo él—, quería volver el sábado para hablar contigo, pero no pude. Tuve que aguardar a que todo se hubiese calmado.

—Creí que no volverías. Esperaba no volver a verte nunca.

Rafferty se dirigió lentamente a una butaca, quitó un montón de ropas que dejó en el suelo y se sentó, deliberadamente, desabrochándose la chaqueta y echándose el sombrero hacia atrás.

—Pues has vuelto a verme —replicó—, y me verás siempre. Tú formas parte de mí y yo de ti. No puedes apartarme de tu lado y seguir viviendo. Nadie puede prescindir de una parte de sí mismo.

—Yo sí —le atajó ella—. Cuando algo molesta, se quita y se vive mejor.

Recogió varios zapatos delicados, de terciopelo y piel, y los metió en un departamento del baúl. Tras cerrar el mismo con el pie, se

volvió hacia él.

—Mentí por ti el viernes por la noche. Dije todo lo que me ordenaste. Lo dije palabra por palabra, ni una más ni una menos. Ahora eres un hombre libre, Emmet... un poli respetado, decente, honrado. Sólo hay una persona en este mundo que sepa toda la verdad: ¡yo! —calló, respirando pesadamente y tratando de dominar la irritación que sentía. Cuando continuó, lo hizo en tono firme y sosegado—. En cuanto a mí, voy a olvidarlo todo. A olvidarme de ti... y de todo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rafferty intrigado—. ¿Qué te extraña? Fuiste tú quien tuvo la idea de buscar los setenta y cinco mil pavos.

—¡No! —negó ella, llameantes los ojos—. No —añadió, dejando caer los hombros con desesperación—. Yo no quería hacerlo como tú lo hiciste. ¿No me comprendes? Eddy ha desaparecido. En algún lugar está el dinero... y yo creí... creí que tú serías lo bastante inteligente para encontrarlo. No... no quería esta pesadilla, con Eddy muerto, y policías y artículos en la prensa. No con cartas de la Inmobiliaria echándome de este apartamento para que mi presencia no contamine el edificio entero —inesperadamente se quedó sin poder hablar, se sentó en la cama y enterró la cara entre sus manos—. ¡Oh, no! ¡Oh, no!

—Tampoco yo lo quería así —manifestó Rafferty. Su voz sonaba muerta, carente de emoción—. Tal como lo planeé, iba a hacerle un favor a Stack. Podría marcharse libre a Sudamérica. Tú y yo conseguiríamos la pasta y podríamos... vivir como siempre habíamos proyectado —la cólera tiñó el tono de su voz—. ¡Ese maldito loco! ¡Ese maldito loco lo echó todo a rodar!

Rose irguió su cuerpo, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡No tenías por qué matarle! —exclamó—. ¡Tú lo mataste! Y no hacía falta...

—Habría muerto de todos modos.

Rafferty la miró fijamente y ella volvió la cabeza.

—¿Quién eres tú para decirlo? —preguntó.

—Ya había liquidado a dos tipos. El del banco de Wisconsin y admitió haber matado a Luke.

La joven se estremeció, se puso en pie y cruzó el cuarto hasta situarse directamente delante de Rafferty, con expresión de profundo desdén.

—El Estado de Wisconsin no lo ejecutó, ¿verdad? Wisconsin no cree en la pena capital, y tú has cambiado lo que todo un Estado decidió hacer. En cuanto a Luke, ¿qué ocurrió? ¡Ni tú lo sabes... ni lo sabe nadie! Y ahora, nadie lo sabrá. Tal vez Eddy tuvo que matarle en

defensa propia. Aunque fuese un fugitivo, tenía derecho a seguir viviendo… —volvióse bruscamente y, agachándose junto a la silla donde estaba sentado Rafferty, recogió las prendas del suelo—. Yo sabía que Eddy —agregó— no era un asesino. No de corazón.

—Siempre afirmaste que no le amabas —rezongó Rafferty tras un silencio—, y ahora, en cambio, hablas como si fuese todo lo contrario.

—No, no le amaba. ¡Esta es la verdad! Pero una mujer siempre deja en el pasado algo de sí misma. Lo lamento por Eddy. Nunca le odié. En realidad, no era vicioso ni malvado. Era… bueno, siempre luchaba por lo que no lograba conseguir… y para ello se servía de lo que podía… Era un hombre insignificante y lo siento por él. Sí, estaba equivocado y yo lo sabía.

Se incorporó, sosteniendo las prendas junto a su pecho y esbozó una sonrisa, al descubrir por primera vez una verdad obvia.

—Sin embargo, tuvo fuerzas para vencerte, Emmet —añadió, maravillada—, a pesar de tus revólveres y tu placa, con la ley y la Policía a tu lado…

—Todavía no me ha vencido —replicó Rafferty, mirándose las manos.

—Tú me apartaste de él —continuó ella—, y no obstante… al final… él me aparta de ti. No para volver con él ni para volver con nadie… pero me aparta de ti —le miró desapasionadamente—. Y del dinero —añadió—, del dinero que iba a ser nuestra felicidad. Mas él no nos lo dio, ¿eh, Emmet? Y tú nunca lo encontrarás.

—No nos lo dio —asintió Rafferty—, pero puedo encontrarlo. Por lo menos sé una cosa: que el dinero está aquí, en Nueva York. Tenía que llevárselo consigo en el barco. Está en algún lugar de Nueva York.

—¿De qué te servirá ahora?

—Lo encontraré y podremos largarnos… a cualquier sitio que nos guste. Dejaré el Cuerpo y nos casaremos… Olvídate de Stack.

—No seas estúpido, Emmet. No comprendes que una docena de veces ese dinero, aunque lo encontrases, no podría hacerme olvidar lo que quiero apartar de mi mente, ni ayudarme a encontrar ya lo que antes quería encontrar contigo. Tú eres el que está equivocado… equivocado ahora conmigo, como antes se equivocó Eddy.

Se alejó con la ropa que metió en una de las maletas. Los recuerdos inundaban su cerebro, con las antiguas vergüenzas y abriendo las viejas cicatrices que ocultaban heridas medio olvidadas. Siempre existiría Seattle, pensaba. Seattle y el hotel Post… y una habitación del segundo piso donde ella había vivido con su madre.

Sobre la puerta de la habitación había un letrero que anunciaba: TAQUIGRAFIA PUBLICA. La habitación era pobre y pintada de color marrón claro. Estaba alumbrada por una sola bombilla que colgaba

del techo, dejando vislumbrar el desconchado lecho de madera con su sólida cabecera, en cuyo centro se veía un manojo de brillantes piñas verdes. Había un tocador con un espejo dentro de un marco de caoba, y un armario donde ella y su madre guardaban las ropas. En una esquina, una mesa sin pintar sostenía la máquina Underwood de su madre, y también había una silla donde aquélla se sentaba cuando ocasionalmente escribía alguna carta. Delante de la alta y estrecha ventana, mirando hacia la escalera de incendios, había una vieja mecedora, tapizada de piel negra. No había ningún baño, y ella y su madre utilizaban el retrete común situado al extremo del pasillo.

El Post era a lo sumo un hotel de tercera categoría, al que acudían aserradores y taladores en sus visitas a la ciudad, individuos de Alaska que regresan a los Estados, y marineros cuyos barcos recalaban ocasionalmente en el puerto. Muchos de ellos analfabetos y a veces le pedían a la madre de Rose que les escribiera cartas, a cincuenta centavos la página. Hasta que Rose cumplió los doce años no averiguó el verdadero origen de los ingresos de su madre. Cuando el anticuado teléfono del hotel, colgado de una pared de la habitación, sonaba, la madre contestaba siempre. A veces, sonaba por las tardes, otras una o dos veces en medio de la noche. La madre acercaba el auricular junto al oído y luego respondía:

—Sí, sí, soy la taquígrafa pública. ¿Qué habitación dice usted? ¿La quinientos uno? De acuerdo, ahora subo a tomar la carta al dictado.

Se vestía, se peinaba y maquillaba cuidadosamente y salía del cuarto, con el cuaderno y los lápices para el dictado. Y ésta hubiera podido ser la verdad del trabajo de la madre, de día y noche, salvo que Rose empezó a darse cuenta, cuando la madre regresaba de tales excursiones nocturnas, de que jamás pasaba a máquina las cartas ni transcribía los signos taquigráficos del cuaderno.

El recuerdo final, no obstante, lo tenía del día en que alguien cambió el letrero de la puerta. Ya no decía TAQUIGRAFA PUBLICA, sino TAQUIGRAFA PUBICA.

Rose movió la cabeza para ahuyentar los recuerdos que la atormentaban... sucediéndose uno a otro en una pantomima silenciosa a través de los años.

Su padre era un nombre olvidado, un fantasma sombrío que le dio el ser y al que jamás había visto. La jovencita era muy alta para su edad y bien desarrollada a los catorce, dispuesta ya a trabajar. Mintiéndole al agente, le convenció de que tenía dieciocho años. Como poseía buena voz natural para cantar, a pesar de carecer de todo adiestramiento, comenzó a cantar estilo *crooner*, imitando a las mejores vocalistas de la época. Y con esta simplicidad empezó a cantar con la orquestina de Los Sofisticados de Barkley. La orquesta recorría

el país en un autocar de segunda mano, adquirido en un condado, y estaba compuesta de doce músicos, aparte del director, Barkley, y la vocalista. Tocaban en toda clase de locales de Washington, Oregón y California del Norte, en salones de baile, gimnasios y hasta granjas. No despreciaban ni una sola fecha.

La tercera noche de ir con la orquesta, tras abandonar Seattle, viajaron la noche entera en el autocar, y Rose, que no estaba acostumbrada a beber, se mareó a causa del mal whisky de la botella, que iba pasando de mano en mano. Estaba sólo consciente en parte, y demasiado mareada para que le importase, cuando el trompeta, un hombre taciturno y muy delgado, la sedujo en el asiento trasero del vehículo. En las semanas siguientes, los demás miembros de la orquesta hicieron lo mismo, incluidos Barkley y el conductor. La muchacha se sometió a las exigencias con resignación, buscando en cada uno una pequeña demostración de amistad o afecto que suavizase su soledad. Pero en vez de amistad, sólo le expresaron un desdén creciente, y un sábado por la noche, después de abonarle el sueldo semanal, Barkley la despidió.

Por aquel entonces, Rose se preguntó desesperadamente por qué la habría despedido Barkley. No asociaba su conducta con los músicos de la orquesta con la pérdida de su empleo, particularmente por haber sido el propio Barkley uno de sus amantes. Eventualmente llegó a la falaz conclusión de que la habían despedido a causa de su voz. En consecuencia, al llegar a San Francisco no intentó volver a colocarse como vocalista. En cambio, buscó trabajo como camarera en un pequeño restaurante. Durante una breve temporada vivió estrictamente sola, desolada y retraída... pasando las horas libres en los cines que inundaban literalmente el sector del muelle.

Sin embargo, actuar con la orquesta había sido divertido, y no lo había considerado un trabajo; de modo que por las noches soñaba con volver a cantar. Todos los días, camino del restaurante, pasaba por delante de un edificio desvencijado, como atrapado entre dos imponentes casas comerciales. Las ventanas mostraban un letrero de cartón descolorido: LECCIONES DE PIANO... CULTIVO DE LA VOZ... ARTE DRAMATICO... LECCIONES DE CANTO. Era como una pequeña isla, un oasis, en medio de las gasolineras, los supermercados y los establecimientos dedicados a la venta de camiones. Recordaba siempre, especialmente, un anuncio: LECCIONES DE BAILE. Estuvo pensando varias semanas en aquellos anuncios, y una tarde tomó una decisión. Pidió una hora de permiso, regresó a aquel edificio, y penetró en el portal. La puerta de cristal rechinó tristemente a su espalda. Subió por una escalera sin alfombrar hasta el segundo piso y llamó a una puerta que rezaba: SALON DE BAILE PROFESIONAL.

Abrió la puerta un hombre de mediana edad, enclenque, con ojos

negros y cabello negro y untuoso, medio calvo. Silbó suavemente por entre sus dientes postizos y aquel siseo le dio a su pronunciación un acento ligeramente extranjero.

—¿Quiere pasar?

—El letrero… —tartamudeó ella—. Lo vi en la ventana. ¿Usted enseña baile? Bueno, ¿baile para el teatro ¿Podría enseñarme bastante, a fin de encontrar trabajo en algún local?

El hombre sonrió, enseñando los dientes postizos.

—Ciertamente. ¿No ha bailado antes?

—Así, no —replicó—. Sólo he bailado con chicos. Pero solía cantar —añadió orgullosamente—. He trabajado con Los Sofisticados de Barkley —hizo una pausa y le miró interrogadoramente—. ¿Ha oído hablar de ellos?

—Creo… creo que sí —mintió él, cortésmente.

—Son de Seattle. Ya no voy con ellos…

—Claro… claro… ¿quiere pasar?

Asiendo fuertemente el bolso, Rose entró en el piso. El cuarto estaba vacío, desnudo… salvo por un gran espejo a un lado y una barra al otro, para ejercicios de ballet. Había una mesa contra la pared… una mesa larga y estrecha, sobre cuatro patas, cubierta de discos de gramófono, y en un rincón se veía el tocadiscos.

—No tengo mucho dinero —explicó Rose—. ¿Cuánto cobra usted?

—Las clases a un dólar la hora. La instrucción particular a cinco dólares.

—¡Oh! Una clase —vaciló ella—. ¡Estupendo!

El hombre la miró tristemente.

—En este momento no doy clases.

No añadió que en los últimos cinco años no había tenido tres alumnos juntos.

La muchacha se dirigió lentamente a la puerta.

—No puedo pagarle cinco dólares —balbució—. Lo siento de veras.

—No se preocupe. Puede pagarme el dólar… y deberme el resto. Algún día, cuando sea una gran estrella —se echó a reír—, me saldará la deuda.

Rose le miró gravemente.

—Sí —asintió ávidamente—, se lo pagaré todo. ¡Se lo prometo!

Se llamaba Waldo Zarov, aunque su nombre verdadero era Walter Weiner, y sólo había sido corista en las compañías formadas que salen de Broadway. Había hecho muecas, bailando y hablando, sin talento, escondido entre las muecas, charlas y pasos de baile de los demás, hasta que huyó su juventud y los directores de escena empezaron a dejarle fuera de los repartos. Cada vez tuvo menos contratos, y cuando lograba alguno era de corta duración. En los últimos diez años se

había movido al borde de la miseria, con muy pocas esperanzas en el futuro. Ya no luchaba para vivir del teatro, sino simplemente para vivir.

Mas el destino no había sido demasiado espléndido al llevar a Rose a la puerta del estudio de Waldo, ya que éste sólo podía enseñarle los pasos más elementales de la danza. Claro que aquellos fundamentos habíanle bastado para su menguada carrera, y Rose, provista de ellos, podría imitarle. Equipada además con el bello beso de la juventud, apenas necesitaría algo más.

Y muy poco fue lo que Waldo pudo enseñarle.

Dos veces por semana, después de salir del trabajo, Rose se dirigía al desvencijado edificio y subía hasta el estudio de Waldo. Allí él le enseñaba lo más elemental de la danza, particularmente los pasos a uno. La joven ensayaba con ayuda del tocadiscos, bailando con los zapatos de calle y un bañador barato que se había comprado en lugar de ropas de ensayo más apropiadas. Después de los pasos sencillos, vino un poco de claqué con variaciones. Rose practicaba furiosamente, porque el fin estaba ya a la vista... pues Waldo poco más podía ya enseñarle. Luego, el claqué de salón, el tango... y finalmente, las vueltas encadenadas.

Al cabo de doce lecciones, en un período de seis semanas, ya sabía bastante. Sin embargo, continuó visitando a Waldo tres veces más, para practicar algunos pasos con él. Mientras bailaban, Waldo parecía perder años, y le contaba historias de Broadway... y del callejón Schubert; de los grandes y medianos personajes que había conocido, y con los que había actuado en los escenarios.

Después de cada lección, ella le ofrecía gravemente un dólar, que él aceptaba, metiéndoselo rápidamente en el bolsillo, y enseñanza los dientes postizos en una sonrisa. La última noche, después de darle el dinero, ella murmuró:

—Waldo, mañana me marcho a Los Angeles. Supongo que estaremos algún tiempo sin vernos.

—Buena suerte, chiquilla —repuso él—. Trata de conseguir todo lo que te apetezca... y procura lograrlo cuando aún estás a tiempo.

—Te debo sesenta dólares, Waldo —le recordó ella— no lo olvidaré. Tan pronto como encuentre un contrato te los enviaré.

—Olvídalo —concedió él magnánimamente—. No me debes ni un centavo. Algún día podre pavonearme de haber lanzado a una gran estrella.

Pero en su rostro había una expresión de gran tristeza y ia muchacha reconoció las señales de ia soledad que veía por doquier. Aquella soledad la asustaba porque también era la suya. Y por esto se llevó a Waldo a la habitación que tenía alquilada en una pensión, donde juntos pasaron toda la noche A Rose ya no le importaba lo que

pudiera decirle la patrona, porque iba a dejar San Francisco al día siguiente.

Rose jamás logró olvidarse por completo de Waldo; le recordaba con sus macilentos brazos, y su cuerpo de chica sobre unas piernas de acero, con su divertido semblante de mono cuando se quitaba la dentadura postiza. Recordaba también vívidamente cómo la patrona había llamado agriamente a la puerta, y su voz amenazadora, cuando la luz del amanecer se filtró por la ventana, iluminando muy poco amablemente el rostro y los ojos enrojecidos del bailarín.

En Los Angeles encontró un empleo de corista en un grupo de cuatro, en una pequeña sala de fiestas estilo mejicano. A los mejicanos les gustan las rubias, y al cabo de dos semanas Rose pudo enviarle a Waldo los sesenta dólares.

Estas son algunas de las cosas que recordaba. Mas no las hubiese rememorado de poder impedirlo. Trataba de olvidarlas. Consideraba su vida, los años transcurridos, y procuraba darle nueva forma sin recuerdos ni memorias. Al no recordar tales hechos, era como si no hubiesen ocurrido, porque ya sólo existían en su mente. Al mismo tiempo, no obstante, sabía que no debían de haber tenido nunca lugar. Hay que tener mucho cuidado para que las cosas no sucedan dos veces. Y para ello, es necesario decir las cosas y explicarlas.

Claro que hay cosas que no tienen explicación exacta, porque algunas no pueden contarse, o son inexplicables y hay que guardarlas dentro de uno mismo. ¿Cómo, en tal caso, podía ella explicarle a Rafferty cuáles eran sus sentimientos?

Cerró la maleta y se volvió hacia Rafferty, callando un momento para encender un cigarrillo.

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —preguntó al fin—. ¿Recuerdas lo que hablamos? Yo te dije que deseaba obtener varias cosas de la vida. Probablemente pensaste que yo era una aprovechada... o una loca...

—Te di lo que deseabas —replicó él—. Este apartamento... el abrigo de armiño...

—Me diste lo que creíste que deseaba —le interrumpió ella—, pero jamás comprendiste... ¡Oh, no, nunca! ¡Me regalaste un abrigo de pieles! ¿Y qué? ¿No comprendes que yo deseaba lo que significaba aquel abrigo? Cualquier abrigo de paño me hubiese dado más calor tal vez que el de armiño... ¡pero un elegante abrigo de pieles es algo!

—¿Qué es?

—Amor, y para un hombre, el orgullo de poseer a una mujer. Para una mujer, significa la seguridad y la protección y la idea de que alguien te quiere tanto, que nada le parece bastante para ti. ¿Este apartamento? —la joven giró sobre sí misma, mirando el cuarto con desdén—. ¿Es esto un hogar? Con un año de alquiler por anticipado,

¿es esto seguridad?

—¡Tú hablas muy alto! —se quejó Rafferty.

—¡No es verdad! —ella se volvió hacia él fieramente—. ¡Sólo quiero una cosa! ¡Una palabra! *¡Respetabilidad!*

Rafferty se puso en pie, se sostuvo pesadamente, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Dónde vas a encontrar todo eso de que hablas?

—No lo sé —murmuró ella sinceramente—. Salvo que sé que no lo encontraré aquí, y menos aún contigo.

—Está bien —Rafferty se bajó el sombrero hacia la frente, y se dirigió a la puerta del salón—. Hablaremos más tarde, cuando estés más tranquila.

—No vengas a buscarme, porque no me encontrarás.

—Te encontraré —asintió Rafferty—, te encontraré adonde vayas.

Rose escuchó los pesados pasos que resonaban huecamente sobre el suelo de madera del salón. Después, oyó un portazo.

13

La mujer era delgada y demacrada, con cara de halcón, el cabello teñido de rojo, y estaba delante de la puerta cerrada, en el estrecho pasillo casi a oscuras, mirándole suspicazmente.

—Vamos, ábrala —le ordenó Rafferty.

—Le juro que no le he visto hace más de una semana —replicó la mujer con voz estridente—. No ha estado por aquí.

—Vamos, abra —repitió Rafferty.

—Él no ha hecho nada malo —se obstinó la mujer—. Yo tengo una casa respetable. Jamás he tenido nada que ver con la Policía.

—¿Abre la puerta o tendré que abrirla yo de un puntapié?

Rafferty, pese a sus palabras, conservaba la calma, y la mujer no volvió a intentar disuadirle de su empeño. Abrió la puerta, dando vuelta a la llave; Rafferty penetró en la habitación y le cerró la puerta en las narices. Su mano buscó el interruptor de la luz, y al cabo de un instante la estancia quedó débilmente iluminada.

Era la habitación de Luke, al fondo de una pensión perdida en la parte inferior del East Side de Nueva York. Luke no volvería a aquel cuartito. Eddy Stack lo había localizado antes. Luego, Emmet Rafferty. Era el único lugar de la gran ciudad donde el policía podía situar a Stack antes de encontrarle en el apartamento de Rose. Stack había venido en busca de Luke y existía la posibilidad de que llevase el dinero encima y lo hubiese escondido antes de irse, o antes de la llegada de Luke, pues Rafferty sabía que Stack le había estado aguardando. Sin embargo, aparte de esto, aquella habitación era el punto focal desde donde Rafferty debía iniciar la búsqueda... hacia delante o hacia atrás de todos los movimientos de Stack.

La mirada de Rafferty comenzó a explorar lentamente la habitación. No era mejor ni peor que otros centenares de dormitorios registrados por él. Una cama sin hacer, con las sábanas amontonadas en un rincón, junto a un tocador. Un sillón desventrado, con la tapicería carcomida, una silla de madera y una mesita redonda completaban el mobiliario del cuarto, donde no había cuadritos ni lámparas. Fue hacia la ventana, que tenía a cada lado unos visillos recogidos por cintas, tan sucios y tiesos como si fuesen de cartón. Levantó la persiana y contempló un patio lleno de cuerdas para tender ropa, cubos de basura y pedazos de madera podrida. Volvió a bajar la persiana y se encogió de hombros, alejándose de la ventana.

Registró cuidadosa y sistemáticamente la habitación, enrollando la alfombra del suelo, volviendo el colchón de la cama, palpando las almohadas y el sillón. Sacó los cajones del tocador, examinó sus

costados y también el maderamen del mueble. Escudriñó el contenido de los cajones con la meticulosidad de un buscador de oro. En el armario, utilizando una linterna, sondeó las tablas del suelo, de las paredes, y quitó el único estante. El traje que estaba colgado de una percha no reveló nada.

Cuando hubo terminado, no sabía nada, aparte del hecho de que en el cuarto no se había empleado la violencia, ni quedaban huellas de la visita de Eddy Stack. Rafferty no intentó disimular los daños causados por su registro; se limitó a apagar la luz, cerró la puerta a sus espaldas y se marchó de la pensión.

En algún lugar de la ciudad había setenta y cinco mil dólares... suyos si los encontraba. Consultó su reloj; era hora de reanudar el servicio.

Rafferty era un experto en la ciencia del registro. Conocía todos los escondrijos, claros u oscuros, todos los ingenios usados por los criminales con el fin de ocultar lo robado. En el pasado, Rafferty había trabajado con la ayuda y el apoyo de la tremenda organización a la que pertenecía... utilizando el poder personal, los cerebros y el dinero, según lo necesitaba. Ahora actuaba solo. No podía insinuar siquiera que estaba buscando el dinero ni que el caso de Eddy Stack no hubiese quedado concluso. Por consiguiente, sólo podía trabajar en las horas libres de servicio y los días de libertad que seguían a sus turnos regulares. Rafferty debía hermanar su cerebro, su experiencia y su paciencia con la habilidad, la precaución y las oportunidades que tuvo Stack. No se trataba ya de la organización de la ley contra el crimen, sino del hombre contra el hombre; de Rafferty contra Stack.

En los días transcurridos desde su visita a la habitación de Luke, Rafferty estudió la situación de las estaciones de Metro dentro de un radio de doce manzanas en torno a dicha habitación. Como ignoraba si Stack había ido a visitar a Luke por medio del Metro subterráneo o del elevado, investigó cuidadosamente en las zonas contiguas a las vías de ambos medios de locomoción. Razonaba que una estación de Metro era el último lugar posible, aunque de más fácil alcance, donde esconder algo, camino de la pensión donde vivía Luke, por lo que Stack podía haber escondido el dinero en una de ellas. Aunque algunas contenían taquillas públicas, éstas no le interesaban a Rafferty por varias razones; primera, era de conocimiento público que las posesiones dejadas en una taquilla durante veinticuatro horas, sin ser reclamadas, pasaban a poder de los inspectores de la compañía explotadora de tales taquillas. Stack debía estar al corriente de este detalle; excluyendo toda posibilidad de una desgracia que podía impedir que volviese en busca de su dinero, era dudoso que quisiera correr tal riesgo. Segundo, si los inspectores encontraban el dinero, tenían que notificarlo inmediatamente a la Policía. Y Rafferty sabía

que nada se había recibido en este sentido.

En consecuencia, si el dinero estaba escondido en una estación, estaría en un lugar elegido por el propio Stack. Rafferty empezó a pasar sus horas libres en las estaciones, llevando un retrato de Stack y hablando con los encargados de los quioscos de revistas y los bares, a los que les enseñaba el retrato. No encontró a nadie que recordase haberle visto. Rafferty pasó largas horas en las estaciones, paseándose por los andenes, examinando minuciosamente los muros en busca de algún ladrillo suelto, buscando en los bancos… uno por uno, hurgando en las papeleras, las puertas y los desvíos. Localizó e investigó las vigas de las techumbres y los soportes de las paredes, en busca de nichos y grietas formados, por oscuros motivos, en la construcción de las estaciones. Pero no halló lo que buscaba.

En realidad, no sabía qué buscaba exactamente. Obviamente, tenía que tratarse de un paquete… probablemente de periódico o papel de envolver. También podía ser una carpeta o un sobre. El tamaño dependía de la nominación de los billetes; cuanto de más valor fuesen éstos, más pequeño sería el paquete.

También cabía la posibilidad de que el dinero estuviese en un maletín, una bolsa de lona o de plástico, como las que venden en los *drugstores*.

Después de registrar las estaciones, Rafferty quedó convencido de que existían dos lugares donde no estaba escondido el dinero: la habitación del difunto Luke y las estaciones de Metro, conducentes a la misma. Su búsqueda siguiente, de manera lógica, debía centrarse en el edificio de Park Avenue, donde había vivido Rose. Era muy posible que Stack llevase el dinero consigo cuando visitó a Rose aquella noche, escondiéndolo al aproximarse a la casa, o tras haber entrado en la misma, antes de subir al apartamento. Una vez más, Rafferty volvió a buscar el rastro.

Los días, sin embargo, se convirtieron en semanas, mientras Rafferty proseguía su inspección. Había emprendido una tarea gigantesca, y los efectos de la misma empezaban a acusarse en su semblante, cada día más ‘delgado y tirante, y en el cansancio que siempre le acompañaba. Es dudoso que hubiese podido moverse tan libremente con otro empleo… pudiendo disimularlo tanto en su hogar como en el Departamento. El elemento tiempo, dinero malgastado, regreso a su casa de madrugada, trabajo en los fines de semana, y la desaparición durante las cuarenta y ocho horas de permiso, no constituían ninguna razón para alarmar a Katherine. La esposa ya estaba acostumbrada a la incertidumbre del horario policíaco, cuyo tiempo estaba por completo a disposición del Departamento; y Rafferty, en su calidad de teniente, tenía más responsabilidades, que

generalmente se alargaban hasta convertir su turno de ocho horas en uno de diez, doce y hasta catorce. Katherine no sospechaba nada, lo mismo que Feinberg. Este, como superior inmediato de Rafferty, dejaba que su subordinado ejecutase las tareas a él encomendadas, sin intromisiones por su parte, salvo cuando asignaba a Rafferty directamente a un caso que requiriese su supervisión personal.

Rafferty no tardó en descubrir que las largas y laboriosas horas que dedicaba a su investigación, aparte de la tensión debida a las horas de servicio normal, se combinaban para minar sus energías, antaño inagotables. Pasaba poco tiempo en casa, y transcurrían días enteros sin que viese a Katherine ni a sus dos hijas; regresaba al apartamento de Brooklyn mucho después de haberse retirado ellas a descansar, y se levantaba muy temprano para poder disponer de unas horas libres antes de entrar de servicio. Con el tiempo, claro, su cansado cerebro, atento a un solo propósito, hacía que para él hubiera poca diferencia entre Rose y el dinero. Las dos cosas se convertían en una sola... en un símbolo doble... en el deseo y el éxito, en el fin último de su existencia. El dinero era la piedra de toque con que conseguir a Rose; conseguida ésta, junto con el dinero, habría vencido finalmente a Eddy Stack.

Seguía buscando en el edificio de Park Avenue, explorando los sótanos y el cuarto de calderas, los cuartos destinados a almacén, los corredores, las alacenas, las alfombras y los respiraderos; el tejado del edificio y la jaula del ascensor, de arriba abajo; las puertas de servicio y el vestíbulo; la parte externa del inmueble; la fachada, la entrada de servicio a un lado del edificio, la boca para ingresar el petróleo y los combustibles, y la rampa de descarga en la parte trasera del edificio. Aquella tarde, Rafferty había estado en la casa, escudriñándolo todo durante unas siete horas, buscando sin parar, sin comer, y se acercaba la medianoche. Sin pensar, entró en el ascensor y oprimió mecánicamente el botón del sexto piso... el mismo en que había vivido Rose. Dentro de la caja del ascensor, subió hasta el piso sin recordar que la joven ya no vivía allí. De repente, sintió en su interior, de manera irresistible, el anhelo de volver a verla. Los viejos recuerdos quebrantaron su resolución de no verla hasta haber localizado el dinero, y empezó a temblar de gozo, ante la posibilidad de escuchar el sonido de su voz, viendo ya la sonrisa de su rostro. Bruscamente, volvió a apretar el botón y regresó al vestíbulo. En su exaltación, corrió hacia la calle y detuvo un taxi.

Cruzó el vestíbulo de un hotelito de una de las calles Cuarenta Oeste, se detuvo ante una puerta y golpeó fuertemente la hoja de madera con los nudillos.

—¿Quién hay? —preguntó una voz femenina.

Rafferty no contestó, limitándose a llamar de nuevo. Hubo una

pausa, en la cual él pudo sentir los latidos de su corazón, en tanto se abría la puerta y Rose se asomaba por el intersticio, mirándole con ojos adormilados, el cabello platinado colgando hasta sus hombros. A Rafferty le pareció que el tiempo había retrocedido, que las arenas del reloj habían vuelto del pasado, regresando a la primera noche en que acompañó a Rose hasta su casa al salir del club.

De pronto, en súbito reconocimiento. Rose intentó cerrar la puerta, y aquella dulce visión desapareció. Rafferty encajó el pie contra la jamba, empujando con la mano la madera.

—¿Qué quieres? —indagó ella.

—Verte un instante.

—Ven por la mañana. Ya es tarde...

Rafferty apoyó todo su peso contra la puerta, forzándola contra ella, y Rose tuvo que retroceder un paso para recuperar el equilibrio. Cuando él penetró en el pequeño apartamento, ella encendió la luz. La claridad inundó la habitación, y Rafferty divisó dos camas gemelas; una vacía, con las sábanas arrugadas, y vueltas donde Rose había saltado del lecho para contestar a la llamada; la otra cama estaba ocupada por Viola Vane. Esta le contemplaba con los ojos muy abiertos, asustada, asida a los bordes de la sábana, que había subido hasta los hombros. Rose pasó por delante de Rafferty, y se quedó de pie junto a su lecho, mirándole fijamente.

—Vete, Emmet —le escupió despreciativamente—. Vete y déjanos tranquilas, por favor.

Su proximidad despertó todos los sentidos adormecidos de Rafferty, que de pronto tuvo plena conciencia del cuerpo de la joven, revelado sensualmente a través del transparente camisón, silueteando el femenino y eterno triángulo de su sexo. Su latente deseo cobró de pronto vida, indefenso entre sus poderosas emociones, luchando contra la confusión creciente de sus ideas.

—Tenía que verte, Rose —murmuró roncamente—. Tenía que...

Leyendo en sus ojos, interpretando su voz, Rose volvió rápidamente a la cama y se sentó contra las almohadas, cubriéndose el pecho con la sábana.

—No, Emmet —dijo angustiada—, no tenemos nada de que hablar. Vete, por favor... y déjanos tranquilas.

—¡Dile que se largue! —Rafferty indicó a Viola Vane—. ¡Dile que vuelva dentro de media hora!

Viola se volvió asustada hacia Rose.

—¡No! —repuso la joven metálicamente—. ¡No se irá! ¡Y si la maltratas... me iré yo también!

De modo sorprendente, Viola halló su perdida voz.

—No tengo por qué irme. ¡Esta es mi habitación también!

Asustada de su propia audacia, apartó la mirada de Rafferty.

Sin embargo, él no la había oído. Sus ojos estaban fijos en Rose. Fue hacia la cama y habló, sin dejar de mirarla.

—Rose —suplicó—, he de hablar contigo. He de decirte tantas cosas...

Rose bajó la cabeza para escapar al deseo de resistir su mirada.

—No —replicó sin emoción—, no quiero hablar contigo.

—Se trata del dinero. Rose — añadió él torpemente.

—No quiero saber nada.

—No sabes lo que estoy haciendo... cómo he descubierto el lugar donde...

—Déjalo, Emmet, y vete, por favor, vete.

La voz de Rose sonaba monótona.

—No lo entiendes, Rose. Esto es...

—¡Vete! —su tono era un sonsonete cansado—. Por favor, Emmet.

Indefenso ante la pasividad de la joven, Rafferty hizo girar la mano impulsivamente, en un gesto rápido de resentimiento y frustración y le golpeó la cara con la palma abierta. El sonido del golpe, brusco y pesado, llenó de violencia la habitación. Viola Vane, asustada, empezó a gritar, al tiempo que Rafferty daba media vuelta y abandonaba la habitación. Rose se quedó inmóvil en la cama y giró silenciosamente la cabeza, mientras la sangre manaba de su nariz, manchando la almohada.

Después de salir Rafferty se produjo un largo silencio en apartamento. Finalmente, fue Viola quien habló.

—¡Maldito sea ese canalla! ¿Te ha hecho mucho daño?

—Creo que me ha roto la nariz —gimió Rose.

—¡Dios mío! ¡Voy a buscar una toalla mojada!

Viola saltó de la cama y corrió al cuarto de baño, volviendo con una toalla del hotel, empapada en agua fría.

—Toma, aplícala a la cara —le dijo—. Detendrá la hemorragia. Tal vez... tal vez no tengas la nariz rota —añadió esperanzada.

—Está rota —replicó Rose—. Oí el chasquido.

Enterró el rostro entre el paño húmedo.

—Entonces, es mejor que llamemos a un médico.

—No serviría de nada ahora —objetó Rose—. Lo veré mañana —arrojó la almohada manchada de sangre al suelo y se tendió inmóvil en la cama, con la toalla encima de la cara—. Apaga la luz, por favor, Viola.

Su amiga cruzó la habitación, giró el interruptor de la pared y hundió el dormitorio en tinieblas. Luego, volvió a la cama. Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, la habitación retornó a la realidad. La joven se volvió de costado y murmuró:

—Lo siento mucho, querida...

—Así es mejor. Ahora ya sabe que todo ha terminado entre nosotros. Temía que volviera… y ha vuelto. Bien, ya me ha visto y hemos terminado. Tal vez ahora me olvide… y me deje tranquila.

—Seguro que le odias.

—No, no le odio. Sólo deseo olvidarle. Cuando se odia a una persona, deseas seguir recordándola. Yo quiero olvidar a Emmet y a todo lo que se relaciona con él —calló un instante y Viola oyó su pesada respiración, en tanto Rose continuaba con sus recuerdos—. Oye, Viola —agregó tras la pausa—, he de contarte una cosa. He estado pensándolo, escuchándolo y soñándolo por las noches. Acabará por volverme loca…

Una nueva pausa antes de continuar.

—De pequeña viví en Washington. De vez en cuando, en verano, algunas niñas íbamos a jugar a las afueras de la ciudad, particularmente los sábados. Nosotros vivíamos hacia la parte baja, y era muy agradable marcharnos donde no había casas ni coches, donde sólo había hierba y árboles. Un día, tres o cuatro de nosotras y unos chiquillos con los que estábamos jugando, todos de unos diez u once años, empezamos a hurgar entre las matas, y uno de los chicos encontró un conejo.

Rose calló unos segundos y Viola no dijo nada, aguardando la continuación del relato.

—Por lo visto, un perro había atrapado al pobre conejo, o tal vez había caído en una trampa, porque le faltaban por completo las dos patitas traseras. Aún poseía las patas, pero sin pies, sin las garras. Cuando se enderezaba, se bamboleaba sobre sus dos muñones, y si intentaba correr caída de lado y pateaba como si todavía corriese. Los muchachos lo encontraron divertido y siguieron pegándole con el palo, obligándole a intentar huir y a caerse. Recuerdo que era un conejo muy grande, castaño y blanco. Sobre todo recuerdo sus enormes ojos, muy redondos y grandes, que hacía girar tremendamente asustado. Poco después, los chicos se cansaron de jugar con él y empezaron a pegarle con palos. No eran palos muy grandes y tardaron bastante en matarle. Finalmente, poco antes de morir, el conejo comenzó a dejar oír unos gruñidos… como si estuviese llorando. ¡Oh, fue terrible!

—¡Jesús! —exclamó Viola.

—La noche en que murió Eddy, primero cayó herido al suelo, donde quedó tendido, y antes de recibir el segundo disparo empezó a sollozar… lo mismo que aquel conejo —Rose hizo una pausa, como para respirar—, o tal vez, el conejo sollozaba igual que Eddy. Ahora todo está confuso y mezclado en mi memoria. Pero continúo oyendo al conejo y a Eddy, y esto me vuelve loca. De noche sueño que veo a Eddy arrastrándose como el pobre conejo… ayudándose con los

brazos, arrastrando los pies... y llorando... —estaba muy quieta, mirando al techo—. A veces, creo no poder resistirlo más —añadió suavemente.

—Será mejor que busques un empleo —le aconsejó Viola, conmovida— o un nuevo amor. Es sorprendente lo mucho que ambas cosas ayudan a soportar la vida.

Rose no contestó.

Rafferty estaba convencido de que el dinero extraviado no estaba escondido en las proximidades de la casa de apartamentos de Park Avenue. Había registrado completamente el inmueble, extendiendo las pesquisas hasta una manzana a cada lado de la casa. Pensaba que el escondite debía de ser un sitio relativamente fácil de descubrir. Si Stack llevaba el dinero consigo la noche que estuvo en el apartamento de Rose, no podía tener ninguna idea preconcebida respecto al lugar donde ocultarlo. Tal vez vio un sitio ideal al acercarse a la casa, o lo encontró en el mismo edificio. Mas, en tal caso, tenía que ser un lugar muy fácil de alcanzar, y Rafferty no había hallado el dinero en ninguno de los escondrijos más probables.

Sin embargo, el fracaso no le desanimó. En realidad, sólo le sirvió de acicate, obsesionándole con el afán de encontrarlo. De día y de noche, a cada momento, daba vueltas en su mente al mismo problema. Reconstruyó y examinó todos los movimientos posibles de Stack en Nueva York, bajo la lupa de su cerebro; segundo a segundo, reconstruyó las escasas horas de los últimos días de Stack. Le faltaban todavía las piezas claves del rompecabezas. Tras haber empezado con los datos conocidos sobre las actividades del criminal, debía continuar en el reino de lo desconocido.

Obviamente, Stack había estado una noche, probablemente dos, posiblemente tres, en Nueva York. El problema era: ¿dónde? Si estuvo en una de las mil pensiones semiolvidadas de la ciudad, como aquella en que se alojaba Luke, el problema no tenía solución. Por otra parte, Rafferty no creía que Stack hubiese elegido tal clase de alojamiento, creencia que se apoyaba en cierta lógica. La reputación de una pensión extraña y desconocida es incierta, según las actividades de los pensionistas semana a semana. Muchos huéspedes de tales lugares se ven sujetos a periódicas redadas de la Policía y registros domiciliarios; otros pueden vivir pacíficamente en paz durante muchos meses hasta que estalla una violencia súbita, con intervención de la Policía. Stack, en su calidad de fugitivo, no podía arriesgarse a ser visto por la Policía. Además, entre un número limitado de realquilados, sería más fácilmente recordado por la patrona que entre una masa mayor de huéspedes en un hotel. Y había un factor decisivo que Rafferty juzgaba de importancia: en una pensión no había ningún sitio seguro para

guardar dinero. Las habitaciones se abren constantemente para la limpieza. Stack se había alojado en un hotel, más arriba de las calles Treinta y por debajo de las Cincuenta de Manhattan. En las primeras había hoteles pequeños, donde podía ser observado con facilidad; y en las segundas los hoteles eran elegantes, por lo que sería igualmente observado. Satisfecho con este razonamiento, trazó una lista de hoteles ni lujosos ni baratos, ninguno de ellos clasificado de primera categoría, hoteles que, no obstante, no solían ser visitados por la Policía. Provisto de una foto de Stack, y sus credenciales policíacas, aparte de una importante pieza de información, Rafferty empezó a visitarlos. La pieza de información que consideraba importante era el hecho de que si Stack se había registrado en un hotel, no se había dado de baja del mismo después del viernes, dieciocho de febrero. Fue aquella noche cuando murió y era razonable suponer que, en caso contrario, Stack habría permanecido en el hotel toda aquella noche hasta el sábado, cuando tenía que embarcarse en el *Ábaco*.

Mientras continuaba la ronda de los hoteles, éstos se convirtieron rápidamente en nombres borrosos, con vestíbulos iguales en la mente de Rafferty.

Todos los días, a primeras horas de la mañana, antes de entrar de servicio, y por las noches, al concluir el mismo, y también en la hora y media libre a la hora del almuerzo, penetraba en el angosto vestíbulo de un hotel y le enseñaba su placa al conserje o recepcionista.

—Policía —decía, en tanto el rostro incoloro del empleado asentía. Luego colocaba la foto de Stack sobre el mostrador—. ¿Recuerda a un hombre que se parecía a éste y que se registró en el hotel entre el quince y el dieciocho de febrero?

—No, señor —respondía el empleado, contemplando fijamente la foto—. No lo recuerdo.

—¿No le resulta familiar?

—No sé… Al cabo de cierto tiempo todas las caras acaban por ser iguales. ¿Cómo se llama?

—Eso no importa —replicaba Rafferty—. Seguramente no usó su verdadero nombre. Otra cosa. Si ese tipo se registró en el hotel, no llegó a darse de baja. Ustedes mismos tuvieron que hacerlo.

—No recuerdo tal dato —replicaba el empleado.

—De acuerdo —Rafferty se encogía de hombros y se metía la foto en el bolsillo—, pero, no obstante, quiero que mire en sus libros. Ahora mismo. Vea si ustedes dieron de baja alguna habitación, sin que lo hiciese el cliente, posiblemente entre el dieciocho y el veinte de febrero.

Tras unos minutos, el empleado volvía sacudiendo la cabeza.

—No, no hay nada en los libros…

Al salir del hotel, Rafferty se paraba para hablar con el portero.

—¿No hay ningún equipaje que no haya sido reclamado?
—Últimamente no.
—¿Desde febrero pasado?
Generalmente no había nada; ocasionalmente le hablaban de un sombrero o un paraguas abandonados, y una vez se trató de una maleta marrón. Las esperanzas de Rafferty le hicieron acelerar el pulso, pero resultó que era una maleta repleta de ropas femeninas.
Abril y sus días de lluvias cálidas, que limpiaban las calles de Manhattan todos los años con la promesa de la nueva primavera, se transformó en mayo. Y mayo vistió de verde el suelo y los árboles de Central Park, y lavó las fachadas de los edificios con la sonrisa del sol. El puerto cobró nueva vida y escuchó atentamente las voces seductoras de los grandes reyes del mar, con sus penachos flotantes, sus gallardetes y sus danzas sobre la verde alfombra del agua.

Rafferty proseguía su investigación con creciente frialdad en la mente y hielo en su corazón. Su hermano, el padre Sean Rafferty, se trasladó a Nueva York para impartir enseñanza en el seminario de San Tadeo, y los; domingos por la tarde, Sean comía con la familia en Brooklyn. Sean, hombre sencillo, gentil y comprensivo, comprendió que algo terrible y desconocido minaba la existencia de su hermano. Con el privilegio del parentesco y la autoridad del sacerdote, intentó varias veces penetrar en los pensamientos del hermano al que ya no conocía.
—Chico —le decía—, trabajas demasiado. ¡Estás medio enfermo!
Rafferty, inquieto ante la intrusión de Sean, y enfurecido por el tiempo que perdía en su inútil búsqueda, trataba de ocultar su ira.
—No es nada... He trabajado más que ahora en otras ocasiones.
—Lo que importa —replicaba Sean— es que ganes el mundo y...
—¿Quién intenta ganar nada, Sean?—se sulfuraba Emmet. Luego se restregaba las manos—. No hay bastantes horas en el día.
—Bien, algo te angustia, Emmet. Lo he observado. Y también Katherine...
—¡Al diablo! —Emmet solía aporrear la mesa y ponerse en pie—. ¿Es esto lo único que sabéis hacer? ¿Habláis tú y Katherine de mí a espaldas mías?
—Debe de haber algo —replicaba Sean cargado de razón—, de lo contrario no te enfadarías. Sólo el hombre enfrentado con una verdad desagradable se pone colérico...
—Como gustes —Emmet iba hacia la puerta, cogiendo su sombrero—. He de ir al centro. Tengo mucho que hacer.
Aunque Rafferty se alejase de Sean, no podía apartar de su memoria las palabras de su hermano. De domingo a domingo, la preocupación de Sean por Emmet iba en aumento, pero era incapaz de

penetrar la barrera que rodeaba a éste. Con extraño discernimiento, comprendió que el principal problema que atosigaba a Emmet era de tal magnitud que él no podría jamás resolverlo sin la ayuda del otro. Sean intentó explicárselo a Katherine, sin aumentar su ansiedad.

—A veces tiene que pensar antes de poder hablar —le dijo quedamente.

—Emmet siempre ha sido un hombre sosegado —replicó Katherine—, y jamás había estado como ahora.

—Cuando llegue el momento, hablará —afirmó Sean confiadamente.

—Pero, ¿qué puede ser? ¿Qué le angustia? —Katherine empezó a sollozar suavemente—. No creo que tenga nada que ver conmigo...

—Seguro que no —la consoló Sean. Aunque en su interior no estaba seguro—. La existencia de un policía no es muy grata. Ciertamente, es necesaria —continuó sensatamente—, y sin su protección la vida sería un caos. Tal vez sea que sólo ven el lado malo de la vida, la gente perdida, sin esperanzas... y esto les pone gruñones y les torna desdichados... —extendió las manos en un amplio gesto—. Sé de varios policías que no han sabido resistirlo y han pedido la dimisión.

—Emmet no —negó Katherine, sacudiendo la cabeza—. ¡Emmet es muy fuerte! —miró al hermano de su esposo, suplicante—. Nosotros le conocemos muy bien, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, sabemos que es fuerte.

—Sí, lo es —concedió Sean—, pero a veces la fuerza de un hombre puede ser su propia debilidad.

—No lo entiendo...

—Un hombre fuerte se siente inclinado a creer que su fortaleza durará siempre. Y a veces trata de levantar un peso superior a sus propias fuerzas...

—¿Qué peso, Sean? ¿Cuál es el peso que soporta Emmet?

—No lo sé.

—¡Pues tenemos que averiguarlo!

—No —objetó Sean—. No debemos tratar de averiguarlo. No serviría de nada —hizo una pausa y consideró cuidadosamente sus palabras antes de proseguir—: Si lo averiguásemos, sólo aumentaríamos la carga de Emmet... y no lograríamos aliviarle en absoluto. Nuestra única esperanza es que él hable por su propia voluntad.

—¡Pero podríamos ayudarle!

—Temo que nadie pueda ayudar a Emmet... excepto él mismo... —Sean apartó la vista de Katherine— ¡y Dios! —añadió en voz baja.

—Rezaré... ¡oh, sí, rezaré!

—También yo —asintió el padre Sean Rafferty.

Se persignó y silenciosamente deseó que sus oraciones no fuesen demasiado tardías.

Rafferty efectuaba sus rondas sin abrigo. Con los revólveres ocultos, colgándole flojamente sobre el cuerpo, el sombrero gris un poco hacia atrás, recorría sin descanso los innumerables hoteles de su lista. Fue en la última semana de mayo cuando halló lo que buscaba. Acababa de penetrar en un pequeño hotel, exactamente igual a las docenas en que ya había estado, y le enseñó la foto al empleado.

—Sí —asintió éste, vacilando ligeramente—, creo haberle visto…

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Un momento, deje que compruebe los datos con los que usted me ha dado. Creo que es el mismo individuo, si las fechas concuerdan —Rafferty permaneció junto al mostrador, tascando el freno de su impaciencia, y sintiendo crecer la esperanza en su pecho. El empleado regresó—. Sí —afirmó—, es él. Llegó aquí el quince de febrero y pagó la habitación por adelantado hasta el diecinueve. Pero no se dio de baja.

—¿Por qué le recuerda tan bien?

—Por esto. Cuando llegó, no traía equipaje. Lo cual no me importó porque pagó por anticipado. Explicó que habían confundido sus maletas en el tren y que estaban, por equivocación, camino de California… Por tanto, preguntó cómo podía adquirir rápidamente algunas ropas… baratas. Un tío mío posee una camisería cerca de Times Square, por lo que le telefoneé y luego le entregué a ese tipo una tarjeta para mi tío.

—¿Por una comisión?

—Naturalmente —asintió el empleado—, aunque ese tipo no llegó a pagar las prendas. Fue allí y se compró varias camisas, chaqueta y pantalón. Tenían que ponerle a medida la chaqueta, y le dijeron que tardarían un par de días. Dio un dinero a cuenta, pero no volvió en busca de la ropa.

—¿Qué nombre dio?

—Un momento, voy a ver.

El empleado volvió al archivo y hojeó unas fichas rápidamente.

—Ya lo tengo —exclamó—. Firmó como Eddy Ackerman.

Rafferty asintió. Tenía sentido. Su nombre completo era Eddy A. Ackerman. Los criminales suelen seguir cierta pauta al elegir los apodos, seleccionando una combinación de iniciales, o los apellidos maternos, de las esposas u otros familiares. Resulta difícil responder rápidamente al oír un nombre nuevo, y además, los nombres nuevos son difíciles de recordar. Muchos criminales han despertado sospechas al no contestar rápidamente a un nombre falso. En consecuencia, los

criminales prefieren conservar el nombre de pila y elegir un apellido familiar. El segundo nombre suele ser excelente para tal propósito[4].

—¿Qué habitación le dieron?

El empleado miró la ficha.

—La ocho-nueve-siete.

—¿Hay alguien allí ahora?

—Está ocupada, pero no sé si... —el empleado levantó el teléfono y llamó a la habitación en cuestión. Finalmente, dejó el receptor—. No contestan.

—De acuerdo —asintió Rafferty—. Quiero examinarla.

—Yo no puedo abandonar la conserjería, pero le acompañará un botones.

La habitación 897 era como todas las de los hoteles de segunda o tercera categoría. Rafferty no esperaba encontrar nada de interés; sin embargo, la registró escrupulosamente. Una maleta abierta, que contenía las ropas del nuevo huésped, descansaba sobre un soporte al pie de la cama. Rafferty no la tocó, ignorándola completamente. No obstante, inspeccionó cuidadosamente los cajones del tocador y el escritorio, el armario, los estantes, la cama y el colchón, y el cuarto de baño. Quitó la tapa del depósito del agua y metió dentro la mano, hurgando entre el mecanismo. Registró el armario del baño, y palpó las cañerías. De vuelta en el dormitorio, buscó detrás de los cuadritos y en las costuras de las cortinas de las ventanas. Se quitó los zapatos y anduvo descalzo sobre cada palmo de alfombra. Tras anudarse de nuevo los zapatos, le dijo al botones:

—Bien, hijito, vámonos.

El botones, que había seguido el registro con sumo interés, no fue capaz de reprimir su curiosidad por más tiempo.

—¿Qué buscaba usted?

Rafferty le miró con irritación, mientras encendía un cigarrillo.

—Un cocodrilo de tres metros que se ha escapado del zoo de Bronx. Creí que podía haberse escondido aquí.

El botones le siguió al vestíbulo en silencio.

Rafferty volvió a acercarse al mostrador.

—¿Le dio Ackerman a guardar algo para la caja fuerte?

—No —repuso el conserje.

—Por favor, eche una ojeada. Tal vez se lo entregó a otro empleado.

El conserje obedeció, mas volvió con la información de que en la caja fuerte no había nada perteneciente a la habitación 897 o a Ackerman.

—Está bien —dijo Rafferty—. Otra cosa. Quiero hablar con el portero. Llámele.

Poco después, un hombre de edad se acercó al mostrador.

—¿Sabe usted algo de un paquete que dejaron en el guardarropas entre el quince y el dieciocho de febrero? Posiblemente lo dejó un hombre llamado Ackerman, que se alojaba en la habitación 897.

—No —replicó rápidamente el portero—. En el guardarropas no hay nada que tenga más de una semana de antigüedad.

—Gracias —expresó Rafferty. Se volvió al conserje—. Volveré más tarde. Tal vez dé una vuelta por aquí.

—Espero que no moleste a los huéspedes —contestó el otro—. Quizá sería mejor avisar al señor Holts, el gerente.

—De acuerdo, dígaselo —asintió Rafferty—. Por supuesto, no molestaré en absoluto. No busco a nadie ni habrá publicidad desfavorable para el hotel. No trato de promover alborotos. Sólo deseo hallar la forma de ponerme en contacto con Ackerman.

—¡Oh! —el conserje se mostró aliviado—. Estoy seguro de que no hallará ningún inconveniente.

—Naturalmente —sonrió Rafferty, saliendo del hotel.

Tras recorrer media manzana, penetró en un bar y pidió irritadamente una bebida. Rafferty no experimentaba la menor sensación triunfante por haber localizado la habitación de Stack. En cambio, sólo tenía conciencia de la fatiga que le consumía, y la idea del trabajo que le aguardaba le conducía al borde de la desesperación. Durante el último mes había empezado a beber frecuentemente; no como escape del cansancio mental que experimentaba sino de la fatiga creciente que envaraba sus piernas, obligándole a caminar a rastras, a veces con un insoportable dolor de cabeza. El licor, que descendía por su garganta sin el menor sabor, no le ayudaba en absoluto; sin embargo, servía para que continuase su labor. Sabía que debía tener mucho cuidado, pues la gente empezaba a observar su afán por la bebida. Feinberg, entre otros; aunque era magnífico que Feinberg fuese amigo suyo. El capitán era adusto en apariencia, pero interiormente era un buen chico. No hablaba mucho y dejaba que sus muchachos trabajasen solos. Rafferty había obedecido siempre sus órdenes, cumpliendo en sus misiones y realizando todo su trabajo... por lo que Feinberg no podía quejarse de él. Rafferty apreciaba a Feinberg. Este se mostraba amistoso y embarazado al mismo tiempo siempre que se refería al hábito de la bebida. En una ocasión le aconsejó que se mostrase más cauto. Y Rafferty sabía que no debía caer en desgracia de Feinberg.

—No has de beber en las horas de servicio, Rafferty —le espetó Feinberg.

No le acusaba. Se limitaba a establecer un hecho.

—Lo sé —convino Rafferty—. Tomo una copa antes de entrar de servicio.

—Lo cual no debe hacer jamás un oficial de Policía. Ten cuidado, ¿quieres?

—Sí —asintió Rafferty—, lo que haga en mis horas libres a nadie le incumbe.

—Te equivocas, y lo sabes muy bien. Un policía está de servicio las veinticuatro horas del día.

—¿Tienes alguna queja de mi trabajo?

Feinberg le miró sorprendido.

—Al contrario, eres estupendo —repuso pacientemente—, y no quisiera perderte, eso es todo.

—No me perderás —replicó Rafferty con brusquedad.

Después se sintió avergonzado.

Al recordar esa conversación, pidió otra copa y obligó a su cerebro a regresar al hotel de Stack. Cada vez le resultaba más difícil concentrarse, mantener su adiestrada mente en el problema con que se enfrentaba. Durante muchos días, el tiempo tendía a confundirle. Un día era igual que otro... su despacho, los informes, la rutina departamental, los casos... todo ello se movía, se superponía, se fundía en los días y las noches que había pasado en las estaciones del Metro, buscando en las casas que rodeaban al inmueble de Park Avenue, en los hoteles... en los innumerables hoteles... Sin embargo, todo esto ya había concluido. Acababa de encontrar el hotel donde se había alojado Stack. Y al localizarlo, su cerebro le decía que había llegado casi al final de su búsqueda, aunque sin razones que apoyasen esta convicción... este presentimiento. Tal vez había desenterrado la información que aún no reconocía conscientemente en su valor intrínseco. Posiblemente, la solución estaba ya a su alcance y él se hallaba demasiado cansado para verla; seguramente, de modo subconsciente la había visto ya la otra parte de su mente, evaluándola perfectamente... apremiándole a verla también.

Retorcía sus ideas con los atornilladores de su voluntad, forzando en su memoria la imagen del conserje. Repasó cuidadosamente toda la información recibida. Stack había llegado al hotel sin equipaje. ¿Llevaba un paquete? El empleado no había mencionado ninguno. Al no llevar equipaje, si hubiese llevado algún paquete, el conserje lo hubiese recordado. De modo que Stack no llevaba el dinero encima cuando firmó la ficha del hotel.

¡Un momento! Esto no era cierto. ¿Por qué suponer que se trataba de un paquete voluminoso? Podía ser muy pequeño, incluso un sobre guardado en el bolsillo.

Rafferty volvió a considerar la cuestión. En esto había algo importante. ¿Un paquete, un paquetito o un sobre? Sí, esto era importante. Aunque Rafferty, instintivamente, presentía la señal de una luz roja en sus razonamientos, él no podía definir dónde estribaba

el fallo. Si era un sobre o un paquete minúsculo, ello significaba que Stack podía haberlo escondido en el hotel. Y también indicaba que Rafferty debía registrar el local de arriba abajo, el sótano, los cuartos de la maquinaria, las salas de lectura, los pasillos del piso donde vivió Stack, los respiraderos y los innumerables lugares donde el fugitivo podía haber escondido el dinero.

Rafferty suspiró fatigadamente. Era como empezar de nuevo. Pero antes, decidió, tomaría otra copa.

Junio, y la brisa de sus noches suaves, se convirtió en el delicado aliento del deseo que acaricia las mejillas y explora las orejas... urgiendo y sondeando con estremecimientos de deleite. La luna se alzaba sobre las Palisades como una flamígera antorcha de miel dorada, y la ciudad se vuelve hacia los siete mil amores del verano. De día, las mujeres, adornadas con flores artificiales, van y vienen por los grandes hoteles de la Quinta Avenida, como muñequitas que bailan al extremo de una cuerda. Junio, no obstante, pasó insensiblemente por las entrañas del hotel Gedney, donde Rafferty escudriñaba todos los días, buscando un pequeño paquete o un sobre. Hasta que una noche, casi a fines de mes, la magia de junio llegó hasta él, cuando se encontraba en el hotel, y su corazón se estremeció, obligándole a salir a la calle. Era junio, el mismo junio del año anterior, y él tenía que ver de nuevo a Rose. La urgencia de su corazón apartaba los ingratos recuerdos de su mente —recuerdos casi olvidados, y ahora ahuyentados por completo—, sin acordarse en absoluto de los desagradables detalles de su última entrevista. La joven se echaría a reír, se arrojaría en sus brazos y le besaría en la boca con sus labios rojos; él enterraría el rostro en su pecho, y gustaría el sabor salino de su piel.

Pero la joven que respondió a su llamada no era Rose, sino Viola Vane. Al verle, ella vaciló en el umbral, y el temor bañó su rostro, dejándolo pálido y tenso. Apresuradamente, él la apartó a un lado y penetró en el apartamento. En el dormitorio había una sola cama. Alguien había reorganizado los muebles, y sobre una mesita había un aparato de radio que funcionaba suavemente en la noche. Aquella habitación transformada le extrañó, y Rafferty sacudió la cabeza como para alejar los viejos recuerdos.

—¿Dónde está Rose? —preguntó.

La joven se quedó junto a la puerta,, manteniéndola abierta, mientras seguía nerviosamente los movimientos del intruso.

—No está aquí... véalo usted mismo. Se marchó.

—¿A dónde?

—No lo sé. Decidió marcharse... y se fue. Nada más.

Rafferty se dejó caer silenciosamente en una butaca, con la cabeza

entre las manos. La realidad de la ausencia de Rose había penetrado súbitamente en su cerebro. La pérdida de la joven le llenaba de terror. Los últimos meses había vivido creyendo que ella vivía aún allí, sostenido por la seguridad de poder verla de nuevo. Se había contentado con enterrarse en su propia soledad y proseguir la búsqueda del tesoro que podía salvar su mundo. Había rechazado la triste realidad, imaginando sus propias fábulas. Y ahora, con el dinero casi al alcance de la mano, Rose había desaparecido.

—¿Por qué? —preguntó. Su voz no contenía ninguna amenaza… sólo una indefensa extrañeza.

Viola Vane leyó en el semblante de Rafferty algo que le obligó a confiar en él. En su expresión era evidente el pesar, y Viola perdió todo temor, regresando al centro de la habitación.

—No pudo continuar —explicó. Al observar la mirada de incomprensión de Rafferty, añadió—: Cuando vino a vivir conmigo tenía muy poco dinero, de modo que nos repartimos el coste del apartamento. Al principio, ella no tenía ánimos para trabajar, y yo lo comprendí… después de todo lo ocurrido —miró inquietamente a Rafferty, mas éste calló—. Bien, poco antes de su visita anterior, Rose agotó sus fondos y decidió volver a trabajar. Dio algunas vueltas y husmeó en un par de agencias… Entonces, cuando vino usted y le rompió la nariz… le resultó imposible encontrar un contrato.

—¿Que yo… le rompí… la nariz? —Rafferty estaba estupefacto.

—¡Seguro! ¡La dejó hecha un guiñapo!

—Yo no quería hacerle daño…

—Hermano, si llega a querer hacérselo…

Rafferty se contempló sus enormes manazas, buceando entre los recuerdos de aquella noche.

—Le pegué, sí —murmuró—. Me… encolericé… y le pegué. No quería hacerle daño —calló y volvió las manos hacia arriba, extendiendo los dedos sobre las rodillas. Sacudió la cabeza—. No supe que le había hecho daño. No hubiese querido tocarle ni un solo pelo de su cabeza.

—Bueno, pues le rompió la nariz —afirmó Viola—. Después, fue inútil buscar agentes ni trabajo. Con una cara como la suya, nadie pagaría un centavo para verla. De modo que tomó la costumbre de quedarse aquí en casa, en cama.

—Yo no quería hacerle daño —repitió Rafferty, monótonamente.

—Finalmente, acabé pagando yo sola el alquiler, comprando la comida y cuidando el apartamento. En verdad, era demasiado. No pude resistirlo mucho tiempo. De modo que, como al fin y al cabo, este pisito es mío… le dije que era mejor que se largase.

—Yo no quería hacerle daño —gimió Rafferty—. Buscaré un médico… haré que le arregle la nariz… igual que antes.

—No servirá de nada —objetó Viola—. Creo que a ella ya no le importa en absoluto su nariz ni su aspecto.

—Conseguiré el dinero… dentro de unos días. Podrá ir al mejor cirujano de la ciudad —de pronto, él sonrió—. Podrá tener todo lo que quiera.

Viola le contempló compasivamente.

—Lo mejor que puede hacer es dejarla tranquila. Por lo que dijo, ella no desea volver a verle.

—¡Oh! No lo crea —refutó Rafferty—. Lo dice por decir. Pero cuando yo vaya a verla… cuando le asegure que todo se ha resuelto, querrá verme de nuevo… siempre —bruscamente abandonó la butaca —. ¿Dónde vive?

—Con una chica llamada Nona Markey. Tengo las señas por ahí. El día en que se marchó, Rose me pidió que le enviase la maleta. Y me dejó el número de Nona. Oh, sí, le mandé la maleta y todavía me debe los tres pavos del transporte.

Viola fue hacia un pequeño escritorio y rebuscó en un cajón atestado de facturas, sobres y papeles. Finalmente, exhibió una hojita con un número garabateado en ella.

—Aquí lo tiene —exclamó.

Rafferty, no obstante, no visitó a Rose aquella noche. Andando en la oscuridad, con las señas de Rose en el bolsillo, experimentó cierto grado de seguridad en su ánimo. Se alegraba de saber el paradero de Rose, y una vez más, el hecho de que todavía estuviese en Nueva York y pudiera verla simplemente alquilando un taxi le satisfacía temporalmente. Sentía grandes remordimientos por el bofetón que la había desfigurado, y ello sólo servía de acicate en su afán de encontrar el dinero. De todos modos, Rafferty sabía que sin el dinero de Stack nada lograría de Rose Pauli.

Naturalmente, el dinero era la solución a todos los problemas. Con él, hallaría un cirujano que devolviese la belleza a Rose; con él, compraría su libertad, abandonando a Katherine y sus hijas; con él, dimitiría de la fuerza de Policía, y él y Rose empezarían una nueva vida… en Florida, California o Arizona. Pero hasta conseguir el dinero, era inútil visitar a Rose. Sólo discutirían y él no podría ayudarla… ni darle dinero para ir a ver a un médico.

Volvió con redobladas energías, a registrar el Gedney. Lo recorría de arriba abajo, incansablemente, en todas sus horas libres; gruñendo ante los escasos minutos perdidos en el Metro, cuando volvía a su casa para dormir. Empezó a no ir a su casa de Brooklyn por las noches, durmiendo en la trastienda de un bar de la Tercera Avenida. Lo regentaba un amigo suyo, un tipo gordinflón llamado Vince Korum, que había sido bombero y luchador de *catch*. Detrás del bar, angosto y

oscuro, con olor a aserrín y a cerveza, había una habitación con un par de camastros, donde Korum pasaba sus horas libres. Rafferty empezó a utilizar aquella habitación, cuando aparecía a las dos o las tres de la madrugada... pálido, sucio, agotado por su labor. Tras cerrar el bar por la noche, ambos se tumbaban en las literas, con una botella que pasaba de mano en mano, y a veces Rafferty conversaba con su amigo. No le hablaba franca o directamente, y es posible que hubiese ya perdido la habilidad de hacerlo, a no ser de manera circunspecta, dando mil rodeos, abordando el tema que le obsesionaba, y callando de pronto, atemorizado.

—Vince —le espetó en una ocasión—, un tipo vive bien cuando ignora lo que quiere. En este pícaro mundo, todo el mundo te dice: «Decide qué quieres hacer, y hazlo.» Mas tan pronto como uno lo decide, inmediatamente parece imposible conseguirlo. O, por lo menos, hay que matarse para alcanzarlo.

—Sí —replicó Korum, tomando un sorbo de la botella—, supongo que la ignorancia es una bendición. Yo soy un bendito.

—No me refería a esto —se enfurruñó Rafferty—. Quiero decir que cuando se tiene algo no parece importante. Si no lo tienes, y le concedes gran importancia a la cosa, jamás la consigues. Si no la quieres, es posible que lo obtengas todo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, tomemos un chico que ha heredado un montón de pasta. Que ha tenido pasta toda su vida; para él, el dinero carece de importancia y no le preocupa... y sigue consiguiendo más pasta sin el menor esfuerzo.

—No es un buen ejemplo —rezongó Korum pensativamente—. Siempre se ha dicho que el dinero atrae al dinero...

—De acuerdo. Otro ejemplo. Un tipo está casado con una mujer guapa. Y no le da importancia a la belleza de su mujer. Sabe que es suya. Cuando la engaña, siempre lo hace con mujeres más hermosas. O tomemos un tipo que siempre sale con una buena hembra; si rompe con ella, siempre encuentra otra más guapa todavía. Mientras que algunos individuos no encuentran una mujer que valga la pena en toda su vida.

—Sí, te entiendo —suspiró Korum.

—En tal caso, sabes más que yo —masculló Rafferty—, porque yo ya no me entiendo ni a mí mismo. Antes sí me comprendía, pero ahora ya no. Antes yo era buen católico; caramba, tengo un hermano cura. Y durante mucho tiempo fui un buen oficial de Policía. Pero ya no, Vince, ya no.

—¿De qué diablos hablas? ¿Estás borracho?

—No, no estoy borracho. Quiero decir esto: la Iglesia tiene unas leyes. Y no es posible tontear con ellas. Son unos mandamientos

claros, directos. Tienes que hacer tal cosa y no hacer tal otra. Si quebrantas un mandamiento de la Iglesia, cometes un pecado. Esto es muy simple si tienes fe. La Iglesia puede obligarte a vivir bien y acatar sus leyes. Sólo te amenaza con lo que puede ocurrirte después de muerto. Si crees en la Iglesia, obedeces sus mandamientos. Si no crees, la Iglesia no tiene ni el menor poder sobre ti...

—Sí... —asintió Korum—. ¿Quieres un trago?

—Lo mismo pasa con la justicia... con los que hacen cumplir la ley... la ley del Estado. Haz esto, no hagas aquello. Si quebrantas una ley del Estado... es un crimen. Si crees en el Estado, crees que serás castigado... por ejemplo, a treinta días de cárcel. O al asador. Pero si no crees en el Estado, si te imaginas que no van a atraparte, obras como se te antoja —calló un instante y agregó—: Te sorprendería saber cuánta gente sigue adelante con este credo.

—Tú creías en ambas cosas —recordó Korum.

—Lo cual no sirve de nada —replicó Rafferty—. Ni la Iglesia ni el Estado se estiman mucho mutuamente. La Iglesia dice: «No adorarás a otro dios que a Mí», y al Estado le importa un rábano que sus ciudadanos adoren a una serpiente de cascabel. La Iglesia dice: «No matarás», y el Estado dice que, bajo ciertas condiciones matar está muy bien.

—¿Y cuál es la respuesta?

—No lo sé —confesó Rafferty—, no lo sé. Tal vez exista una tercera ley... una ley natural, una ley moral con la que nacemos ya. Es una ley que funde a las otras dos en una, dándole al ser humano el sentido del bien y el mal... algo sobre lo cual la Humanidad podría edificar su bienestar... —cambió de postura y se tapó mejor con la manta—. Bueno, voy a dormir.

Algunos relojes adelantan mucho cuando van a descomponerse. El impulso que Rafferty experimentó a raíz de su visita a Viola Vane no duró mucho. Sus conversaciones con Korum sólo prosiguieron unos días. Pronto volvió a caer en un estado de postración, de retraimiento, saludando a su amigo solamente con una inclinación o muy parcas palabras. Se metía en el camastro y caía agotado. Muchas veces, Vince Korum le oyó musitar en sueños, moviéndose inquietamente, lanzando a veces un grito breve en mitad de la noche. Por la mañana, Rafferty siempre se despertaba y abandonaba el bar cuando se levantaba Korum.

Estaba ya mediado julio, y el ardiente calor del verano agostaba las casas, los pavimentos y la gente. La vida parecía secarse todos los días en la ciudad, y todo el mundo se dejaba ganar por el cansancio. El capitán Feinberg llamó a Rafferty a su despacho, y éste se mantuvo a pie firme, con sus ojos enrojecidos y el pelo gris; la chaqueta le

colgaba flojamente de los hombros, y tenía muy sucio el cuello de la camisa. Estaba recién afeitado, pero el conjunto daba la impresión de distracción y desorden.

—Emmet —le espetó Feinberg—, voy a concederte tres semanas de permiso.

—¿Ocurre algo?

—Nada, salvo que creo que trabajas demasiado —Feinberg dio la vuelta al escritorio y le palmeó en la espalda—. Tómate un descanso. Vete a la costa. Este calor es capaz de agotar a cualquiera.

—Me encuentro muy bien —se obstinó Rafferty.

—¡Diantre! —estalló Feinberg—. Intento hacerte un favor, chico. Hasta otoño no tiene vacaciones. Ahora te doy la oportunidad de huir de este horno y parece como si te molestase. ¿Qué te pasa?

—Nada —replicó Rafferty—, pero no me gustan los favores.

—¡Favores! ¡Mírate a un espejo! —Feinberg volvió detrás de la mesa—. Estás tan cansado que ni puedes sostenerte de pie. Y has estado bebiendo; hace meses que huelas a alcohol. Seguro que no te has quitado la ropa hace una semana... y aún hablas de favores. Bien, no es un favor. Es una orden.

—De acuerdo —se conformó Rafferty, abandonando el despacho.

El tiempo le pertenecía. Durante tres semanas. Tres semanas para encontrar el dinero y volver junto a Rose. Unos días más y terminaría la búsqueda en el Gedney. Consideraba aliviado el término de sus labores en el hotel, mas sin esperanza. Sabía instintivamente, como lo había sabido todas aquellas semanas, que el dinero no estaba escondido allí. Pero su experiencia le obligaba a terminar el registro. El trabajo de un policía no le permite pasar nada por alto, ni dejar de considerar cualquier pista, por nimia que sea. Siempre existía la posibilidad (aunque exigua) de que el pequeño paquete o el sobre estuviese escondido allí. Mas hasta tener la seguridad de que no era así, tenía que seguir buscando.

No dijo nada a Katherine ni a sus hijas respecto al permiso, y sólo volvió a Brooklyn para cambiarse de ropa y darse un baño ocasional. Siguió durmiendo principalmente de noche en el bar de Vince Korum, y las restantes horas andaba por los corredores del hotel, buscando, sondeando, mirando.

Finalmente, llegó el día en que Rafferty comprendió que había terminado la búsqueda. El dinero no estaba en el Gedney. Estaba ya resignado al desaliento y sólo le quedaba un débil atontamiento. Si el dinero no estaba en el hotel, ¿dónde estaba? Recorrió lentamente el vestíbulo y pasó ante la recepción. Sus idas y venidas ya no interesaban al personal del hotel. En realidad, formaba parte de su vida... le veían a todas las horas del día y de la noche... andando por los corredores, registrando los escondrijos del edificio. Hablaba poco,

y hacía tiempo que habían dejado de preguntarle. No molestaba a los huéspedes ni tenía exigencias con el servicio. Cuando cruzó la puerta de salida por última vez, nadie le vio marchar; y hacía varios días que no daba vueltas por allí sin que hubieran advertido su ausencia. Cuando la advirtieron,, nadie se preguntó dónde estaría o si había encontrado lo que buscaba.

Volvió al bar de Vince Korum y éste se extrañó de verle por la tarde. Rafferty compró una botella de licor y se la llevó a la trastienda. Se desnudó lentamente, escondió el revólver bajo el colchón y se quedó en calzoncillos. Cansado, sintiéndose viejo, trepó al camastro con la botella.

Aquella tarde se emborrachó.

14

Aunque embotado por el licor y agotado por el cansancio, una parte del cerebro de Rafferty continuó forcejeando con el enigma. Los misteriosos impulsos de la mente, como una gigantesca máquina electrónica taladrando tarjetas y reuniendo datos, seleccionaba, medía, pesaba los fragmentos de información que poseía. Una y otra vez, la información era clasificada, examinada y procesada; y cada vez, la clave final se negaba a surgir y a dar la respuesta definitiva.

¡Pero tenía que haber una respuesta! Rafferty permaneció varios días en la trastienda de Korum, bebiendo hasta llegar al sopor, en un estado semiinconsciente. Ocasionalmente, Korum le entregaba algo para comer. Rafferty masticaba los bocadillos sin sentir el menor sabor, y sorbía el café negro, muy cargado, servido en vasitos de papel, gesto que sólo se debía a la amistad del otro. En realidad, Rafferty no podía comer porque su estómago, rebelde a causa del licor, se negaba a contener la carga de la comida. Y como comía poco, empezó gradualmente a beber más y a dormir menos. De esta forma, sin darse cuenta, abandonó su largo período de borrachera y lentamente recobró parte de su sobriedad.

Sin embargo, regresó a un mundo irreal, y la sobriedad de Rafferty fue más bien de comparación que de autenticidad. Era sobrio en el sentido de no estar borracho a causa del licor, pero su mente estaba intoxicada como resultado de sus ayunos, y él se sentía lleno de una extraña sensación de ligereza y flotación. Su cuerpo, de forma separada, obedecía a su voluntad, aunque él lo consideraba, como a su cerebro, dos entidades separadas entre sí, totalmente independientes. De pronto, se sintió preso de una nueva energía. «Piensa, chico —le ordenaba el cerebro—, piensa.» Y una vez más reanudó su tarea.

Cuando le asaltó la idea, lo hizo sin previo aviso. Sin el menor obstáculo, se metió entre sus pensamientos, como un fragmento de información que había conseguido varias semanas antes, examinándolo muchas veces. En esta ocasión, quizás el proceso descargó un producto químico nuevo o diferente, o abrió un circuito electrónico distinto en su mente. Mas sin darse cuenta, la idea estuvo allí de pronto, creciendo, aumentando de tamaño.

«Ackerman —pensó Rafferty—, Ackerman... ¡Claro! El medio más seguro de guardar el dinero era enviárselo por correo a sí mismo. No tenía que cuidar de él... Stack... no... a nombre de Ackerman.»

Era natural. En algún momento después de salir Stack de Chicago, recogió el dinero y lo metió en un sobre, enviándolo seguramente por correo. Sabía que venía a Nueva York, de modo que lo mandó a esta

ciudad. ¿En qué forma? A la lista de correos. De modo que, de esta manera, el dinero estaría en Nueva York, en el sitio más seguro, donde él podría ir a buscarlo cuando le acomodase, antes de zarpar.

Rafferty comprendió, sin lugar a dudas, que había hallado la respuesta. Se sintió invadido de una gran emoción. Había triunfado. ¡Había derrotado a Stack! Su cerebro jamás había pensado con tanta claridad, con tanta agudeza. El solo había llevado a cabo una tarea sobrehumana. No había pedido ayuda a nadie. El dinero, por fin, estaba prácticamente en sus manos. Se lo había ganado; era suyo.

Consultó rápidamente su reloj de pulsera, pero hacía días que estaba parado. Inspeccionó atentamente la habitación, recogió sus ropas y se vistió. Ya vestido por completo, se contempló a un espejo y se sorprendió ante la barba de varios días que casi le cubría el rostro.

Korum se hallaba tras el mostrador cuando él entró en el bar y le saludó con placer y sorpresa.

—¿Te encuentras bien? —se interesó.

—Seguro —asintió Rafferty—, me encuentro perfectamente.

—¿Vas a salir?

—Sí, he de cumplir una misión.

—Si te encuentras bien —vaciló Korum—, tal vez sería conveniente que esta noche te fueses a casa…

—¿Qué pasa? ¿Te molesto? ¿Te has cansado de mí?

—No… no, claro —se apresuró Korum a tranquilizarle—, no es esto, Emmet. Pero llevas una semana sin ir por tu casa. La segunda noche que estuviste aquí, llamé a tu mujer. Me hice pasar por policía y le dije que tenía un recado tuyo para ella. Le conté que tenías que irte súbitamente a Texas para volver con un preso…

—Gracias —agradeció Rafferty casi con indiferencia.

—Bueno, tu mujer puede haberse sentido inquieta y haber llamado a tu despacho o a tus jefes… Diantre, no puedes estar toda la vida fuera de casa, Emmet.

—¿Qué hora es, Vince?

—Casi la una —Korum miró por la ventana—. Está lloviendo —añadió.

—¿Tienes por aquí alguna tarjeta de admisión en clubs o alguna carta?

—Sí, creo que sí —asintió Korum—. ¿Por qué? ¿Las necesitas?

—Sí… Veamos qué tienes…

Korum abrió un cajón del mostrador y . hurgó en su interior, hasta que finalmente colocó delante de su amigo un montón de sobres que contenían facturas, anuncios, algunas cartas personales y varias cartulinas con encabezamientos… todas ellas de nombramientos como miembro del «Club Democrático» del barrio, de la Asociación Atlética de la calle Dolphin y del «Coney Island Beach Club». Rafferty las miró

y eligió tres sobres cuyas direcciones de remitente eran de industriales, a nombre de Korum, y además la tarjeta del «Club Democrático», escrita a lápiz.

—De acuerdo —dijo—. Ya nos veremos, Vince.

Se metió los sobres y la tarjeta en el bolsillo.

Rafferty descendió lentamente por la Tercera Avenida, mientras la llovizna iba empapándole el traje. Arriba, el elevado de la Tercera gruñía, mientras los impacientes taxistas tocaban incesantemente la bocina por entre el denso tráfico, que cruzaba las aberturas formadas por las pilastras del tren eléctrico. A una manzana de distancia del bar de Korum, Rafferty penetró en una peluquería y se dirigió al único sillón del local.

—Afeitado —le pidió al barbero.

Más tarde continuó por la Tercera Avenida abajo.

En la esquina siguiente había un *drugstore*, en el que entró, y fue hacia el mostrador, donde exhibían toda clase de mercancías. Al dependiente, sudoroso, con una chaqueta amarilla muy manchada, le pidió un frasco de tinta azul-negra, una pluma con plumín de acero, una goma de borrar, un lápiz de dureza media y un frasco de líquido borratintas. Tras haber pagado, se llevó los materiales junto al surtidor de agua, donde pidió un vaso. Con él en una mano y lo demás en la otra, se sentó en una mesita, cerca del surtidor.

Colocó los tres sobres en la mesa y aplicó cuidadosamente el líquido borratintas sobre el nombre de Vince Korum, sin tocar la dirección ni el nombre de la ciudad. A medida que la tinta se tornaba parda, después amarilla y lentamente pasaba a un gris muy ligero, Rafferty iba secando el líquido con una servilleta de papel. Meticulosamente, aplicó una segunda capa del producto, y cuando se secó, sólo un atento examen habría descubierto las leves señales dejadas en la superficie de los sobres. Abrió el frasco de tinta, mojó la pluma y clareó el color en el vaso de agua. Ensayó varias veces el procedimiento hasta quedar satisfecho de que el matiz de la tinta de su pluma era exactamente igual que el de los sobres.

Imitando en lo posible la escritura de los tres sobres, escribió el nombre de Ackerman en cada una, variando solamente el nombre propio de Eddy a Edward, y finalmente sólo puso la E inicial. Apartó los sobres a un lado, para que se secasen, y empezó a ocuparse de la tarjeta de socio. Suavemente, borró el nombre escrito a lápiz de Vince Korum con la goma, y escribió osadamente, en tinta, el nombre de Edward Ackerman. Rafferty inspeccionó entonces los sobres y la tarjeta con mirada crítica; satisfecho, se los metió en el bolsillo. Dejó la mesa y salió del *drugstore*, dejando la tinta, la pluma y los borradores sobre la mesa.

El empleado de correos de la estafeta del número 90 de la calle Church, en la ventanilla de lista general, había buscado una y otra vez en los casilleros.

—Lo siento, pero aquí no hay nada para usted.

—Tiene que haber algo —insistió Rafferty—. Sé que hay un sobre para mí... a nombre de Edward Ackerman.

—Tal vez no haya llegado todavía —replicó el empleado—. Vuelva mañana o pasado.

—Fue enviado hace seis meses. .

—¡Oh...! —exclamó el empleado—. Esto es diferente. No guardamos las cartas de lista más que diez días.

Rafferty experimentó en el estómago la tenaza del miedo.

—¿Qué hacen entonces?

—Devolvemos las cartas a la estafeta principal, cerca de la estación de Pennsylvania —explicó pacientemente el empleado—. Si hay remitente se devuelven.

—No —le interrumpió Rafferty tajantemente—, en la carta no había remitente. ¡No podía devolverse!

—Entonces —sentenció el otro—, en este caso, estará en la oficina de cartas perdidas. Allí las guardan cierto tiempo. Si nadie las reclama, las abren finalmente, y si se trata de un asunto importante intentan ponerse al habla con el remitente.

—¡Al diablo! —juró Rafferty, metiéndose las manos en los bolsillos para dominar su temblor.

—¿Cómo dice?

—¿Cuánto tiempo retienen las cartas en la otra estafeta?

—No lo sé exactamente.

—Un año, ¿verdad?

—No, no tanto. Un año es mucho.

—¿Seis meses?

—Tal vez... sí, quizás unos seis meses. Creo que sí, aunque no más...

—¡Gracias!

Rafferty salió como un huracán en dirección a la oficina central de correos situada en la Octava Avenida esquina a la calle Treinta y uno. Eran casi las tres de la tarde cuando llegó al sólido edificio de piedra, de casi dos manzanas de extensión, manchado y sucio por la respiración de su vecina: la estación de Pennsylvania. El edificio se alzaba solitario y con cierta dignidad detrás de varias filas de columnas, flanqueado y custodiado por los escalones de piedra que lo protegían.

Rafferty, de pie en el primero de los amplios escalones, leyó la leyenda esculpida en piedra, en lo alto de la fachada:

Ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor,

ni la niebla o la noche impiden que los correos
cumplan con diligencia sus rondas de reparto.

Apartó los ojos de aquellas dignas palabras, y su respiración pareció ahondarse a causa de la excitación. Cuidadosamente sacó un cigarrillo del arrugado paquete ya agotado. Protegió la cerilla de la lluvia con la mano y encendió el pitillo. Lentamente ascendió la escalinata y se detuvo al amparo de la fachada, examinando sus temores. Si la carta de Stack hubiese sido abierta, las autoridades postales estarían alerta para apresar a la persona que viniera en su busca. Obviamente, no habrían sabido quién enviaba el dinero ni a quién pertenecía, pero estarían sumamente interesados en el asunto, debido a la enorme cifra. Muy interesados. Por otra parte, él era un oficial de Policía, autorizado por la ley. Había trabajado en el caso Stack. Podía estar todavía trabajando en él por iniciativa propia. Aunque, teóricamente, si tenía ciertas ideas respecto al paradero del dinero, lo normal hubiese sido ponerse en contacto con las autoridades postales y actuar por medio de los canales de procedimiento regulares. Mas, ¿por qué no podía ser él uno de esos policías que desean la gloria toda entera para sí? Era muy posible. Y sería difícil demostrar que no era así. Tiró el cigarrillo y entró en el edificio sumido en penumbra.

El empleado era relativamente joven, aunque con experiencia en el servicio postal. En su voz había una nota permanente de belicosidad.

—Si fue enviada la carta a mediados de febrero, no creo que esté aquí —dijo sacudiendo la cabeza.

—Mírelo, por favor —le apremió Rafferty—. Dé un vistazo.

—La gente no puede esperar que conservemos eternamente sus cartas —replicó el empleado, a la defensiva—. ¿Por qué no vino antes a reclamarla?

—No sabía que me la habían enviado —explicó oscuramente Rafferty—. Y de pronto, encontré al remitente en la calle. Bueno, hoy mismo, ¿entiende? Le pregunté por cierto asunto y me contestó que me había escrito cuando estaba él en el Oeste Medio, hacia mediados de febrero, según creía —respiró hondo—. Yo me servía de la lista de correos hasta que encontré alojamiento fijo. Luego, ya no volví a usarla. Por esto, no se me ocurrió venir a...

—De acuerdo —suspiró el empleado—. Iré a ver. ¿A qué nombre?

—Ackerman. Edward Ackerman.

El empleado desapareció y estuvo fuera de la ventanilla unos minutos. Rafferty se movió varias veces con inquietud. Tenía el rostro encendido por la excitación y se apoyó pesadamente en la pared de mármol, para enfriar su impaciencia. Encendió el último cigarrillo,

pero le supo a mil diablos y lo apagó, pisoteándolo. A medida que transcurrían los minutos iba consultando el reloj, olvidado de no haberle dado cuerda. Se echó el sombrero hacia la nuca, apoyó los codos en la ventanilla y descansó el peso del cuerpo en los brazos.

De pronto, el empleado regresó con expresión solemne.

—Son doce centavos —dijo.

El aire salió de los pulmones de Rafferty en un largo suspiro.

—Los pagaré —replicó, tratando de mantener la firmeza de su voz.

—Ha tenido suerte. De no haber sido por esa deuda, habríamos destruido ya la carta. No podíamos devolverla porque carece de remite. Ordinariamente, no guardamos tanto tiempo las cartas, a lo sumo tres o cuatro meses.

Rafferty dejó un níquel y dos centavos en la ventanilla.

—Aquí tiene la pasta.

—¿Tiene algún documento acreditativo?

—Seguro.

Rafferty sacó del bolsillo la tarjeta del «Club Democrático» y la enseñó a través de la ventanilla.

—También llevo algunas cartas, creo —añadió, sacando los tres sobres pedidos a Korum. El empleado les echó una simple ojeada—. Basta con esto, ¿verdad? —preguntó Rafferty con tono firme—. ¿Necesita algo más?

—No. es suficiente —replicó el empleado con indiferencia.

Pasó un sobre color manila por la ventanilla. Rafferty, con semblante inexpresivo, se metió el sobre en el bolsillo y se alejó lentamente.

Había sido cuestión de quince segundos. En un momento dado, uno está harto, sin esperanzas y casi quebrantado, y quince segundos más tarde un sobre cambia de manos. De repente, uno tiene dinero... setenta y cinco mil dólares... y el mundo es suyo. Los problemas... los *grandes* problemas que antes tenía, se han evaporado como la niebla bajo los calurosos rayos del dinero. El individuo ha comprado su libertad y el mundo es suyo. Se coge el sobre, se lo mete uno en el bolsillo y atraviesa un vestíbulo. Abre una puerta, desciende una escalinata; de pronto, uno está en la acera, y la lluvia ya no moja ni empapa ni es molesta; no es nada, absolutamente nada. Si el traje y el sombrero se mojan, uno puede tirarlos y comprar otros. En quince segundos, la vida cambia; en el espacio de quince segundos, un bebé respira por primera vez; un moribundo deja de respirar; un sobre cambia de manos y por primera vez uno tiene todo lo que deseaba.

Y en quince segundos de tiempo uno vuelve a ver a Rose. Primero, uno se dirige a su casa, a la dirección dada por Viola, y llama

a la puerta. El picaporte gira y en quince segundos la puerta se abre y Rose está en el umbral. Pero hay que hacer otras cosas antes de llamar a la puerta. No es posible ir a verla como un pordiosero. Por tanto, antes hay que alquilar un taxi y entrar en él. Después, dar la dirección del hotel «Gedney»; no es muy buen hotel, pero el gerente te conoce y te concederá una habitación sin equipaje.

Rafferty se quitó los pingajos de su cuerpo y se los entregó al botones.

—Que me planchen el traje y que me traigan una camisa nueva y una corbata.

—¿De qué medida? —preguntó el botones.

—Del diecisiete —replicó Rafferty—. También quiero que me suban una botella de whisky escocés con hielo.

—Sí, señor, al momento.

El botones salió disparado.

Rafferty cruzó la habitación hacia el lugar donde había dejado el valioso sobre. Lo tomó y le dio vueltas en las manos, pensando en las horas, en los días, en las semanas, en los meses de su vida que había perdido por él. Sentía la cabeza despejada, aunque con cierta fatiga y debilidad. De repente la habitación empezó a dar vueltas y las cuatro paredes formaron un borroso panorama de cuadros y retratos. Cerró fuertemente los ojos; el mareo pasó rápidamente y Rafferty volvió a levantar los párpados, fue hacia la cama y se sentó. Deliberada, cuidadosamente, desgarró la solapa del sobre y colocó su contenido sobre la colcha... tres bonos del tesoro de Estados Unidos, sumamente adornados. Cada uno por la suma de veinticinco mil dólares. Le interrumpió una llamada a la puerta. Deslizó los bonos bajo la colcha, fue hacia la puerta y abrió.

Era el botones que volvía con el whisky y el hielo que tintineaba como campanillas en el cubo. Rafferty le pagó y el chico se marchó.

Tras meter dos cubitos en el vaso, vertió el licor y se llevó la bebida hacia una butaca situada detrás de una mesita con recado de escribir y se sentó. Tras extender las piernas, cruzó lo tobillos. De pronto sintió la ilusión de que las energías restantes abandonaban su cuerpo descendiendo a las piernas y extendiéndose por los pies y goteando hasta formar un charco invisible en el suelo. Las energías pasaron por debajo de la puerta hacia el pasillo, formando pequeñas olas en el mismo y cayendo en cascada por la escalera hasta llegar a la planta baja. Con un esfuerzo consciente, descruzó los pies, los plantó firmemente sobre la alfombra y la ilusión se desvaneció. Levantó el vaso, contemplando los juegos de la luz en el cristal y en el hielo que resplandecía contra el tono ámbar del whisky. Luego se llevó el vaso a los labios y bebió. El líquido descendió hacia su estómago, calentándole; lentamente, apartó el vaso de su boca y lo sostuvo ante

sí, jugando con él entre sus dedos.

—A tu salud, Stack —murmuró finalmente—. ¡A tu salud, hijo de perra! Estoy aquí, en el «Gedney», donde tú estuviste. ¿Y dónde estás ahora? Aquí estoy yo con una buena bebida en la mano, y tú ni siquiera puedes tomar un sorbo de agua —cogió la botella y volvió a llenar el vaso lentamente—. Yo tengo la pasta y tú... El dinero no te hará ya ningún bien. Y esta noche —agitó ligeramente el vaso sugiriendo un brindis—, esta noche veré a Rose —el triunfo huyó de su voz y bruscamente se enojó—. ¡Maldito seas, Stack! ¿Por qué no pudiste marcharte tranquilamente, sin ver a Rose?

Se puso en pie y permaneció vacilando junto al asiento, con el rostro húmedo de sudor. No estaba bebido, pero se sentía enfermo y el licor le había sentado mal al estómago.

Era mejor ducharse. Cuando hubiese terminado, la ropa estaría ya sobre la cama y se vestiría. Después, comería algo y luego... Era preferible ir antes a ver a Rose. Se quitó los zapatos, los calcetines, los calzoncillos y fue hacia el baño. Era un cubículo con una combinación de bañera y ducha. Se metió en la primera, corrió las cortinas de plástico y dejó correr el agua. El chorro de la ducha le golpeó el pecho, y lentamente fue graduándolo para que jugase con su cuello y sus hombros. Como no le procuró ningún alivio ni estímulo, acabó por cerrar el grifo. Descorriendo las cortinas, salió de la bañera para secarse.

La humedad de la ducha se había condensado sobre las frías losetas del suelo y su pie resbaló en el pequeño charco de agua. Cayó hacia atrás y su nuca pegó contra el borde de la bañera. Instantáneamente, no vio más que tinieblas.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó la voz.

A Rafferty le pareció que había estado oyendo aquella misma voz largo tiempo. Abrió los ojos y contempló el rostro de un desconocido.

—¿Quién es usted?

—El camarero, señor. Le he traído la ropa y le he hallado a usted en el suelo. ¿Se encuentra bien?

El rostro se apartó, la luz del cuarto de baño hirió las pupilas de Rafferty.

Intentó incorporarse y el dolor le atravesó la cabeza, poniendo chispitas coloreadas en la base del cráneo. Cerró los ojos y se apoyó sobre un codo.

—Ayúdeme a levantarme —rogó.

El camarero se puso detrás de él y pasó los brazos en torno al pecho del herido, tratando de levantarle. Rafferty se asió al borde de la bañera, se irguió, con el estómago ardiéndole, y la garganta convulsionada por los espasmos de la náusea. Se apoyó en la pared.

—Será mejor llamar a un médico —sugirió el camarero.

—¡No! ¡Un médico no!

Rafferty abrió los ojos, y en su cabeza, el dolor empezó a zumbar con un ritmo exacto, manteniendo un latido regularizado con el pulso de la sangre. Aquel zumbido le mordía el cerebro, sin ganar ni perder en intensidad, y él trastabilló fuera del baño y se dejó caer en la cama, con la cara enterrada en la colcha.

—Estoy bien —murmuró débilmente—, estoy muy bien... Puede irse... ya puede irse...

El camarero vaciló junto a la puerta del pasillo, con la mano en el pestillo.

—Bien, si usted lo dice... Pero tiene un enorme chichón en la cabeza.

—Estoy bien —repitió Rafferty.

La agonía desgarraba los músculos de su cuello, dejándolos envarados por completo.

—Yo, en su caso, llamaría a un médico —insistió el camarero—. Puedo buscar uno y...

—No, gracias.

Rafferty encontraba las palabras con dificultad.

Quedamente, el camarero salió al pasillo y cerró suavemente la puerta a sus espaldas. Rafferty continuó en la cama, con los ojos cerrados, escuchando el ritmo del zumbido en su cabeza... sintiendo cómo cambiaba a un compás de dos por cuatro en una interminable repetición. Finalmente, perdió el conocimiento por segunda vez.

Era de noche cuando volvió en sí, y la habitación estaba a oscuras. Bajo su cuerpo, la colcha estaba mojada por el sudor. El tremendo dolor ya había abandonado su cabeza siendo reemplazado por un malestar soporífero, que tornaba borrosos sus pensamientos y le hacía ver visiones. La tela de la colcha junto a su cara parecía cobrar vida, y sus fibras se estremecían animadamente. Volvió los ojos al alféizar de la ventana, y la madera barnizada se abrió y ensanchó hasta que pudo divisar los estratos del grano y la estructura de las células que pulsaban en una danza infinitamente pequeña.

Rodó sobre sí mismo y vio la luz que penetraba en el dormitorio, procedente del cuarto de baño. Logró, por fin, sentarse en la cama, sin voluntad, sin pensamientos, y permaneció en aquella postura largo tiempo. Por fin, consiguió ponerse de pie y empezó a pasearse por la habitación, recogiendo las ropas. Por fin consiguió vestirse.

Los quince segundos en los que volvió a ver a Rose nuevamente no fueron como los había imaginado. Cierto que la casa era la misma; las casas baratas, en las calles baratas, son siempre iguales en todas las grandes ciudades del mundo. El pasillo oscuro, sin alfombrar, el descansillo también casi a oscuras del tercer piso, con los mismos

olores mezclados: a comidas quemadas, desinfectantes, olores corporales y moho… retenidos todos por la madera del edificio, cimentados con el polvillo del aire. Rafferty no tenía conciencia de nada en aquella noche de triunfo, en aquel instante de éxito, salvo de la puerta que tenía ya delante. Había llegado hasta allí impulsado por la resistencia de su organismo, por su implacable determinación y, más importante, por su amor hacia Rose Pauli. Estaba allí para verla de nuevo y reclamarle su amor.

La puerta se abrió y una mujer le miró sorprendida. La reconoció. La reconoció a pesar de la grotesca nariz de pico de loro, y del cabello platinado, ennegrecido en las raíces. Tenía el rostro ajado, y no mostró ninguna sorpresa al verle. Rafferty cruzó el umbral y la rodeó con los brazos, pero ella apartó la cabeza para que no pudiera besarla.

—Rose —murmuró—, he vuelto…

—Sabía que vendrías —asintió ella, con voz desprovista de toda emoción.

Se revolvió ligeramente entre los fuertes brazos, aflojando la presa, apartándose.

El dejó caer los brazos, liberándola, y ella se alejó. La expresión de Rafferty mostró su extrañeza al ver que Rose ponía la distancia de toda la habitación entre ambos.

—No pareces muy contenta de verme.

—¿Tendría que estarlo?

Rose llevaba un vestido estampado barato que él no había visto nunca, y en la garganta lucía un broche en forma de tortuga con esmeraldas de imitación. La luz que jugueteaba en la pieza de bisutería atrajo la atención de Rafferty, y la contempló fijamente hasta que el vidrio cobró vida ante sus ojos.

—He contestado a tus palabras —repitió ella monótonamente—. ¿Por qué habría de estar contenta?

El se llevó una mano a la nuca, manteniéndola allí para apaciguar el dolor y la miró intensamente.

—He venido a buscarte, cariño —manifestó—. Todo está resuelto.

—Nada está resuelto, Emmet. Nada en absoluto —dio un paso hacia él, con tono súbitamente plácido—. Oye, sé buen chico. Vete y no vuelvas… Dentro de unos minutos vendrá a buscarme un amigo…

—¡No vas a salir con nadie! —afirmó él tras una ligera pausa—. Tú eres mi chica. ¡Eres todavía mi chica!

—No seas necio —replicó ella tranquilamente—. He tenido muchos amigos desde la última vez que nos vimos.

—¡No digas eso!

La voz de Rafferty cubrió el espacio entre ambos y su violencia sobresaltó a Rose.

—Calma, Emmet —sus manos empezaron a jugar con las arrugas

de su vestido—. No tienes ningún derecho sobre mí… ya no…

El rostro de Rafferty esbozó una irónica sonrisa. Sin dejar de sonreír, avanzó hacia ella, fija su mirada en el menor de sus movimientos.

—Dices esto porque aún no sabes que yo tengo ya…

—No importa lo que tengas ahora.

—Tengo la pasta. Toda. Los setenta y cinco grandes —explicó suavemente, vigilando la expresión de la muchacha.

Ella sonrió, vacilante.

—Seguro, Emmet —concedió con rapidez, con demasiada rapidez—, tienes la pasta. Y ahora, ¿por qué no te marchas y te gastas el dinero alegremente…? ¡Ve a divertirte!

El sacudió tristemente la cabeza.

—No me crees… Piensas que no tengo el dinero. Bueno, pues lo encontré… y está aquí, en mi bolsillo.

Se llevó una mano al costado y acarició la tela amorosamente.

—Te creo —asintió ella, mas su tono desmentía sus palabras. Agregó apresuradamente—. ¿Pero no comprendes que esto ya no significa nada para mí? Aunque tuvieses el dinero —se corrigió rápidamente—, aunque tengas el dinero, esto no cambia nada. Ya es tarde, Emmet.

Rafferty atravesó velozmente la estancia y asió a Rose por el brazo.

—Escucha —gritó—. Quiero enseñarte una cosa…

Le soltó el brazo y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, de donde sacó los tres bonos del Gobierno. El crujido de los papeles resonaron en el vacío, y el colorido de sus tintas armonizaron con la esmeralda del broche de Rose. Le puso los bonos entre las manos.

—Vamos, míralos —la apremió—. ¡Vamos!

La joven se dirigió a una atestada mesita situada a un lado del cuarto y sostuvo los bonos junto a una lamparita. Durante un momento los tuvo entre las manos; luego los desdobló y empezó a leer.

De pronto, estalló en una carcajada.

Aquel sonido creció histéricamente en la angosta habitación, aumentando y restallando en un enorme aullido, azotando las paredes, desgarrando los oídos de Rafferty. Parecía como si Rose hubiese de reír eternamente, y él permaneció inmóvil en el sitio exacto donde se había quedado. Se llevó el reloj a los ojos, pero las manecillas inmóviles por falta de cuerda, no le dijeron nada. Durante quince segundos, su mente sólo tuvo un pensamiento: ¡el tiempo no pasa!

Gradualmente, la risa se extinguió y la joven recobró el dominio de la voz.

—Ven aquí y mira esto.

El se acercó cautelosamente, y cogió los bonos.

—Lee cómo están librados —le ordenó Rose.

Lentamente, los ojos de Rafferty recorrieron los bonos, temiendo comprender lo que había causado aquella loca carcajada. Las líneas pasaban ante sus ojos, sin comprenderlas, hasta que por fin levantó la mirada. Ella le sonrió, divertida y burlona; hizo una leve pausa antes de hablar, saboreando su venganza, paladeándola con la lengua.

—¡Idiota! —exclamó—. ¡No son bonos al portador, sino bonos del Tesoro al dos por ciento librados contra el Banco estatal Minontah de Wisconsin!

El dolor reapareció en su cerebro, obligándole a entornar los ojos, y tuvo que sacudir la cabeza para despejarla. Asió iracundo la muñeca de Rose.

—¡Valen setenta y cinco mil dólares! —gritó—. ¡Lo sabes! ¡Dilo!

La joven desasió su mano.

—Seguro que valen setenta y cinco mil dólares, pero no para ti... ni para nadie. ¡Sólo para aquel banco!

Rafferty se alejó de la mesa tambaleándose, y se dejó caer sobre una silla donde había unas bragas manchadas. Continuó sentado unos instantes, mirando al techo, con los bonos todavía agarrados fuertemente en su mano.

Se abrió la puerta del apartamento. Una mujer de mediana edad, con una figura encorsetada, penetró en la habitación y estuvo un minuto contemplando la escena. Llevaba un enorme sombrero y el ala arrojaba sombras a su rostro arrugado.

—¡Oh!, perdonen —murmuró—. No quería molestar.

—Entre —replicó Rose—. Ya me iba.

Cogió el bolso y un par de guantes de la mesita.

—¿Un amigo? —preguntó la recién llegada indicando con la cabeza a Rafferty.

—Mejor un ex... —explicó Rose con ligereza, echándose a reír.

Atravesó el cuarto, pasó junto a la mujer y se detuvo delante de Rafferty. Este tenía el rostro caído, desprovisto de toda energía y emoción, y sus ojos no la vieron en absoluto.

—Emmet, no quiero volver a verte... ¡nunca! Aunque fueses el último hombre del mundo, tampoco querría verte. ¡Antes que volver a ti, prefiero irme con el primero que pase!

Rose se aclaró la garganta nerviosamente, aguardando la reacción de Rafferty, pero éste no se movió ni intentó hablar.

La joven se dirigió con paso vacilante a la puerta, se detuvo y volvió la vista atrás. Luego, respirando fuertemente salió al descansillo. Sus tacones resonaron fuertemente cuando bajó la escalera.

La mujer se quitó el sombrero, arrojándolo sobre la mesa, y se pasó los dedos por su cabello teñido de negro, ahuecándoselo en torno a la cara. Encendió un cigarrillo y ladeó la cabeza, estudiando la figura inmóvil de la silla.

—No hemos sido presentados —soltó una falsa risita—, pero mi nombre es Nona... Nona Markey. Y todos los amigos de Rose son amigos míos.

Su voz se arrastró por la habitación, dejando sólo un vacío, pero Rafferty no dio señales de haberla oído.

Ella se inclinó hacia él, de frente, con una sonrisa pintada permanentemente en sus labios.

—Tal vez lo que tú necesitas, cariño —dijo zalameramente—, es un trago y una fiestecita.

Le cogió la barbilla con una mano y la levantó.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Rafferty.

15

Un hombre tiene sus recuerdos. Aunque resulten una compañía muy aburrida. Como jinetes ligeros, alegremente ataviados, galopan sobre sus espaldas, sin pesar pero controlando su existencia, aserrando la mente con sus dientes de acero, azotando su cuerpo con los látigos de lo que pudo haber sido. El hombre va por la calle y a su alrededor se produce un silencio que no logran penetrar las bocinas de los taxis, los rugidos de los autobuses, los silbatos de los guardias, los tranvías, los coches ni los rumores del Metro. El calor del sol, la humedad de la lluvia, el fulgor del día y la negrura de la noche pasan de modo invisible. Sobre sus espaldas cabalgan los recuerdos, empujándole, rodeándole, reclamando toda su atención. Hablan con idiomas múltiples, susurran, urgen, parlotean junto al oído. Recuerdos pequeños que exaltan los jinetes de rostros escuálidos, que cada día se hallan menos llenos de vida, calor o realidad, pero más fuertes, más feos, más exigentes. Se niegan a abandonar al hombre, ni de día ni de noche, ni estando solo o acompañado.

—Oye —susurra la voz de un jinete—, mira... mira allí... al frente. ¡La chica! ¿No la ves?

—No —replica el hombre desesperado—. Me niego a escucharte. ¡Me niego a que vuelvas a engañarme!

—No seas tonto —insiste la voz, aplicando su látigo a las piernas de su víctima—. Es ella. Camina ante ti... pasa frente al escaparate... ¡Mira su pelo, chico! Observa cómo se contonea al andar... mira el balanceo de sus caderas... Es ella, sí. Te aseguro que es ella...

—¡Calla! ¡No puede ser! —una ligera pausa, una decisión que se derrumba, una leve esperanza—. Si no camina muy de prisa, la alcanzaré...

—Sí, corre...

La voz del jinete suena suavemente, y las demás voces callan por el momento, si bien continúan allí, cabalgando sobre las espaldas.

—Sí, su modo de andar... es el mismo —musita el hombre—. Y el color del cabello. De espaldas... por la forma de erguir la cabeza... podría ser —de pronto está preocupado—. La manera cómo se comporta... ¡Oh!, creo que va a cruzar la calle cuando cambie el semáforo.

—¡Corre, corre! —le urge el jinete—. ¡La perderás! Detenía antes de que coja un taxi... o entre en una tienda. Corre, corre...

El hombre amplía la zancada, aprieta el paso. Respira profundamente, y el aire choca casi contra sus pulmones. Es una carrera contra el tiempo, una carrera para alcanzarla antes de que

llegue a la esquina. La gente pasa silenciosamente por la acera, mientras él estrecha la distancia entre ambos.

—¡Es ella, sí! —le apremia el jinete—. ¡Te digo que es ella! ¡Corre!

La joven se detiene en la esquina aguardando el cambio de luz, y el hombre apresura el paso sobre la acera. Ya está a su lado, mirando directamente al frente. Ella todavía no se ha fijado en él. Y cautelosamente… con mucha prudencia… él vuelve la cabeza para verle la cara.

Es la cara de una desconocida.

El jinete ríe silenciosamente, con una carcajada burlona.

—Mira… mira al frente —susurra otro jinete de pronto—. Mira aquella otra… mírala bien… ¡Es ella! ¡Te digo que es ella!

El hombre sacude la cabeza.

—No, no lo es… No puede ser…

Pero vuelve a apretar el paso.

¡Y por la noche! Por la noche, cuando se calienta la almohada y las sábanas se arrugan y se retuercen en la cama, y las voces de los jinetes se tornan insoportables, a veces el hombre puede librarse de ellas. ¡Pero a qué precio! Es así: el hombre cierra los ojos, aunque la habitación esté brillantemente iluminada, porque si está a oscuras, la noche es totalmente intolerable. La luz penetra débilmente a través de los párpados cerrados, transformándose en puntitos de color. Espiando aquel colorido, los ojos giran hacia atrás, convirtiéndose en una especie de cámara que puede penetrar el pasado, recordar el presente, sondear el futuro. Miran a través de grandes distancias, penetran en los edificios, atraviesan los muros y las habitaciones. Por ejemplo… aquella noche, la última vez que la vio… antes de que se fuera, dijo que estaba citada con otro hombre…

Ha llegado el momento de que la cámara demuestre sus excelencias. De repente, aquella noche se convierte en esta noche… sin el menor esfuerzo. La cámara gira lentamente a los cuatro puntos cardinales y localiza una casa… las paredes se disuelven, e instantáneamente el hombre está dentro de un apartamento. Dentro del piso no hay claridad, pero de pronto el hombre está en el dormitorio. Ella está allí. Y otro hombre. Su rostro queda desenfocado, mas esto no importa, porque la cara de ella se ve con claridad. Está delineada nítidamente, y la cámara la embellece… como en sus mejores noches que el hombre pueda recordar. (Naturalmente, si el desdichado conoce al otro hombre, su rostro también está enfocado. Si no le conoce, no es culpa de la cámara la leve borrosidad.)

La joven está abrazada al hombre y la cámara capta un primer plano. El durmiente ve la forma cómo ella abate los ojos… unos ojos tan cargados de deseo que ella no puede mantenerlos totalmente

abiertos. Y la cámara capta la humedad de sus labios cuando ella los separa, y los eleva hasta el hombre que los cubre con los suyos. El tiempo no significa nada para la cámara, porque cuando ella le besa, la película sufre un corte y la joven ya está de pronto desnuda, como su compañero, muy apretados uno en brazos del otro.

Por entonces, claro, el dolor de la contemplación es intolerable, y el hombre trata desesperadamente de desconectar la cámara, en el momento en que empieza a filmar lo que ocurre en la cama. El hombre sabe cuál será el siguiente fotograma, porque lo ha interpretado muchas... muchas veces. El hombre consigue cerrar la cámara, pero sólo durante unos segundos, porque la máquina vuelve a funcionar automáticamente. Durante la noche entera, el hombre sólo consigue descansar unos instantes... cuando la cámara no funciona.

También hay otros momentos. No importa que sea de día o de noche, cuando el hombre logra escapar de las voces de sus jinetes y del ojo de la cámara. Son los momentos en que bebe. Sin embargo, beber no mejora nada; sustituye simplemente una vieja serie de recuerdos por otra nueva. Las voces de los jinetes callan y la cámara no funciona, y tras algunos vasos, el hombre habla en voz alta, con la voz del hombre que es ahora, y él mismo contesta con la voz del hombre que era antes.

—¡Cielos! —exclama—. Todos los hombres son unos canallas.

—No todos los hombres.

—Bueno, casi todos. ¡Todo el mundo se aprovecha de algo!

—Tú te aprovechaste de mucho. De modo que si lo que dices es cierto, no tienes por qué quejarte. Pero, dime, ¿estás orgulloso de ello?

—Pues... no exactamente. Aunque tampoco me siento avergonzado —añade el hombre apresuradamente.

—Entonces, ¿te gusta así?

El hombre se niega a contestar esta pregunta.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —se duele—. Yo no quería que las cosas fuesen de ese modo... Yo las quería de la manera que podían haber sido...

—Obtuviste afgo por lo que pagaste. Es muy fácil devaluar la moneda. Y es más fácil todavía devaluar la moral.

—¡Oh, calla, por favor! Dentro de poco me dirás que los mansos poseerán la tierra.

Eso al hombre no le gusta y sacude la cabeza y toma otro trago. La conversación continúa sin que él pueda hacerla cesar. De modo que él mismo añade finalmente:

—Hay que coger lo que se puede... cuando se tiene la oportunidad.

—Eddy Stack pensaba lo mismo.

—Olvidemos a Stack.

—No puedes olvidarle. Piénsalo. Stack quería dinero, y lo consiguió. No le sirvió de nada. Después, tú se lo quitaste. ¿Te sirvió de algo?

—No.

—El deseaba la libertad y la obtuvo. Luego, tú se la arrebastaste. ¿Gozas de libertad, Emmet? ¿Puedes librarte de las voces de los jinetes, de la cámara, de estas conversaciones conmigo, con tu conciencia?

—No.

—¿Y Rose? Stack quería a Rose. La poseyó. Y tú se la robaste. ¿Tienes aún a Rose contigo?

La cosa ha ido demasiado lejos. El hombre se niega a aceptar la pregunta, contestando con un no.

—La tendré, maldita sea… la tendré. Volveré a tenerla.

Y el tiempo, que al principio ha sido una materia nebulosa de segundos implacables, y volvía las hojas de calendario de manera normal, en una existencia bien ordenada, bajo estas grandes tensiones se torna perezoso, se retuerce, resbala, se convierte en una molestia de la que el hombre no se da cuenta. Y él está agradecido a esta ignorancia, porque su dolor resulta irreal, y sabe que sólo se trata de una cualidad bidimensional. Eventualmente, no obstante, vuelve el tiempo de naturaleza diferente… y se torna real, añadiendo nueva profundidad a los recuerdos, y una nueva y eterna agudeza al dolor. Pasan las horas, y el hombre mira su reloj, observando que sólo se han fugado dos minutos de su estuche de oro; las noches son interminables, cargadas de segundos lentísimos, irresistibles, y cada uno de ellos es un depósito de recuerdos horribles, espantosos.

Esto le ocurrió a Rafferty.

El golpe en la cabeza, y su inmediato dolor, se resolvió en un enorme embotamiento en la zona posterior de su cerebro. Era como la contrapartida a sus pensamientos conscientes y a sus movimientos diurnos, y por la noche retrocedía a una presencia zumbadora en las sombras de la mente. Borraba sus ideas, pero dejaba intacto el núcleo de sus recuerdos, y mantenía en vilo sus crecientes fantasías. Cabalgaba con las voces de los jinetes, siempre presente cuando iba por la calle; omnisciente, vigilando los fotogramas cedidos por la cámara; omnipotente, dirigiendo sus conversaciones con su conciencia, cuando estaba solo en el bar de Vince Korum.

Se fundía con el tiempo, de modo que tiempo y dolor eran indivisibles. Por separado, ambos eran tolerables, pero juntos en una espantosa fórmula, eran irresistibles.

La mente de Rafferty solía ya ser una cosa aparte, que funcionaba por sí misma, con voluntad propia. Constantemente estaba ocupada

examinando los viejos recuerdos… estrujándolos hasta agotarlos… buscando otros dolores que escrutar. En aquellos días finales, a veces vacilaba antes de efectuar otro examen, y tenía que enfrentarse de pronto con una decisión desesperada.

—He de hallar a Rose —murmuraba, aguardando que su mente le diese una respuesta—. Hallar a Rose —repetía—. Esta vez no la dejaré escapar… —su mente, que sólo había hecho una leve pausa en su afán de remover la basura, accedía—: De acuerdo.

Luego, Rafferty volvía a examinar sus recuerdos.

Había la amenaza de lluvia en el aire, una sugestión de que la calurosa ciudad se vería aliviada de su sufrimiento. Las luces eléctricas se fundían con los colores más vivos del neón, poniendo una delicada calina multicolor contra el cielo septembrino. El firmamento muy bajo, que se mantenía algo apartado por el manto de luz, musitaba en tono bajo en las alturas inquietas, agitándose nerviosamente en la oscuridad. Rafferty cruzó la calle, yendo a situarse frente al apartamento de Rose, el cuerpo inmóvil contra la fachada de un edificio, los ojos fijos en el portal, sin apartarlos de allí durante períodos de tiempo interminables, sin relajar la vigilancia.

Ocasionalmente, apoyaba el peso del cuerpo sobre otro pie, y mantenía las manos en los bolsillos, mientras sus ojos seguían fijos, sin parpadear. En la nuca, el dolor se arrastraba y se movía como el embrión de algo por nacer, aunque su mente continuaba examinando sus disecados recuerdos. Los ojos, sin embargo, jamás se apartaban del portal.

A largos intervalos, resonaban pasos en la desierta calle, y las voces de los jinetes elevaban su clamor hasta que dominaba una de ellas.

—¡Ahí viene! —exclamaba el jinete—. ¡Ya llega!

Y Rafferty retenía la respiración, escrutando la calle con la mirada, hasta localizar a la persona que causaba las pisadas… para rechazarla. Estólidamente volvía a su vigilancia… sin mover los ojos. En la ciudad, por todas partes, el tiempo transcurría en un millón de relojes… los relojes de las fábricas, los elegantes relojes cincelados de las repisas de mármol de las chimeneas, los despertadores de las mesitas de noche, los relojes de pulsera incrustados de diamantes, los pesados relojes de tapa doble, y los relojes del ratoncito Mickey de los cuartos de los niños, fabricando todos ellos un tictac para la eternidad, convirtiéndolo en un segundo y moldeando los segundos en minutos y los minutos en horas.

La pátina se extinguió lentamente sobre la ciudad, a medida que las luces se apagaban una a una, y la oscuridad del cielo avanzó furtivamente contra el tictac de los relojes… asaltando aquí un portal, capturando allí un tejado. Gradualmente, la noche también empezó a

perder el tiempo y en los breves instantes que preludiaron el alba, se contentó con seguir allí, mientras Rafferty continuaba apoyado contra la fachada del edificio, los ojos inmóviles, la mente ocupada en sus recuerdos.

Y de pronto, ella estuvo en la calle.

No la había oído. No la había visto aproximarse al apartamento, pero sus ojos le dijeron que ella estaba allí, subiendo la escalera del portal. Y que un hombre subía también a su lado. Su mente dejó de pensar.

Rafferty abandonó las sombras del edificio y cruzó la calle. Ahora iba erguido, con los brazos colgando flojamente a los costados.

—¡Rose! —gritó, con voz fuerte y segura, a través de la distancia que les separaba.

La joven se detuvo en un peldaño, inmóvil por un segundo, y lentamente se volvió hacia él. El hombre que iba a su lado la imitó, sorprendido e indeciso. Llevaba pantalones y camisa, sin chaqueta. Tenía la camisa desabrochada en el cuello, con la corbata aflojada y revuelta. En las axilas se veían manchas de sudor. En la oscuridad, su rostro era indistinguible, como un manchón pálido lleno de las sombras de la noche.

—¿Quién es? —le preguntó a Rose con cierto temblor en la voz.

Rafferty se detuvo al pie de los peldaños, levantando la vista, fijos sus ojos en la mujer.

—Te he esperado largo tiempo, Rose… —musitó.

El hombre descendió lentamente para enfrentarse con Rafferty.

—No queremos jaleos…

—¡Calla, Torn! —la voz de Rose se interpuso agudamente entre los dos hombres. Bruscamente, la vida huyó de ella, y su voz volvió a sonar desprovista de toda emoción—. Es mejor que te vayas…

Rafferty miró fijamente a Tom Griffin.

—¡Vamos, largo de aquí!

En el ambiente flotaba una cualidad indefinible que amedrentó a Tom. La joven se inmovilizó, medio de perfil en los peldaños; Rafferty estaba amenazador, implacable, más abajo; la calle permanecía a oscuras pero el cielo presagiaba ya el gris del amanecer, convirtiendo el momento en la grotesca realidad de una pesadilla. Tom Griffin se alejó lentamente calle abajo.

—Te llamaré por la mañana —gritó sin convicción al alejarse; ella no replicó.

Griffin sólo vaciló una vez, mirando por encima del hombro para ver si Rafferty continuaba sólido e inmóvil en la escalinata, con la cabeza erguida, vigilando a Rose.

Finalmente, tras un largo segundo, Rafferty subió, de peldaño en peldaño, y colocó una mano sobre el brazo de Rose. Luego, cogidos

del brazo como dos amantes, continuaron subiendo. En la oscuridad del portal, él le soltó la mano y ella se volvió a mirarle a la cara. Rose no intentó huir, escapar de él; cuando habló, su voz demostró que aceptaba el final.

—Siempre sospeché que acabaría así —suspiró.

—Sí —la voz de Rafferty era plácida, casi alegre—, no había otra salida. Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo comprendo. Y comprendo que no hay nada que pueda hacerte cambiar de idea.

—Ya no.

La voz de ella sonaba indiferente, objetivamente, estudiando el problema.

—Sí —concedió—, ya es demasiado tarde.

—Nada volvería a ser igual.

—Lo sé, lo sé… —Rose se hallaba cada vez más angustiada—. Y, sin embargo, los dos intentamos ceñirnos al contrato… en lo que pudimos…

—Cuando nos conocimos, Rose, me dijiste que picabas alto —su voz no contenía cólera, sino más bien una calma hija de la desesperación—. Y accedí a pagar mucho. Pagué con mi propio respeto y mi integridad. Me convertí en embustero… en estafador; en ladrón y asesino —su respiración era casi un jadeo en el angosto vestíbulo—. Suficiente para comprar cualquier cosa…

Ella escrutó su rostro pensativamente, sus ojos eran dos pozos de resignación en la noche.

—No puedo ser de ningún otro hombre —musitó—, porque ningún otro pagaría tu precio…

—Sí, tienes razón, lo has entendido.

Su voz demostraba su agradecimiento ante tanta comprensión. Elevó lentamente sus poderosas manos y las colocó en torno a la garganta de la joven, abrazándola delicadamente por debajo del pelo. Las manos de ella se asieron fuertemente a las muñecas del hombre. Luego, él cerró las manos, apretando ferozmente, en tanto la joven parecía abandonar el suelo, abriendo los labios como para dar un beso.

Había amanecido y Rafferty andaba por la calle, con los pequeños claros de luz formando diminutas olas contra el océano de la noche. Llevaba la cabeza descubierta y caminaba erguido, moviendo lentamente los brazos, rítmicamente, al compás de su paso. A su alrededor revivían los sonidos, las pulsaciones de la energía, el despertar de la gran ciudad que se disponía a vivir otro día. Rafferty conocía muy bien aquella hora; la había visto innumerables veces desde el coche patrulla, recorriendo media nación; la había

contemplado con docenas de compañeros en docenas de coches patrulla en la ciudad; era el principio y el fin; la hora en que los muertos viven, y los vivos mueren.

Se detuvo en la esquina y abrió la caja de metal del teléfono de la Policía. El metal estaba cubierto por una delgada capa de rocío, y resultó helado a su contacto. Sin vacilar, cogió el teléfono y se llevó el receptor a los labios.

—Hola —pronunció claramente—. ¿Hola…? Aquí Rafferty, de la Brigada de Homicidios Este. Ha habido un asesinato… una mujer llamada Rose Pauli.

Se registró el bolsillo y halló un cigarrillo, mientras escuchaba la voz del sargento en su despacho. Encendió y aspiró el humo con fruición.

—No… no se moleste… —replicó finalmente—. He atrapado al tipo que lo hizo. Yo mismo se lo traeré.

Lentamente, devolvió el aparato a su soporte y cerró la caja.

Luego, echó a andar calle arriba.

De un recorte del *Register de Nueva York* del 21 de marzo, del año siguiente:

> *Ossining, Nueva York, 20 de marzo. CNS.*
>
> *Emmet Rafferty, antiguo policía de la ciudad de Nueva York, ha sido electrocutado esta noche por el asesinato de su antigua amante Rose Pauli, cometido en septiembre pasado.*
>
> *El condenado no hizo ninguna declaración antes de penetrar en la sala de ejecuciones, y pasó sus últimas horas en compañía de su hermano, el reverendo padre Sean Rafferty, que le visitó en su celda. El policía convicto fue un prisionero modelo mientras estuvo en Sing Sing, y se dirigió al lugar de su ejecución tranquilamente y sin ayuda. Se sentó en la silla a las 11,03 de la noche y se certificó su muerte a las 11,12.*
>
> *Los oficiales de policía de la ciudad de Nueva York y las autoridades de la cárcel de Ossining se negaron a hacer declaraciones.*

Créditos

Título original: *Rafferty*
Bill S. Ballinger, 1953
Traducción: Mario Montalbán
Editorial: Forum, D.L. 1983
Serie: Círculo del crimen; n. 21
ISBN: 9788485604487

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford /Rbear / dino51bd*** en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a HTML con Word
Convertido a QED con QualityEbook
Retoques de QED con Notepad++
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] *El*, abreviatura de *elevated*, se refiere al Metro elevado de Chicago que circula por las calles, entre las dos filas de edificios, a la altura de los segundos pisos. (*N. del T.*)

[2] Park Avenue: Avenida del Parque, con referencia al Central Park neoyorquino.

[3] *Junction* en inglés significa «empalme» (de trenes). (*N. del T.*)

[4] En los paises de habla inglesa, una persona tiene un primer nombre propio, y el otro (generalmente el del padre), con un solo apellido, el paterno, sin heredar oficialmente el materno. (*N. del T.*)